SAGRADA BIBLIA

1 Samuel

Libro completo

«Hablad, oh Señor, que vuestro siervo os escucha»

EDICIÓN DE ESTUDIO

Texto de Félix Torres Amat, con notas que se abren al tocar el número: palabras, contexto, fe y conexiones bíblicas. Con pausas para meditar y escribir.

Índice

Cómo usar esta edición 6

Antes de empezar 8

Veinticuatro palabras hebreas 16

El primer libro de Samuel en la liturgia 18

1 Ana pide un hijo 20

2 El cántico de Ana y la casa de Helí 28

3 «Habla, Señor, que tu siervo escucha» 40

4 El arca cae en manos de los filisteos 49

5 El arca en tierra de filisteos 57

6 El arca vuelve a Israel 63

7 Samuel, juez en Masfa 70

8 «Danos un rey» 77

9 Saúl y el vidente 86

10 Ungido en secreto, elegido ante todos 92

11 La victoria de Jabes 102

12 La despedida de Samuel 111

13 El holocausto de Gálgala 117

14 Jonatás en Macmas 122

15 Amalec: el Señor rechaza a Saúl 135
16 La unción de David 146
17 David y Goliat 154
18 Jonatás, Micol y la envidia de Saúl 167
19 Tres veces a salvo 173
20 La alianza de David y Jonatás 181
21 El pan de Nobe y la locura de Get 192
22 La cueva de Odollam y la matanza de Nobe 201
23 Ceila, Zif y Maón 208
24 David perdona a Saúl en la cueva 214
25 Abigaíl y Nabal 219
26 La lanza y el jarro 229
27 David entre los filisteos 237
28 La nigromante de Endor 242
29 David despedido en Afec 252
30 La victoria sobre los amalecitas 255
31 La muerte de Saúl en Gelboé 261

PARA PROFUNDIZAR

1 «Por este niño oré»: la oración de Ana 24
2 El cántico de Ana y el Magníficat 36

3 «Habla, Señor, que tu siervo escucha»: la vocación de Samuel 45

4 El arca cautiva: cuando Dios no se deja usar 53

7 Samuel, juez, profeta e intercesor 73

8 «Danos un rey»: la monarquía, entre el rechazo y la promesa 82

10 El ungido del Señor: de Saúl a Cristo 97

11 «Pasado casi un mes»: el texto de Samuel entre el hebreo, el griego y Qumrán 107

14 Jonatás y Saúl: la fe que se arriesga y el juramento que mata 131

15 Amalec y el rechazo de Saúl: «la obediencia vale más que los sacrificios» 142

16 «El Señor ve el corazón»: la elección de David 151

17 David y Goliat: «el Señor salva sin espada ni lanza» 163

19 El espíritu del Señor y el espíritu malo 177

20 David y Jonatás: una amistad sellada ante el Señor 188

21 «¿No habéis leído lo que hizo David?»: los panes de la proposición 197

25 Abigaíl, la mujer que detuvo la venganza 225

26 «No extenderé mi mano contra el ungido del Señor»: David perdona a su enemigo 233

28 Saúl y la nigromante de Endor 248

31 La muerte de Saúl 266

CUADROS

2 El cántico de Ana y el Magníficat 35
2 La casa de Helí: anuncio y cumplimiento 36
3 Samuel en toda la Biblia 45
5 Las cinco ciudades de los filisteos 62
6 El itinerario del arca 69
8 ¿Rey o no rey? Dos voces 82
10 Los ungidos del Señor 98
11 Un texto, tres testigos 107
14 Saúl, el primer rey 131
15 Amalec en la Biblia 142
16 El pastor y el rey 151
17 Goliat en cifras 163
20 La numeración de los capítulos 20 a 24 189
21 David, los panes y Jesús 197
22 Los salmos de David perseguido 207
27 David fugitivo: de Gabaa a Siceleg 241
28 ¿Se apareció Samuel? Lo que se ha pensado 248
31 Saúl y Jabes de Galaad 265
Repaso 270

Notas personales 276
Sobre esta edición 277

Cómo usar esta edición

Este archivo está pensado para leerse en un lector de tinta electrónica, con el dedo o con el lápiz.

Las notas se abren al tocarlas

Dentro del texto bíblico verás pequeños números en un recuadro gris, como este: 3. Cada uno es una nota guardada como comentario del PDF. Al tocar el número, la nota se abre en una ventana y no tienes que ir al final del libro.

Cada nota lleva arriba un título con su número, la cita y su tipo, por ejemplo «3 · 1 Sam 1,2 · Palabra». Hay cuatro tipos:

Palabra	Qué significa una palabra hebrea o latina, o una palabra del español antiguo de esta traducción.
Contexto	Historia, arqueología, geografía y lo que contaban los pueblos vecinos de Israel.
Fe	Lo que enseña la Iglesia: el Catecismo, los Padres, los papas y la liturgia.
Conexión	Cómo resuena el pasaje en el resto de la Biblia, sobre todo en el Nuevo Testamento.

Los números pequeños en negrita, sin recuadro, son los versículos.

Para detenerse

Al final de cada capítulo hay una **Pausa**: dos o tres preguntas, una oración breve y líneas para escribir con el lápiz. Muchos capítulos tienen además un recuadro **¿Sabías que?**, y hay cuadros de apoyo, como el cántico de Ana y el Magníficat, el itinerario del arca, los ungidos del Señor, Goliat en cifras o los salmos de David perseguido. Algunos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre una gran cuestión del libro. Al final encontrarás un repaso con preguntas cuyas respuestas también se esconden en notas.

Un modo de leer

Lee primero el capítulo de corrido, sin abrir las notas, para escuchar la historia entera. Después reléelo despacio, tocando las notas que te llamen la atención; si hay un ensayo, léelo entonces. Termina con la Pausa. Es una forma sencilla de la *lectio divina*, la lectura orante que la Iglesia recomienda: leer, meditar, orar, contemplar y llevar la Palabra a la vida (Benedicto XVI, *Verbum Domini*, n. 87).

El índice y los marcadores del PDF son tocables; el índice incluye también la lista de ensayos y de cuadros. Si alguna nota no se abre en tu lector, mira la última página.

Antes de empezar

Del último juez al primer rey

El primer libro de Samuel es el noveno de la Biblia. En la Biblia hebrea, los dos libros de Samuel forman una sola obra, que lleva el nombre del profeta que ungió a los dos primeros reyes de Israel. La traducción griega de los Setenta la dividió en dos y la reunió con los libros de los Reyes bajo el título común de «Reinos»; la Vulgata la siguió, y por eso san Jerónimo y Torres Amat llaman a este libro «Libro primero de los Reyes», y a nuestros dos libros de los Reyes, «tercero» y «cuarto». Esta edición usa el nombre hebreo, que es también el de la Neovulgata y el del Leccionario: 1 Samuel. Cuando un libro antiguo cita «1 Reyes», suele referirse a este.

El libro de los Jueces terminaba con un estribillo inquieto: «En aquellos días no había rey en Israel» (Jue 17,6; 21,25). Entre los dos, las Biblias cristianas ponen el libro de Rut, que acaba con la genealogía de David. Aquí se cuenta cómo Israel pasa de los jueces a la monarquía, en torno a tres figuras: Samuel, el niño pedido a Dios que llega a ser el último juez y el primer gran profeta; Saúl, el primer rey, elegido y después rechazado; y David, el pastor de Belén ungido en secreto, que crece mientras Saúl se hunde. Una mujer

estéril canta al principio que el Señor «abate y ensalza» (2,7): la frase resume el libro.

SAMUEL Y SAÚL

1 – 3	Nacimiento de Samuel; el cántico de Ana; la llamada en Silo
4 – 6	El arca cae en manos de los filisteos y vuelve
7	Samuel, juez en Masfa: «Hasta aquí nos ha socorrido el Señor»
8	El pueblo pide un rey
9 – 10	Saúl, ungido en secreto y elegido por suerte
11 – 12	La victoria de Jabes; Samuel se despide
13 – 14	Guerra con los filisteos; Saúl desobedece; la hazaña de Jonatás
15	Amalec: el Señor rechaza a Saúl

16	David, ungido en Belén; el espíritu malo y el arpa
17	David y Goliat
18 – 20	La envidia de Saúl; la amistad de David y Jonatás
21 – 22	David huye: Nobe, Gat, Odolam; la matanza de los sacerdotes
23 – 24	En el desierto; David perdona a Saúl en la cueva
25 – 26	Abigaíl; David perdona otra vez a Saúl
27 – 30	David entre los filisteos; Saúl y la nigromante de Endor
31	La muerte de Saúl en Gelboé

Quién lo escribió

Según el Talmud, Samuel escribió su libro, y los profetas Gad y Natán lo terminaron, puesto que su muerte se cuenta en 25,1 (Baba Batra 14b-15a; cf. 1 Cr 29,29). Torres Amat, en su advertencia a los libros de los Reyes, juzga «más verosímil» que los ordenara Esdras «sobre memorias o documentos originales» de testigos contemporáneos, y añade que «siempre debemos creer como de fe que su primer Autor es el mismo Dios».

Los estudiosos piensan que la obra reúne narraciones anteriores, como un relato sobre el arca (4 – 6, que continúa

en 2 Sam 6) y una historia del ascenso de David (de 1 Sam 16 a 2 Sam 5), además de poemas antiguos como el cántico de Ana. Por eso algunas cosas se cuentan dos veces: David entra en la corte como músico y como vencedor de Goliat (16 – 17), y perdona dos veces la vida a Saúl (24 y 26). Muchos ven en Samuel una parte de la llamada historia deuteronomista, que va de Josué al segundo libro de los Reyes; aquí su mano es discreta y se nota sobre todo en discursos como el del capítulo 12 (ver el ensayo del capítulo 31 del Deuteronomio). Frases como «aún en el día de hoy» (5,5) o la mención de «los reyes de Judá» (27,6) muestran que el narrador escribía mucho después. Los detalles se discuten. La Pontificia Comisión Bíblica recuerda que los libros históricos no son «una historiografía en el sentido moderno», y observa que en Samuel y Reyes Dios habla sobre todo por medio de sus profetas (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, nn. 15 y 70).

El texto hebreo de Samuel es de los que peor se han conservado, y la traducción griega refleja a menudo un hebreo distinto, a veces más completo. Los manuscritos de Qumrán lo han confirmado: el rollo llamado 4QSam^{a}, copiado en el siglo I a. C., coincide muchas veces con el griego contra el hebreo tradicional; conserva, por ejemplo, un párrafo sobre el rey amonita Naas que falta antes del capítulo 11 y que conocía Flavio Josefo, y da a Goliat cuatro codos de

altura, y no seis (17,4). San Jerónimo tradujo del hebreo, pero los copistas de la Vulgata añadieron frases de las antiguas versiones latinas hechas sobre el griego, y Torres Amat las traduce, como los ratones de la plaga (5,6) o las palabras de Samuel al ungir a Saúl (10,1).

Los hechos se sitúan hacia finales del siglo XI a. C., cuando los filisteos, llegados por mar en el siglo anterior, presionaban desde la costa sobre las montañas de Israel (9,16). Ninguna inscripción de la época nombra a Samuel o a Saúl.

Cómo leerlo

Es una historia contada por creyentes, con personajes de carne y hueso: Ana humillada, Elí débil con sus hijos, Saúl celoso, David astuto y generoso. Dios actúa a través de ellos y prefiere a los pequeños: escoge a un niño antes que a los sacerdotes de Silo, a Saúl, de «la tribu más pequeña» (9,21), y a David, el menor de los hermanos, porque «el Señor ve en el fondo del corazón» (16,7). Los grandes temas del libro son la palabra de Dios que habla por los profetas (3,19-21), la monarquía que Israel pide «como todas las naciones» (8,5) y que Dios acepta y corrige, la obediencia que vale «más que los sacrificios» (15,22), la amistad de David y Jonatás y el perdón al enemigo (24; 26).

Para los cristianos, el libro prepara la venida del Mesías. Ana llama al rey el «Cristo», el ungido del Señor (2,10), y los reyes ungidos son figuras del Ungido por excelencia (Catecismo, nn. 436 y 695). María canta en el *Magníficat* (Lc 1,46-55) los temas del cántico de Ana, que, como recordaba Juan Pablo II, «suele definirse el Magníficat del Antiguo Testamento» (audiencia del 20 de marzo de 2002). San Lucas describe al niño Jesús con las palabras que describían al niño Samuel (Lc 2,52; 1 Sam 2,26), y Jesús, el hijo de David nacido en Belén, recuerda que David comió los panes de la proposición (Mc 2,25-26). El Catecismo propone a Samuel, que aprendió de su madre a «estar ante el Señor» y de Elí a escuchar su palabra, como maestro de oración (n. 2578).

Hay también páginas muy duras: la orden de exterminar a Amalec, «muchachos y niños de pecho» (15,3), el «espíritu maligno» que atormenta a Saúl (16,14), la matanza de los sacerdotes de Nobe (22,18-19), las correrías de David (27,8-11) o el suicidio de Saúl (31,4). Las notas no las esquivan ni las justifican: explican su contexto y las leen con la Iglesia, que reconoce en el Antiguo Testamento «elementos imperfectos y pasajeros» dentro de una pedagogía divina (Catecismo, n. 122). La Pontificia Comisión Bíblica cita precisamente el capítulo 15 al tratar de la «ley del exterminio» y rechaza «sin medias tintas» que se use para justifi-

car la violencia contra otros pueblos (n. 127). El ensayo del capítulo 7 del Deuteronomio sirve también para este libro.

Sobre esta traducción

En este libro Torres Amat no escribe nada en mayúsculas, ni siquiera el «su Cristo» de 2,10, que la edición de 1824 imprime igual. En aquella edición ponía en cursiva las palabras que añadía para aclarar el texto, y las notas señalan las más importantes: Elcana es «de la tribu de Leví» (1,1), dato tomado de las Crónicas; Saúl comenzó a reinar «inocente como» un niño de un año (13,1), su interpretación de una frase oscurísima. Otras veces suaviza sin marcarlo: el espíritu malo atormenta a Saúl «por permisión del Señor» (16,14), donde la Vulgata dice «de parte del Señor», y la edición de 1824 imprime esas palabras en redonda; en 16,23 las repite, pero la edición revisada que sigue este texto no las trae. Explica con glosas unidas por «o» las palabras difíciles: «efod o sobrepelliz de lino» (2,18), «sátrapas o príncipes» de los filisteos (5,8), «cuerno o botijo de óleo» (16,1). Y conserva lecturas propias de la Vulgata, como el «arco triunfal» de Saúl (15,12), el «hombre bastardo» Goliat (17,4), donde el hebreo dice «el hombre de en medio», el campeón, o el «ramillete de vivientes» en que Dios guarda la vida de David (25,29).

La numeración es la de la Vulgata. En los capítulos 20 a 23 la transcripción digital había corrido los versículos y perdido unas palabras (23,24-25); se han devuelto a su lugar con la edición de 1824, aunque el capítulo 24 queda un número por detrás de la Vulgata, como explican el colofón y las notas. Con esa edición se han restituido también otras frases que la transcripción había saltado (10,18; 25,29; 27,8) y se ha corregido en 2,35 «delante de mí ungido», errata por «delante de mi ungido» (la Vulgata dice *coram Christo meo*).

Algunos capítulos terminan con un breve ensayo, **Para profundizar**, sobre las grandes cuestiones del libro: la oración de Ana, su cántico y el *Magníficat*, la vocación de Samuel, el arca cautiva, la monarquía, el ungido del Señor, el texto de Samuel y Qumrán, el anatema contra Amalec, David y Goliat, el espíritu malo de Saúl, David y Jonatás, el perdón al enemigo o la nigromante de Endor. Todos aparecen en el índice.

Veinticuatro palabras hebreas

Las palabras clave del primer libro de Samuel en su lengua original, que se lee de derecha a izquierda.

שְׁמוּאֵל	**Shemuel** · Samuel; el texto lo explica por «pedido a Dios» 1,20
יְהוָה צְבָאוֹת	**YHWH tsebaot** · el Señor de los ejércitos 1,3; 4,4
שָׁאַל	**shaal** · pedir; también prestar, ceder; de ahí *Shaul*, Saúl, «pedido» 1,27-28
נָזִיר	**nazir** · consagrado, nazareo; así llama a Samuel el rollo de Qumrán, aunque el hebreo tradicional solo dice que no pasará navaja por su cabeza 1,11.22
קֶרֶן	**qéren** · cuerno; símbolo de fuerza y vasija de la unción 2,1.10; 16,1
מָשִׁיחַ	**mashíaj** · ungido; en griego, *Christós*: «su Cristo» 2,10; 26,9
בְּלִיַּעַל	**beliyyaal** · Belial, la perversidad: «hijos de Belial» 2,12; 25,17
אֵפוֹד	**efod** · vestidura sacerdotal; también el objeto para consultar a Dios 2,18; 23,9
אִי־כָבוֹד	**I-kabod** · Icabod, «¿dónde está la gloria?» 4,21
סְרָנִים	**seranim** · los «sátrapas» o príncipes de los filisteos 5,8; 29,2
אֶבֶן הָעֵזֶר	**Eben ha-ézer** · la Piedra del Socorro 4,1; 7,12
מִשְׁפַּט הַמֶּלֶךְ	**mishpat ha-mélek** · el derecho o la «potestad» del rey 8,11
רֹאֶה · נָבִיא	**roé · nabí** · vidente · profeta 9,9

בָּמָה	**bamá** · lugar alto de culto; el «lugar excelso» 9,12
נָגִיד	**naguid** · caudillo, príncipe designado por Dios 9,16; 10,1
צָלַח	**tsalaj** · irrumpir: el espíritu del Señor «arrebata» a Saúl y a David 10,6; 16,13
חֵרֶם	**jérem** · anatema: lo consagrado a Dios por la destrucción 15,3
נִחַם	**nijam** · arrepentirse, pesarle a uno 15,11.29.35
לֵבָב	**lebab** · corazón: lo que el Señor mira 16,7
כִּנּוֹר	**kinnor** · lira, el «arpa» de David 16,16.23
בְּרִית	**berit** · alianza; la de David y Jonatás 18,3; 20,8
לֶחֶם הַפָּנִים	**léjem ha-panim** · pan de la Presencia; los «panes de la proposición» 21,6
צְרוֹר הַחַיִּים	**tseror ha-jayyim** · el haz de los vivientes; el «ramillete» de Torres Amat 25,29
אוֹב	**ob** · el espíritu de un muerto evocado; el «espíritu de Pitón» 28,7

El primer libro de Samuel en la liturgia

Dónde escucha la Iglesia estos capítulos, según el Leccionario romano y la Liturgia de las Horas.

Domingos y fiestas

Celebración	Lectura
Sagrada Familia, ciclo C (lectura que puede elegirse)	1 Sam 1,20-22.24-28 (Ana presenta a Samuel en Silo), con Lc 2,41-52 (el niño Jesús en el templo)
2.º domingo del tiempo ordinario, ciclo B	1 Sam 3,3b-10.19 («Habla, Señor, que tu siervo escucha»), con Jn 1,35-42 (los primeros discípulos)
4.º domingo de Cuaresma, ciclo A	1 Sam 16,1b.6-7.10-13a (la unción de David), con Jn 9,1-41 (el ciego de nacimiento)
7.º domingo del tiempo ordinario, ciclo C	1 Sam 26,2.7-9.12-13.22-23 (David perdona la vida a Saúl), con Lc 6,27-38 («amad a vuestros enemigos»)

Otros momentos

Celebración	Lectura
22 de diciembre	1 Sam 1,24-28; como salmo, el cántico de Ana (1 Sam 2,1.4-8); evangelio, el *Magníficat* (Lc 1,46-56)
Ferias del tiempo ordinario, año par, 1.ª semana	1,1-8 · 1,9-20 (con el cántico de Ana como salmo) · 3,1-10.19-20 · 4,1-11 · 8,4-7.10-22a · 9,1-4.17-19; 10,1
Ferias del tiempo ordinario, año par, 2.ª semana	15,16-23 · 16,1-13 (con Mc 2,23-28: David y los panes) · 17,32-33.37.40-51 · 18,6-9; 19,1-7 · 24,3-21 (aquí 24,2-20)
Laudes del miércoles de la 2.ª semana	El cántico de Ana (1 Sam 2,1-10)
Oficio de lectura, semanas 12.ª y 13.ª del tiempo ordinario	De la unción de David (16) a la nigromante de Endor (28) y la muerte de Saúl (31)
Vísperas de cada día	El *Magníficat*, que retoma los temas del cántico de Ana

Las referencias del Leccionario siguen la numeración moderna, que en este libro coincide con la de esta edición salvo en los capítulos 21 y 24, donde aquí se cuenta un número menos.

1

Ana pide un hijo

El libro empieza en una casa y en un santuario. Elcana sube cada año a Silo con sus dos mujeres: Fenenna, que tiene hijos, y Ana, que no los tiene y sufre las burlas de su rival. El capítulo tiene tres momentos: la tristeza de Ana en la fiesta (vv. 1-8), su oración y su voto ante el sacerdote Helí, que la cree ebria (vv. 9-18), y el nacimiento de Samuel, al que su madre, una vez destetado, entrega al Señor (vv. 19-28). Un verbo hebreo, «pedir», recorre todo el relato: el niño pedido es, al final, un niño devuelto.

Elcana, Ana y Fenenna

1 Hubo un hombre en la ciudad de Ramataimsofim [1], en
las montañas de Efraín, cuyo nombre era Elcana, hijo de
Jeroham, hijo de Eliú, hijo de Tohú, hijo de Suf, de la tribu
de Leví, y domiciliado en la de Efraín [2]. 2 Y tenía dos
mujeres [3], una llamada Ana, y la otra Fenenna. Fenenna
tenía hijos, mas Ana carecía de ellos. 3 Subía este hombre
desde su ciudad a Silo en los días señalados [4] a adorar y
ofrecer sacrificios al Señor de los ejércitos [5]. Allí residían
entonces los dos hijos de Helí: Ofni y Finees, sacerdotes
del Señor [6].

4 Venido uno de dichos días solemnes, ofreció Elcana su sacrificio, y distribuyó después lo que le correspondía de la
víctima entre su mujer Fenenna y todos sus hijos e hijas,
dándoles la porción de ella. 5 Pero a Ana, que no tenía hijos, le dio una sola porción, entristecido [7] porque la amaba, aunque el Señor la había hecho estéril. 6 Además Fenenna, su rival [8], la mortificaba también y angustiaba en
gran manera, en tanto grado, que la echaba en rostro el
que el Señor la había hecho estéril. 7 Y así lo hacía todos
los años cuando, llegado el tiempo, subían al templo del
Señor; y de este modo la zahería. Con esto Ana se ponía a
llorar, y no probaba la comida. 8 Le dijo, pues, Elcana, su
marido: Ana, ¿por qué lloras? ¿cómo es que no comes? ¿y
por qué se aflige así tu corazón? ¿acaso no soy yo para ti
mejor que diez hijos que tuvieses? [9]

La oración de Ana en Silo

9 Y después de haber comido y bebido en Silo, se levantó
Ana, y estando el sumo sacerdote Helí sentado en su silla,
o audiencia [10], delante de la puerta del templo o Tabernáculo del Señor [11], 10 vino Ana con un corazón lleno de
amargura [12], y oró al Señor derramando copiosas lágrimas, 11 e hizo voto diciendo: Señor Dios de los ejércitos, si
te dignares volver los ojos para mirar la aflicción de tu
sierva [13], y te acordares de mí, y no olvidándote de tu esclava, dieres a tu sierva un hijo varón, lo consagraré al Se-

ñor por todos los días de su vida, y no pasará jamás navaja por su cabeza [14].

[12] Como repitiese muchas veces sus ruegos delante del Señor, Helí estuvo observando el movimiento de sus labios; [13] porque Ana hablaba solo en su corazón, de manera que únicamente movía los labios; pero no se le oía ni siquiera una palabra. Y así Helí la tuvo por ebria [15], [14] y le dijo: ¿Hasta cuándo durará tu embriaguez? Vete a digerir un poco el vino de que estás llena.

[15] Le respondió Ana: No es, mi señor, lo que decís; la verdad es que yo soy una mujer afligidísima; y no es que haya bebido vino, ni cosa que pueda embriagar, sino que estaba derramando mi corazón en la presencia del Señor [16]. [16] No tengas a tu sierva por alguna de las hijas licenciosas de Belial [17]; porque sola la vehemencia de mi dolor y aflicción es la que me ha hecho hablar así hasta ahora. [17] Entonces Helí le dijo: Vete en paz [18], y el Dios de Israel te conceda la petición que le has hecho. [18] Le respondió Ana: ¡Ojalá tu sierva halle gracia en tus ojos! Se fue la mujer a su posada, y tomó alimento, y desde entonces ya no se vio melancólico su semblante [19].

Samuel, pedido y entregado

[19] Por la mañana se levantaron todos, adoraron al Señor, y poniéndose en camino, regresaron a su casa en Rámata.

Elcana se unió a Ana, su mujer, y el Señor se acordó de ella
y de su oración [20]. [20] Luego concibió Ana, y a su tiempo
parió un hijo, a quien puso por nombre Samuel [21], por ha-
berlo pedido fervorosamente al Señor.

[21] Subió, pues, Elcana, su marido, con toda su familia a
ofrecer al Señor una hostia solemne, y a cumplir su voto.
[22] Pero Ana no fue, habiendo dicho a su marido: No iré
hasta que el niño esté destetado [22], y le lleve yo para pre-
sentarlo al Señor, y se quede allí para siempre. [23] Le dijo
Elcana su marido: Haz lo que mejor te parezca, y quédate
hasta destetarle; yo suplico al Señor que se digne perfec-
cionar su obra [23]. Se quedó, pues, Ana en su casa, y dio de
mamar al hijo, hasta que lo destetó;

[24] y destetado, le llevó consigo, con tres becerros y tres me-
dios de harina y un cántaro de vino [24], a la casa del Señor
en Silo. El niño era todavía pequeñito. [25] Y sacrificaron un
becerro; y presentaron el niño a Helí, [26] diciendo Ana:
Óyeme, Señor mío, por vida tuya: Yo soy, mi señor, aque-
lla mujer que estuve orando al Señor delante de ti. [27] Por
este niño oré [25], y el Señor me otorgó la súplica que le
hice. [28] Por tanto, se lo tengo ofrecido, a fin de que le sirva
mientras viva. Con esto, adoraron allí al Señor; y Ana, es-
tando orando, prorrumpió en este cántico [26]:

¿Sabías que?

El *Protoevangelio de Santiago*, un apócrifo del siglo II, cuenta el nacimiento de la Virgen María con colores tomados de esta historia. Su madre se llama Ana, como la madre de Samuel; es estéril, llora y ora bajo un laurel, y promete que el hijo que tenga, «varón o mujer», lo llevará como ofrenda al Señor y le servirá «todos los días de su vida» (cap. 4), casi con las palabras de 1,11. Cuando la niña cumple tres años, la llevan al templo, y María danza en la grada del altar (cap. 7). De este relato proceden los nombres de san Joaquín y santa Ana y la memoria de la Presentación de la Virgen, el 21 de noviembre.

PARA PROFUNDIZAR

«Por este niño oré»: la oración de Ana

El primer libro de Samuel no empieza con un rey ni con una batalla, sino con una mujer que llora en una fiesta. Cada año, en Silo, Ana ve a su rival rodeada de hijos, escucha sus burlas y deja la comida en el plato (1,6-7). Su marido la quiere y no sabe qué decirle: «¿acaso no soy yo para ti mejor que diez hijos?» (1,8). Ana no discute con Fenenna ni con Elcana. Se levanta de la mesa y va a hablar con Dios. Así comienza la historia de la monarquía de Israel: con la amargura de una mujer que se convierte en oración.

La oración de Ana tiene la forma de un voto (1,11), y en él se adivina toda su fe. Pide al «Señor de los ejércitos» que la mire, que se acuerde de ella y que no la olvide, y se llama tres veces «tu sier-

va». No pide un hijo para sí: promete devolverlo. El Catecismo define el voto como «la promesa deliberada y libre hecha a Dios acerca de un bien posible y mejor» (n. 2102), y Ana cumplirá el suyo al pie de la letra. Ora largo rato, en silencio, moviendo solo los labios (1,12-13). Helí la cree ebria, y ella le responde sin rencor que estaba «derramando su corazón en la presencia del Señor» (1,15).

La tradición judía hizo de esta escena una escuela de oración. En el Talmud, Rav Hamnuna saca de un solo versículo varias normas para la oración principal de la sinagoga: quien ora debe dirigir a Dios el corazón («Ana hablaba en su corazón»), pronunciar las palabras con los labios («solo movía los labios») y no levantar la voz («no se le oía»); y, como Helí la creyó ebria, el ebrio no debe orar (Berajot 31a). Los cristianos la leyeron de modo parecido. San Juan Crisóstomo le dedicó varios sermones, y el Catecismo cita uno de ellos: «Que nuestra oración se oiga no depende de la cantidad de palabras, sino del fervor de nuestras almas» (n. 2700). El mismo Catecismo la propone como maestra: de ella aprendió el niño Samuel a «estar ante el Señor» (n. 2578).

Lo más sorprendente viene después. Helí la despide con una bendición, y Ana «se fue… y tomó alimento, y desde entonces ya no se vio melancólico su semblante» (1,18). Todavía no ha concebido, pero ya está en paz. La oración no le ha dado aún lo que pedía; le ha devuelto la confianza. Es lo que Jesús enseñará a sus discípulos: «todo cuanto pidáis en la oración, creed que ya lo habéis recibido» (Mc 11,24). Solo entonces dice el texto que «el Señor se acordó de ella» (1,19).

El hebreo ha tejido el relato con un solo verbo, shaal, «pedir». Ana pide; Helí le desea que Dios le conceda su «petición»; el niño se llama Samuel «por haberlo pedido»; y al final Ana dice que lo ha «cedido» al Señor con una forma del mismo verbo, porque el niño es a la vez pedido y prestado (ver nota a 1,20). Lo que se pidió como don se devuelve como ofrenda. Ana no pierde a su hijo: lo cría, lo lleva a Silo con ofrendas generosas y lo deja al servicio del santuario; cada año le hará una pequeña túnica (2,19), y Dios le dará otros cinco hijos (2,21). Su marido, que podía anular el voto, lo hace suyo (1,23; Nm 30).

Ana pertenece a la galería de mujeres estériles a las que Dios concede un hijo (ver el ensayo y el cuadro de Jue 13), y el Catecismo la nombra entre las santas mujeres que mantuvieron viva la esperanza de Israel y prepararon la misión de María (nn. 64 y 489). San Lucas la tiene presente al contar la infancia de Jesús: muestra a otra Ana, profetisa, una viuda anciana que «no se apartaba del templo, sirviendo a Dios con ayunos y oraciones» (Lc 2,36-37), y a los padres de Jesús, que suben cada año a Jerusalén como la familia de Elcana a Silo (Lc 2,41; sobre la Presentación, ver el ensayo de Éx 13). Por eso la Iglesia lee este capítulo en la fiesta de la Sagrada Familia: los hijos son de Dios antes que de sus padres.

La oración de Ana no termina con su petición, sino con un cántico (2,1-10). Quien ha derramado su amargura ante Dios acaba cantando sus obras.

PAUSA

1. Ana convirtió su amargura en oración, y no en pelea con su rival. ¿Qué amargura tuya podrías poner hoy delante del Señor?
2. Helí la juzgó mal, y ella respondió con verdad y sin rencor. ¿Cómo reaccionas cuando te juzgan injustamente?
3. Ana devolvió al Señor el hijo que había pedido. ¿Qué don recibido de Dios te cuesta más poner en sus manos?

Para orar. *Señor de los ejércitos, que miras la aflicción de tus siervos, enséñame a derramar mi corazón ante ti y a devolverte lo que me das.*

2

El cántico de Ana y la casa de Helí

El capítulo une dos mundos. Primero, el cántico de Ana (vv. 1-10), un himno de acción de gracias al Dios que «abate y ensalza», que termina anunciando a «su rey» y a «su Cristo» cuando Israel aún no tiene rey. Después, el contraste: los hijos de Helí profanan los sacrificios y abusan de las mujeres del santuario, mientras el niño Samuel crece sirviendo al Señor (vv. 11-26); el narrador alterna las escenas como dos caminos opuestos. Al final, un varón de Dios anuncia a Helí la ruina de su casa y la llegada de un sacerdote fiel (vv. 27-36).

El cántico de Ana

1 Saltó de gozo en el Señor, mi corazón [1], y mi Dios me ha
ensalzado; ya puedo responder a boca llena a mis enemi-
gos, pues toda la causa de mi alegría es, ¡oh Señor!, la sa-
lud que he recibido de ti [2]. 2 Nadie es santo, como lo es el
Señor; no hay otro Dios fuera de ti; ninguno es fuerte
como nuestro Dios [3]. 3 Cesad, pues, de hablar con soberbia
y jactancia; no uséis ya de aquel vuestro antiguo lenguaje,
porque Dios, que todo lo sabe, él solo es el Señor, y él lleva
a efecto sus altísimos designios [4].

4 Se quebró el arco, o la fortaleza, de los fuertes [5], y los flacos han sido revestidos de vigor. 5 Los que estaban antes colmados de bienes, se han alquilado por un pedazo de pan, y los que se hallaban acosados del hambre han sido plenamente saciados. La que era estéril ha venido a ser madre de muchos hijos [6]; y la que estaba rodeada de ellos, perdió todos sus bríos.

6 Porque el Señor es el que da la muerte y da la vida; el que conduce al sepulcro y libra de él [7]. 7 El Señor el que empobrece y enriquece; el que abate y ensalza. 8 Levanta del polvo al mendigo, y del estiércol ensalza al pobre [8], para que se siente entre los príncipes, y ocupe un trono de gloria. Porque del Señor son los polos o cimientos de la tierra, y él asentó sobre ellos el mundo.

9 Él dirigirá todos los pasos de sus santos; mas los impíos serán por él reducidos a silencio en medio de tinieblas; porque no estará firme el hombre por su propia fuerza. 10 Temblarán delante del Señor sus adversarios; tronará desde el cielo y lanzará rayos sobre ellos [9]. El Señor juzgará a toda la tierra, y dará el imperio de ella a su rey, y ensalzará la gloria y el poder de su Cristo [10].

Los hijos de Helí y el niño Samuel

11 Después de esto se volvió Elcana a su casa en Rámata; y el niño servía en el Tabernáculo, en la presencia del Señor,

bajo la dirección del sumo sacerdote Helí. [12] Mas los hijos de Helí eran hijos de Belial, que no conocían o respetaban al Señor [11], [13] ni la obligación de los sacerdotes para con el pueblo [12], sino que cuando alguno, fuese el que fuese, había inmolado una víctima, venía el criado del sacerdote, mientras se cocían las carnes, y trayendo en su mano un garfio u horquilla de tres dientes, [14] la metía en el perol, o en el caldero, o en la olla, o en la cazuela, y todo lo que prendía con él, lo tomaba para sí el sacerdote. Esto hacían con todos los de Israel que venían a Silo. [15] Y aun antes que quemasen la grosura de la víctima [13], venía el criado del sacerdote, y decía al que inmolaba: Dame de la carne para guisársela yo al sacerdote, según su gusto; pues no he de tomar de ti la carne cocida, sino cruda. [16] Le decía el que inmolaba: Quémese ahora primero la grosura, según el rito, y llévate después todo lo que quisieres. Mas él respondía diciendo: No, ahora me la darás; de lo contrario, te la quitaré yo por fuerza. [17] Era, pues, el pecado de estos hijos de Helí enorme a los ojos del Señor; por cuanto retraían a la gente de sacrificar al Señor.

[18] Entretanto el niño Samuel, revestido de un efod o sobrepelliz de lino [14], ejercía su ministerio en la presencia del Señor. [19] Y le hacía su madre una túnica pequeña [15]; y se la llevaba los días solemnes, cuando subía con su marido a ofrecer el anual sacrificio solemne. [20] Y bendijo Helí a El-

cana y a su mujer, diciéndole a él: El Señor te conceda sucesión de esta mujer en pago de la prenda que has consagrado y depositado en manos del Señor [16]. Después de lo cual se volvieron a su casa. [21] En efecto, el Señor visitó a Ana, la cual concibió y parió tres hijos y dos hijas. Entretanto el niño Samuel iba haciéndose grande en la presencia del Señor.

[22] Helí era muy viejo; y llegó a saber el modo de portarse sus hijos con todo el pueblo; y que dormían con las mujeres que venían a velar y a orar en la puerta del Tabernáculo [17]. [23] Y les dijo únicamente: ¿Por qué hacéis todas estas cosas que me dicen de vosotros? ¿esos crímenes detestables de que habla todo el pueblo? [24] No más, hijos míos; que es muy desagradable lo que ha llegado a mis oídos de que hacéis prevaricar al pueblo del Señor. [25] Si un hombre peca contra otro hombre, se puede alcanzar de Dios el perdón; mas si aquel hombre que será el mediador peca contra el Señor, ¿quién rogará por él? [18] No escucharon los hijos de Helí la voz de su padre; porque el Señor había resuelto quitarles la vida [19].

[26] Entretanto el niño Samuel iba adelantando y creciendo, y era grato no menos al Señor que a los hombres [20].

El oráculo contra la casa de Helí

27 Vino a la sazón un varón de Dios a Helí, y le dijo: Esto
dice el Señor: ¿No es así que yo me manifesté visiblemente
a la familia de Aarón, tu padre, cuando estaba en Egipto en
la casa y bajo el yugo del faraón; 28 y que lo escogí entre to-
das las tribus de Israel por sacerdote mío para que subiese
a ofrecer sobre mi altar, y me quemase perfume y andu-
viese vestido del efod en mi presencia; y di a la casa de tu
padre una parte en todos los sacrificios de los hijos de Is-
rael? 29 Pues, ¿cómo habéis hollado o envilecido mis vícti-
mas y mis dones [21], que yo mandé ofrecer en el templo, y
has tenido tú más respeto a tus hijos que a mí, comiendo
con ellos lo principal o mejor de todos los sacrificios de mi
pueblo de Israel? 30 Por tanto, el Señor Dios de Israel dice:
Yo había declarado y prometido que tu familia y la familia
de tu padre serviría el ministerio del sumo sacerdocio de-
lante de mí perpetuamente. Mas ahora dice el Señor: Lejos
de mí tal cosa, porque yo honraré a todo el que me
glorificare [22]; pero los que me menospreciaren, serán des-
honrados.

31 He aquí que llega el tiempo en que cortaré tu brazo o tu
poder, y el brazo de la casa de tu padre; de suerte que no
haya anciano en vuestra familia. 32 Y cuando todo Israel
esté en medio de la prosperidad, verás a tu rival en el tem-
plo; mientras en tu casa no habrá jamás anciano. 33 Con

todo no apartaré absolutamente a tus descendientes de mi altar; pero será para que, viéndolo llores continuamente de envidia y se consuma de dolor tu alma; y una gran parte de tu casa morirá al llegar a la edad varonil [23]. 34 Y te servirá de señal esto que acontecerá a tus dos hijos Ofni y Finees, a saber, que en un día morirán ambos.

35 Y yo me proveeré de un sacerdote fiel [24], que obre según mi corazón y mi alma; y le fundaré una casa sólida y duradera, y caminará siempre delante de mi ungido. 36 Entonces sucederá que todo aquel que hubiese quedado de tu casa y familia, vendrá para que se interceda por él con el sumo sacerdote, a fin de que se le dé una pequeña moneda de plata y una torta de pan [25]; y dirá: Te suplico que me admitas a algún ministerio sacerdotal; para poder comer un bocado de pan.

¿Sabías que?

La «pequeña moneda de plata» de 2,36 es en hebreo agorat késef, una palabra que en toda la Biblia solo aparece en este versículo. Cuando el Estado de Israel dividió su libra en cien partes, en 1960, tomó de aquí, a propuesta de la Academia de la Lengua Hebrea, el nombre de la nueva moneda fraccionaria: la agorá (en plural, agorot). Con la reforma monetaria de 1985, también el nuevo séquel se dividió en cien agorot. Así, la fracción más pequeña del dinero de Israel lleva el nombre de la limosna que mendigarían los descendientes de Helí.

El cántico de Ana y el Magníficat

1 Samuel: el cántico de Ana	Lucas 1: el cántico de María
«Saltó de gozo en el Señor mi corazón»; «la salud que he recibido de ti» (2,1)	«Mi espíritu se alegra en Dios mi salvador» (1,47)
«Nadie es santo, como lo es el Señor» (2,2)	«Santo es su nombre» (1,49)
«Cesad de hablar con soberbia»; «se quebró el arco de los fuertes» (2,3-4)	«Desplegó el poder de su brazo, dispersó a los soberbios» (1,51)
Los saciados se alquilan por pan, y los hambrientos «han sido plenamente saciados» (2,5)	«A los hambrientos los colmó de bienes, y a los ricos los despidió vacíos» (1,53)
«La que era estéril ha venido a ser madre» (2,5); «la aflicción de tu sierva» (1,11)	Isabel, «la que llamaban estéril» (1,36); «miró la humillación de su esclava» (1,48)
«El que abate y ensalza»; sienta al pobre «entre los príncipes» (2,7-8)	«Derribó de sus tronos a los poderosos y ensalzó a los humildes» (1,52)
«Ensalzará la gloria y el poder de su Cristo» (2,10)	«Nos ha suscitado un cuerno de salvación en la casa de David» (1,69)

Juan Pablo II recordaba que el cántico de Ana «suele definirse el Magníficat del Antiguo Testamento» (20 de marzo de 2002), y Torres Amat anotaba que María «adoptó» varias cosas de él. Los dos beben de los salmos, sobre todo del 113 (Sal 113,7-9 repite 1 Sam 2,8 y termina con la estéril hecha madre).

La casa de Helí: anuncio y cumplimiento

Anuncio	Cumplimiento	Cita
En un día (2,34)	Ofni y Finees mueren en Afec cuando el arca es capturada; Helí cae de su silla al saberlo	4,11.18
Tu brazo (2,31-33)	Doeg mata en Nobe a ochenta y cinco sacerdotes de la familia de Helí	22,9-19
No del todo (2,33)	Abiatar escapa de Nobe y sirve a David con el efod	22,20; 23,6
Tu rival (2,32)	Sadoc comparte el sacerdocio con Abiatar en la corte de David	2 Sam 20,25
Fiel (2,35)	Salomón destierra a Abiatar y pone a Sadoc en su lugar	1 Re 2,35
Pan (2,36)	Abiatar se retira a Anatot, «para que se cumpliera la palabra del Señor… sobre la casa de Helí»	1 Re 2,26-27
Casa (2,35)	Los «hijos de Sadoc», sacerdotes del templo en la visión de Ezequiel	Ez 44,15
Silo (3,11-14)	El santuario es abandonado y sus sacerdotes caen a espada	Sal 78,60-64; Jer 7,12-14

La línea de Helí: Finees → Aquitob, hermano de Icabod → Aquías (14,3) o Aquimelec (22,9), quizá la misma persona → Abiatar (22,20). Las Crónicas la cuentan entre los descendientes de Itamar (1 Cr 24,3), y Sadoc descendía de Eleazar. San Agustín leyó el «sacerdote fiel» como profecía de Cristo (*La ciudad de Dios* XVII,5).

PARA PROFUNDIZAR

El cántico de Ana y el Magníficat

El cántico de Ana es una de las grandes oraciones de la Biblia. Torres Amat lo llamaba «bellísimo» y lo definía con dos palabras: «en parte acción de gracias, y en parte profecía». Es acción de gracias porque nace de una madre que acaba de dejar a su hijo en Silo; es profecía porque termina hablando de un rey y de un «ungido» cuando Israel todavía no tenía rey (2,10). San Agustín ya se preguntaba si eran solo las palabras de una mujer agradecida por un hijo: Ana, observa, tenía entonces uno solo, y sin embargo canta a la estéril que da a luz siete (*La ciudad de Dios* XVII,4).

Muchos estudiosos piensan que el cántico existía antes que el relato, o que se compuso después, y que se puso en boca de Ana porque el v. 5 encajaba con su historia. Juan Pablo II lo resumió así: el autor sagrado «puso en labios de Ana una especie de salmo regio, tejido de citas o alusiones a otros salmos» (audiencia del 20 de marzo de 2002). Eso no le quita valor: lo que Ana vivió, Dios lo hace en toda la historia.

El himno avanza en cuatro movimientos. Empieza con la alegría de quien ha sido levantada y con una advertencia a los soberbios (vv. 1-3): nadie es santo como el Señor, nadie es «roca» como él, y él pesa las acciones. Siguen las inversiones (vv. 4-5): se rompe el arco de los fuertes y los débiles se ciñen de vigor; los saciados se alquilan por un pedazo de pan y los hambrientos se sacian; la estéril da a luz y la madre de muchos se marchita. Luego, la razón de todo (vv. 6-8): el Señor da la muerte y la vida, empobrece y enriquece, «abate y ensalza», y levanta del estiércol al pobre para

sentarlo con los príncipes, con palabras que el Salmo 113 repite casi a la letra. Y al final, el juicio y el rey (vv. 9-10): Dios guarda a sus fieles, truena contra sus enemigos y da poder a su ungido. La experiencia de Ana, la rival humillada y la estéril fecunda, se convierte en una ley de la historia de Dios, y el libro entero la ilustrará con Helí y Samuel, con Saúl y David.

Dos versos miran más lejos. El v. 6 dice que el Señor «conduce al sepulcro y libra de él»: el seno estéril de Ana era como una tumba, y Dios hizo brotar en él la vida. Juan Pablo II vio ahí «un horizonte casi "pascual" de resurrección» (ver nota a 2,6). El v. 10 termina con la palabra mashíaj, «ungido», dicha por primera vez de un rey (ver nota a 2,10). Los dos libros de Samuel quedan así enmarcados por dos cánticos: el de Ana al principio y el de David al final, que también termina con el rey y «su ungido» (ver 2 Sam 22).

Mil años después, otra madre canta en una casa de Judea. El Magníficat (Lc 1,46-55) retoma los temas de Ana: la alegría en Dios salvador, la santidad de su nombre, los soberbios dispersados, los poderosos derribados y los humildes ensalzados, los hambrientos colmados y los ricos despedidos vacíos (ver el cuadro «El cántico de Ana y el Magníficat»). Torres Amat lo advertía: «varias cosas de este cántico las adoptó María santísima» en el suyo, y Juan Pablo II recordaba que el de Ana «suele definirse "el Magníficat del Antiguo Testamento"». Pero hay diferencias. Ana canta su victoria sobre una rival; María canta la misericordia de Dios «de generación en generación» y su fidelidad a Abrahán. Ana es la estéril que concibe; María, la virgen que concibe por obra del Espíritu Santo. Y el «cuerno» del ungido que Ana veía al-

zarse es, para Zacarías, «un cuerno de salvación en la casa de David» (Lc 1,69).

San Agustín, que leía el nombre de Ana como «gracia suya», vio en ella a la Iglesia, la estéril que se vuelve madre de los pueblos. La liturgia ha seguido el mismo camino. El cántico se reza en Laudes del miércoles de la segunda semana, y sirve de salmo responsorial el martes de la primera semana del tiempo ordinario, en los años pares, y el 22 de diciembre, cuando el evangelio es precisamente el Magníficat. Y cada tarde, en Vísperas, la Iglesia canta el cántico de María, que es también el de Ana: el de los pobres que saben que Dios «abate y ensalza».

PAUSA

1. Ana canta al Dios que «abate y ensalza». ¿En qué momento de tu vida has visto a Dios levantar lo que estaba por el suelo?
2. Los hijos de Helí se servían del altar en provecho propio. ¿Hay algo santo en tu vida que corres el riesgo de usar para ti?
3. Helí reprendió a sus hijos con palabras, pero no hizo nada más. ¿Qué corrección necesaria estás dejando para más tarde por comodidad?

Para orar. *Señor, que levantas del polvo al pobre, dame un corazón humilde que se alegre en tu salvación.*

3

«Habla, Señor, que tu siervo escucha»

Es una de las páginas más queridas de la Biblia: una noche, en Silo, el Señor llama tres veces a un muchacho que todavía no sabe reconocer su voz, y un sacerdote viejo y casi ciego le enseña a responder. El capítulo tiene tres partes: la llamada (vv. 1-10), el primer mensaje, que confirma la sentencia contra la casa de Helí (vv. 11-18), y la conclusión: Samuel crece, ninguna de sus palabras cae en vano y todo Israel lo reconoce como profeta (vv. 19-21). En un tiempo en que la palabra de Dios era rara, Dios vuelve a hablar.

La llamada en la noche

1 Entretanto el joven Samuel proseguía sirviendo al
Señor [1] bajo la dirección de Helí; y la palabra del Señor o
revelación era rara, y por consiguiente, de mucha
estima [2]; no era común en aquellos días la profecía.
2 Sucedió, pues, un día, que estando Helí, cuyos ojos ha-
bían perdido ya la facultad de ver [3], acostado en su apo-
sento, 3 y Samuel durmiendo junto a él en el templo del Se-
ñor, donde estaba el arca de Dios [4], he aquí que el Señor,
antes que fuese apagada la lámpara de Dios o candelero de
oro [5],

4 llamó a Samuel; y respondiendo éste: Aquí estoy [6],
5 corrió al punto a Helí, y le dijo: Heme aquí, pues me has
llamado. Helí le dijo: No te he llamado, vuélvete a dormir.
Se fue Samuel y se acostó de nuevo. 6 Volvió el Señor por
segunda vez a llamar a Samuel; y levantándose éste fue a
Helí, y le dijo: Heme aquí, ya que me has llamado. Helí le
respondió: Hijo mío, yo no te he llamado; vuélvete a dor-
mir. 7 Y es que Samuel no conocía todavía la voz del
Señor [7], pues hasta entonces no le había sido revelada la
palabra del Señor.

8 Repitió el Señor y llamó por tercera vez a Samuel; el cual
levantándose volvió a Helí, 9 diciendo: Heme aquí, pues
me has llamado. Con esto reconoció Helí que era el Señor
quien llamaba al joven [8]; y dijo a Samuel: Vete a dormir; y
si te llamare otra vez, responderás: Hablad, oh Señor, que
vuestro siervo os escucha [9]. Volvió, pues, Samuel a su
aposento, y se puso otra vez a dormir. 10 Vino entonces el
Señor, y llegándose a Samuel, le llamó como las otras ve-
ces: ¡Samuel, Samuel! [10] A lo que respondió Samuel: Ha-
blad, Señor, que vuestro siervo os escucha.

El primer mensaje

11 Y dijo el Señor a Samuel: Mira, yo voy a hacer una cosa
en Israel, que a todo aquel que la oyere, le retiñirán de te-
rror ambos oídos [11]. 12 En aquel día yo verificaré cuanto
tengo dicho contra Helí y su casa; daré principio a ello, y

lo concluiré. [13] Porque ya le predije que habría de castigar
perpetuamente su casa por causa de su iniquidad, puesto
que sabiendo lo indignamente que se portan sus hijos [12],
no los ha corregido como debía [13]. [14] Por lo cual he jurado
a la casa de Helí que su iniquidad no se expiará jamás ni
con víctimas, ni con ofrendas [14].

[15] Durmió después Samuel hasta la mañana, y a su tiempo
abrió las puertas de la Casa del Señor [15]; pero temía descu-
brir a Helí la visión. [16] Lo llamó, pues, Helí, y le dijo: ¡Sa-
muel, hijo mío! El cual respondió: Aquí estoy. [17] Y le pre-
guntó Helí: ¿Qué es lo que te ha dicho el Señor? Te ruego
no encubras nada; el Señor te castigue severamente si me
ocultares alguna cosa [16] de cuanto se te ha dicho. [18] Le ma-
nifestó, pues, Samuel, una por una todas las palabras, sin
ocultarle nada; y Helí respondió: Él es el Señor, haga lo
que sea agradable a sus ojos [17].

Samuel, profeta del Señor

[19] Samuel iba creciendo, y el Señor estaba con él, y de todas
sus predicciones ni una siquiera dejó de verificarse [18].
[20] Con lo que conoció todo Israel, desde Dan hasta
Bersabee [19], que Samuel era un verdadero profeta del Se-
ñor. [21] Y el Señor prosiguió apareciéndosele en Silo [20],
porque en Silo fue en donde se manifestó a Samuel la pri-
mera vez, conforme a la palabra del Señor. Y se cumplió
cuanto dijo Samuel a todo el pueblo de Israel [21].

¿Sabías que?

En la ordenación de diáconos y de presbíteros, el rito empieza con una llamada: los candidatos son nombrados uno por uno, y cada uno responde «Presente» (en latín, *Adsum*) y se adelanta hacia el obispo. El antiguo Pontifical Romano ya lo prescribía, y el rito actual lo conserva. No es la palabra de Samuel, pero el gesto es el mismo: ser llamado por el nombre y ponerse a disposición, como el muchacho de Silo que respondía «Aquí estoy» antes de saber del todo quién lo llamaba.

Samuel en toda la Biblia

Cita	Qué dice	Sentido
1 Sam 1 – 3	Nace de la oración de Ana, sirve en Silo y es llamado de noche	El niño pedido
1 Sam 7	Reúne a Israel en Masfa, intercede, vence a los filisteos y juzga al pueblo	El último juez
1 Sam 8 – 15	Unge a Saúl, se despide del pueblo y rechaza al rey: «la obediencia vale más que los sacrificios»	El profeta ante el rey
1 Sam 16; 19	Unge a David en Belén y lo acoge, fugitivo, en Nayot de Rámata	Dios mira el corazón
1 Sam 25; 28	Muere y es enterrado en Rámata; en Endor anuncia a Saúl la derrota	Palabra hasta el final
1 Cr 6	Lo cuenta entre los levitas; su nieto Hemán es cantor (6,12-13.18-23)	Samuel, levita
1 Cr 9,22; 29,29	«Samuel el vidente» organiza a los porteros y escribe una historia	El recuerdo del cronista
Sal 99,6; Jer 15,1	Junto a Moisés y Aarón, invoca al Señor y es escuchado	El intercesor
Eclo 46,13-20	Fundó el reino, ungió príncipes y aun muerto profetizó al rey	Elogio de los padres
Hch 3,24; 13,20	Con él empiezan los profetas y terminan los jueces; Hebreos lo nombra entre los testigos de la fe (Heb 11,32)	Bisagra de la historia

En otras Biblias, los versículos de 1 Cr 6 son 6,27-28 y 6,33-38. Las Crónicas recuerdan también sus ofrendas al santuario (1 Cr 26,28) y dicen que no se había celebrado una Pascua como la de Josías «desde los días del profeta Samuel» (2 Cr 35,18).

PARA PROFUNDIZAR

«Habla, Señor, que tu siervo escucha»: la vocación de Samuel

El relato empieza con una frase triste: en aquellos días «la palabra del Señor» era rara (3,1). El santuario de Silo funcionaba y se ofrecían sacrificios, pero Dios callaba, y los sacerdotes que debían escucharlo se servían del altar. El narrador pinta la escena con dos imágenes: Helí es un anciano cuyos ojos se apagan (3,2), y la lámpara de Dios, que ardía de la tarde a la mañana, todavía no se ha apagado (3,3). Es de noche, casi al alba, y un muchacho duerme cerca del arca. En esa penumbra Dios vuelve a hablar.

El Señor llama a Samuel por su nombre, y Samuel responde como los grandes llamados de la Biblia: «Aquí estoy». Pero corre a Helí, porque cree que lo llama el sacerdote. La escena se repite tres veces, con una paciencia casi humorística: el muchacho se levanta y el anciano lo manda a dormir. El narrador explica por qué: «Samuel no conocía todavía» al Señor (3,7). No es un incrédulo; vive en el santuario y sirve en él desde niño. Pero conocer a Dios, en la Biblia, es tratarlo personalmente, y eso no se aprende solo sirviendo en el templo: sucede cuando Dios se revela. Muchos creyentes viven algo parecido: saben cosas de Dios antes de reconocer su voz.

A la tercera vez, Helí comprende (3,9). El sacerdote que no supo corregir a sus hijos conserva el discernimiento para reconocer a Dios en la vida de otro y la humildad para hacerse a un lado. No se apropia de la llamada: enseña al muchacho a responder y lo deja a solas con Dios. El Catecismo dice que Samuel aprendió de

su madre a «estar ante el Señor» y del sacerdote Helí a escuchar su Palabra (n. 2578). Benedicto XVI subrayó, a propósito de esta escena, «el papel decisivo de un guía espiritual en el camino de la fe», sin olvidar el de los padres (Ángelus del 15 de enero de 2012), y el papa Francisco recordaba a los jóvenes que Samuel era «un jovencito inseguro» que abrió su corazón al llamado de Dios «gracias al consejo de un adulto» (*Christus vivit*, n. 8).

La respuesta que Helí le enseña es breve: «Hablad, oh Señor, que vuestro siervo os escucha» (3,9). No pide nada ni pone condiciones; solo dice que está escuchando. El Señor «vino» y llamó como antes: «¡Samuel, Samuel!» (3,10). Y lo primero que el muchacho escucha es durísimo: la sentencia contra la casa de Helí, el hombre que lo ha criado (3,11-14). Escuchar a Dios no es recibir solo consuelos. Samuel teme contarlo (3,15); Helí le exige decírselo todo, y él lo cuenta «sin ocultarle nada». El anciano responde con una frase que es casi una oración: «Él es el Señor, haga lo que sea agradable a sus ojos» (3,18). Esa noche ambos aprenden algo: el niño, a decir la verdad aunque cueste; el viejo, a aceptarla.

El final abre una época. Samuel crece, «el Señor estaba con él», ninguna de sus palabras cae a tierra, y todo Israel, «desde Dan hasta Bersabee», reconoce que es profeta (3,19-21). La Biblia lo recordará junto a Moisés como gran intercesor (Sal 99,6; Jer 15,1) y como el primero de los profetas (Hch 3,24; ver el cuadro de este capítulo).

La Iglesia lee esta página el segundo domingo del tiempo ordinario del ciclo B, con el evangelio de los primeros discípulos (Jn 1,35-42). También ellos necesitaron a alguien que les señalara a

Jesús: Juan el Bautista dice «Este es el Cordero de Dios», y dos de sus discípulos lo siguen; Jesús les pregunta «¿Qué buscáis?» y los invita: «Venid y veréis». Entre las dos lecturas, el salmo responsorial pone en labios de la asamblea las palabras del Salmo 40, «Aquí estoy, Señor, para hacer tu voluntad», que la Carta a los Hebreos aplica a Cristo (Heb 10,7). Toda vocación empieza así: alguien que llama por el nombre, alguien que ayuda a reconocer la voz, y un «aquí estoy» que se vuelve vida.

PAUSA

1. Samuel no reconoció la voz de Dios hasta que alguien le enseñó a escucharla. ¿Quién te ha ayudado a ti a reconocerla?
2. «Habla, Señor, que tu siervo escucha.» ¿Qué espacio de silencio le das cada día a la palabra de Dios?
3. Samuel contó a Helí todo, aunque le costaba. ¿Hay alguna verdad difícil que Dios te pide decir con amor?

Para orar. *Habla, Señor, que tu siervo escucha; dame oídos atentos y un corazón dispuesto a decirte: aquí estoy.*

4

El *arca cae en manos de* los *filisteos*

Israel pierde una primera batalla junto a Afec, y los ancianos deciden llevar el arca de la alianza al campamento, como si su sola presencia asegurara la victoria. El capítulo tiene tres escenas: las dos derrotas y la captura del arca (vv. 1-11), la noticia que llega a Silo y la muerte de Helí (vv. 12-18) y el nacimiento de Icabod (vv. 19-22). Se cumple lo anunciado contra la casa de Helí (2,34), y Samuel desaparece de la escena hasta el capítulo 7. Comienza el relato del arca, cuyo protagonista es Dios mismo, y una palabra lo recorre de principio a fin: la gloria.

Dos derrotas junto a Afec

[1]Sucedió por aquellos días que los filisteos se juntaron
para hacer la guerra a los israelitas [1]. Israel se puso tam-
bién en campaña para combatir a los filisteos, y acampó
junto a la piedra llamada después Piedra del Socorro. Los
filisteos por su parte avanzaron hasta Afec [2], [2]y presenta-
ron a Israel la batalla. Comenzada ésta, Israel volvió las es-
paldas a los filisteos; quienes mataron en aquel choque, y
dejaron tendidos por los campos, como cuatro mil hom-
bres.

3 Vuelto el grueso del ejército al campamento, dijeron los
ancianos de Israel: ¿Cómo es que el Señor nos ha derrota-
do hoy delante de los filisteos? Traigamos aquí de Silo el
arca de la alianza del Señor [3], y venga en medio de noso-
tros, para que nos salve de la mano de nuestros enemigos.
4 Envió, pues, el pueblo a Silo, y trajeron de allí el arca de
la alianza del Señor de los ejércitos, que está sentado sobre
los querubines [4]; y los dos hijos de Helí, Ofni y Finees,
acompañaban el arca de la alianza de Dios [5]. 5 Luego que
el arca de la alianza del Señor llegó al campamento, dio
voces todo Israel con grande algazara [6], que resonaron
por todo el país.

6 Y oyéndolas los filisteos, dijeron: ¿Qué gritería es esta
que se oye en el campamento de los hebreos [7]? Y supieron
que era por haber llegado al campamento el arca del Se-
ñor. 7 Con esto se atemorizaron los filisteos y dijeron: El
Dios de ellos ha venido a sus campamentos [8]. Y añadían
gimiendo: 8 ¡Ay de nosotros! No estaban, no, ayer ni antes
de ayer con tanta alegría. ¡Tristes de nosotros! ¿Quién nos
librará de la mano de ese Dios excelso [9]? Ese es aquel Dios
que castigó a Egipto con toda suerte de plagas, y que con-
dujo a Israel por el desierto. 9 Pero, ¡ánimo, filisteos!, te-
ned valor, no seáis esclavos de los hebreos como ellos lo
han sido de vosotros [10] tantos años. Esforzaos y pelead
con denuedo.

10 Dieron, pues, los filisteos la batalla, y quedó derrotado
Israel; y todos los que pudieron huyeron a sus casas. El
destrozo de los israelitas fue tan grande, que quedaron
muertos treinta mil infantes [11]. 11 Fue tomada el arca de
Dios [12] y muertos los dos hijos de Helí, Ofni y Finees.

La muerte de Helí

12 Aquel mismo día, un soldado de la tribu de Benjamín [13],
escapado de la batalla, vino corriendo a Silo, rasgado el
vestido y cubierta de polvo la cabeza en señal de dolor. 13 Al
tiempo que llegó, estaba Helí sentado en su silla de audiencia, a la entrada del templo [14], mirando hacia el camino,
porque su corazón se hallaba en un continuo sobresalto
por el arca del Señor. Habiendo entrado, pues, aquel soldado, publicó luego la noticia por la ciudad, y toda la gente prorrumpió en grandes alaridos. 14 Helí, oído el clamor
general, dijo: ¿Qué ruido tumultuoso es ese? Llegó entonces aquel hombre a toda prisa a Helí, y le dio la noticia.
15 Helí tenía a la sazón noventa y ocho años [15], y sus ojos
habían cegado, de suerte que no podía ver.

16 Dijo, pues, el soldado a Helí: Yo soy el que acabo de venir
de la batalla, y yo el que hoy escapé del combate. Le dijo
Helí: ¿Qué ha sucedido, hijo mío? 17 A lo que respondió el
hombre que había traído la nueva [16], diciendo: Huyó Israel delante de los filisteos, y ha sido grande el destrozo del
ejército; y además han quedado muertos tus dos hijos Ofni

y Finees, y el arca de Dios ha sido robada. [18] Apenas el hombre hubo nombrado el arca de Dios, cayó Helí de espaldas de la silla junto a la puerta, y quebrándose la cerviz, murió, siendo como era ya hombre anciano [17]. Fue Helí juez de Israel cuarenta años [18].

Icabod

[19] Estaba preñada una nuera suya, mujer de Finees, y cercana al parto; la cual al oír la noticia del cautiverio del arca de Dios, y de la muerte de su suegro y de su marido, sorprendida repentinamente de los dolores se inclinó y parió. [20] Cuando estaba ya expirando, le dijeron las que la asistían: Buen ánimo, que has parido un hijo [19]. Mas ella, penetrada de dolor, no les contestó, ni se dio por entendida. [21] Llamó sí al niño, Icabod [20], diciendo: Se acabó la gloria de Israel [21] (a causa de haber sido robada el arca de Dios y muerto su suegro y su marido). [22] Y dijo: Se acabó la gloria de Israel; porque el arca de Dios había sido robada.

¿Sabías que?

En *Los cazadores del arca perdida* (*Raiders of the Lost Ark*, 1981), la película de Steven Spielberg, los nazis buscan el arca convencidos de que hará invencible al ejército que la lleve delante; el guion supone que el faraón Sesac se la llevó a Tanis, en Egipto, al saquear Jerusalén (1 Re 14,25-26). Es el error de los ancianos de 4,3: tratar el arca como un arma. Y el final, cuando los que la abren mueren, recuerda a Betsamés (6,19). Pocas películas han hecho tan popular una pregunta bíblica: si se puede usar a Dios.

PARA PROFUNDIZAR

El *arca cautiva*: cuando Dios no se deja usar

Después de la primera derrota, los ancianos de Israel hacen la pregunta justa: «¿Cómo es que el Señor nos ha derrotado hoy?» (4,3). Pero no esperan la respuesta. No consultan a Dios ni examinan su conducta: deciden llevar el arca al campo de batalla, para que «venga en medio de nosotros y nos salve». En el Jordán y en Jericó, el arca había ido delante por orden de Dios (Jos 3,3-6; 6,6); ahora la mueven ellos, como se mueve un arma. En el desierto, cuando el pueblo quiso subir a la montaña contra la voluntad del Señor, «el arca de la alianza no se movió del campamento», y fue derrotado (Nm 14,44-45). Aquí sucede lo contrario: el arca se mueve, pero el Señor no está con ellos.

Flavio Josefo lo resumió con precisión: no pensaron que el que los había condenado era mayor que el arca, y que el arca era hon-

rada por causa de él (*Antigüedades judías* V,11,2). Es una tentación de todas las épocas: convertir el signo de la presencia de Dios en una garantía que funciona por sí sola. Jeremías la denunció en la puerta del templo de Jerusalén: «No confiéis en palabras mentirosas, diciendo: ¡Templo del Señor, templo del Señor!», y puso a Silo como ejemplo de lo que Dios hace con un santuario cuando su pueblo no se convierte (Jr 7,4.12-14). El Catecismo llama superstición a dar «una importancia, de algún modo, mágica» a prácticas legítimas, y precisa que lo es también atribuir la eficacia de las oraciones o de los signos sacramentales «a la sola materialidad», «prescindiendo de las disposiciones interiores que exigen» (n. 2111). Los sacramentos son mucho más que el arca, pero tampoco ellos son amuletos.

La captura del arca no es una derrota de Dios. La nuera de Helí lo dice con una palabra exacta: la gloria «se ha ido al destierro» (4,21-22; ver nota a 4,21). Muchos lectores han pensado en los desterrados de Babilonia, que también vieron caer el templo y se preguntaron si su Dios había sido vencido: el relato del arca les respondía que el Señor puede dejarse llevar cautivo sin dejar de ser el Señor. En tierra filistea, en efecto, Dios combate solo, sin ejército, sin sacerdotes y sin profeta. Dagón aparece dos veces caído «sobre su rostro» ante el arca, en la postura de quien adora, y la segunda vez con la cabeza y las manos cortadas, como un enemigo vencido (5,3-4). Una plaga recorre las ciudades, y los mismos sacerdotes filisteos recuerdan las de Egipto (6,6). Dos vacas separadas de sus terneros toman el camino recto de Israel (6,12). La mano del Señor se hace «pesada»: la gloria que Israel no

supo honrar se muestra con todo su peso en casa del enemigo (ver nota a 4,18).

Cuando el arca vuelve, su santidad sigue siendo temible. En Betsamés mueren los que la miran (ver nota a 6,19), y sus vecinos se preguntan: «¿Quién podrá estar en la presencia de este Señor, de este Dios tan santo?» (6,20). Dios no es un arma, ni un trofeo, ni un objeto de curiosidad. El arca quedará en una casa particular de Cariatiarim, lejos de la vida del pueblo, más de veinte años, hasta que David la suba a Jerusalén (7,2; 2 Sam 6).

Los estudiosos suelen hablar de un «relato del arca», que Leonhard Rost (1926) aisló en 1 Sam 4,1 – 7,1 y 2 Sam 6; otros piensan que termina en 7,1 y que nació como una respuesta teológica a una derrota real. Se ha comparado con textos de Mesopotamia sobre estatuas de dioses capturadas por el enemigo que vuelven a su ciudad cuando el dios lo decide, como la de Marduk, que los elamitas se llevaron de Babilonia y que volvió hacia el 1100 a. C. Los detalles se discuten, pero el mensaje es claro: ni los filisteos vencieron a Dios, ni Israel lo rescató.

Para el cristiano, la historia del arca se prolonga en María, el arca de la nueva alianza; el ensayo del capítulo 26 del Éxodo explica cómo san Lucas cuenta la Visitación con los rasgos del traslado de 2 Sam 6 (Lc 1,39-56). Y deja una lección para la vida de fe. En el desierto, Jesús rechazó la tentación de usar a Dios, de tirarse desde el alero del templo para obligarlo a intervenir: «No tentarás al Señor tu Dios» (Mt 4,5-7). El Dios de la Biblia se entrega, pero no se deja usar.

PAUSA

1. Los ancianos llevaron el arca sin preguntarse qué había fallado. ¿Hay algo en tu vida de fe que uses como un amuleto, en lugar de buscar a Dios mismo?
2. Helí temblaba por el arca más que por nada. ¿Qué es lo que de verdad te quita el sueño?
3. «Se acabó la gloria»: ¿has vivido momentos en que Dios parecía ausente? ¿Qué aprendiste en ellos?

Para orar. *Señor, no permitas que use tus dones como talismanes; dame un corazón que te busque a ti.*

5

El arca en tierra de filisteos

Los filisteos llevan el arca como trofeo al templo de Dagón, en Azoto, y allí comienza un duelo sin ejércitos. El capítulo tiene dos partes: Dagón cae dos veces ante el arca, la segunda hecho pedazos (vv. 1-5), y la mano del Señor hiere con tumores a las ciudades filisteas, que se pasan el arca de una a otra hasta pedir que vuelva a su lugar (vv. 6-12). El relato tiene algo de sátira: el dios vencedor yace por tierra y los vencedores gritan de dolor. El Dios de Israel no necesita a Israel para defender su nombre.

Dagón ante el arca

1 Tomaron, pues, los filisteos el arca de Dios y la transportaron de la Piedra del Socorro a la ciudad de Azoto [1].
2 Llevada que fue allá, la metieron en el templo de Dagón,
colocándola junto al ídolo Dagón [2].
3 Mas al otro día, habiéndose levantado muy temprano los azocios, hallaron
que Dagón yacía boca abajo en el suelo delante del arca del
Señor [3]; y alzaron a Dagón y le repusieron en su lugar.
4 Al día siguiente, levantándose también de madrugada, encontraron a Dagón tendido en tierra sobre su pecho delante del arca del Señor; mas la cabeza de Dagón y las dos manos cortadas del tronco estaban sobre el umbral de la puerta [4];
5 de suerte que sólo el tronco de Dagón había

quedado allí donde cayó. Por esta razón, aún en el día de hoy [5], los sacerdotes de Dagón, y todos los que entran en su templo, no ponen el pie sobre el umbral del templo de Dagón en Azoto.

La mano del Señor sobre las ciudades filisteas

[6] Tras esto, la mano del Señor descargó terriblemente sobre los azocios [6] y los asoló; e hirió a los de Azoto y su comarca en la parte más secreta de las nalgas [7]. Al mismo tiempo las aldeas y campos de aquel país comenzaron a bullir, y apareció una gran multitud de ratones [8]; con lo que toda la ciudad quedó consternada por la gran mortandad que causaban. [7] Viendo, pues, la plaga los vecinos de Azoto, dijeron: No quede más entre nosotros el arca del Dios de Israel; porque es muy pesada su mano sobre nosotros y sobre nuestro dios Dagón [9]. [8] Y habiendo enviado a buscar todos los sátrapas o príncipes de los filisteos [10], les dijeron: ¿Qué haremos del arca del Dios de Israel? A lo que respondieron los geteos: Llévese por los contornos [11] el arca del Dios de Israel. Llevaron, pues, el arca del Dios de Israel de un lugar a otro. [9] Y conforme la iban así conduciendo de ciudad en ciudad, el Señor descargaba su mano sobre ellas, causando una mortandad grandísima; y hería a los moradores de cada pueblo, desde el menor hasta el mayor, de modo que sus hemorroides hinchadas y caídas

se corrompían [12]. Por lo que los geteos discurriendo entre sí, se hicieron unos asientos de pieles.

[10] Y enviaron el arca de Dios a Accarón [13]. Mas llegada que fue allí, exclamaron los accaronitas, diciendo: Nos han traído el arca del Dios de Israel para que nos mate a nosotros y a nuestro pueblo. [11] Por lo cual hicieron que se juntasen todos los sátrapas de los filisteos, los cuales dijeron: Devolved el arca del Dios de Israel, y restitúyase a su lugar [14]; a fin de que no acabe con nosotros y con nuestro pueblo. [12] Porque se difundía por todas las ciudades el terror de la muerte; y la mano de Dios descargaba terriblemente sobre ellas; pues aun los que no morían estaban llagados en las partes más secretas de las nalgas; y los alaridos de cada ciudad subían hasta el cielo [15].

¿Sabías que?

Hacia 1630-1631, en Roma, Nicolas Poussin pintó *La peste de Azoto*, que hoy está en el Museo del Louvre. En una plaza de arquitectura clásica yacen muertos y enfermos, se ven ratas en el suelo y, a la izquierda, junto al templo, el ídolo de Dagón aparece derribado ante el arca. Poussin lo pintó mientras la peste asolaba el norte de Italia (1629-1631), y lo compró Fabrizio Valguarnera, un aventurero siciliano que resultó ser ladrón de diamantes. Muchos estudiosos han relacionado la plaga de tumores y ratones de estos capítulos con la peste bubónica, que transmiten las pulgas de las ratas; la hipótesis es sugerente, pero los ratones de 5,6 vienen del griego, y el hebreo solo habla de «tumores».

Las cinco ciudades de los filisteos

Ciudad	En la Biblia	Hoy
Los peleset	Venidos «de Caftor», quizá Creta (Am 9,7)	Ramsés III los representa en Medinet Habu, hacia el 1175 a. C.
Gaza	Sansón (Jue 16); 6,17; Hch 8,26	Bajo la ciudad actual; poco excavada
Ascalón	6,17; 2 Sam 1,20	Tel Ascalón; cementerio filisteo dado a conocer en 2016
Azoto	Templo de Dagón (5,1-7; 1 Mac 10,83-84); Hch 8,40	Tel Asdod, excavado en 1962-1972; figurillas «Ashdoda»
Accarón	5,10-12; su dios Baal Zebub (2 Re 1,2)	Tel Miqne; inscripción de Aquis, hijo de Padí (siglo VII a. C.)
Get	5,8-9; Goliat (17,4); el rey Aquis (27,2)	Tell es-Safi; destruida por Jazael hacia el 830 a. C. (2 Re 12,18)

Cada ciudad tenía su señor, en hebreo *seren*, «sátrapa» en la Vulgata (ver nota a 5,8 y Jue 3,3). En Ecrón, una inscripción hallada en 1996 nombra a un rey Aquis, el mismo nombre que el de Get que acogió a David; en Get, un fragmento de cerámica del siglo X a. C., hallado en 2005, lleva dos nombres que algunos comparan con el de Goliat. De «filisteos» viene el nombre de Palestina.

PAUSA

1. Dagón tuvo que ser levantado por sus fieles. ¿Hay «dioses» en tu vida que tienes que sostener tú, y que no te sostienen a ti?
2. Los filisteos se pasaban el arca de ciudad en ciudad sin preguntar qué quería Dios. ¿Cómo reaccionas cuando algo de Dios te incomoda?

Para orar. *Señor, que todo lo que en mí se levanta contra ti caiga ante tu presencia, y que solo tú quedes en pie.*

6

El arca vuelve a Israel

Después de siete meses de plagas, los filisteos consultan a sus sacerdotes y adivinos, que proponen devolver el arca con una ofrenda de reparación y poner a prueba al Dios de Israel. El capítulo tiene tres partes: el consejo (vv. 1-9), el viaje de las vacas hasta Betsamés y la fiesta de los segadores (vv. 10-18), y el castigo de los que miraron el arca, que termina con su envío a Cariatiarim (vv. 19-21). Los paganos entienden mejor que muchos israelitas lo que significa la santidad de Dios, y los israelitas descubren que tenerlo cerca no es un juego.

El consejo de los sacerdotes filisteos

[1] Estuvo, pues, el arca del Señor en el país de los filisteos
por espacio de siete meses [1]. [2] Y convocando los filisteos a
los sacerdotes y adivinos [2], les dijeron: ¿Qué haremos del
arca del Señor? Instruidnos en qué forma debamos remi-
tirla a su lugar. A lo que les respondieron: [3] Si remitís el
arca del Dios de Israel, no habéis de remitirla vacía; sino
pagadle con algún presente lo que debéis por el pecado [3],
y entonces sanaréis; y conoceréis por qué la mano de Dios
no cesa de castigaros.

4 Dijeron ellos: ¿Qué es lo que debemos pagarle en expiación por el pecado? A lo que les contestaron: 5 Haréis de
oro cinco figuras de hemorroides, y otras tantas figuras de
ratones [4], también de oro, conforme al número de las provincias de los filisteos; pues todos vosotros y vuestros sátrapas habéis padecido una misma plaga. Por tanto haréis unas figuras de hemorroides y otras de los ratones que han talado la tierra, y daréis gloria al Dios de Israel [5]; a ver si con esto levanta su mano de vosotros y de vuestros dioses y de vuestro país. 6 ¿Por qué endurecéis vuestros corazones, como endurecieron el suyo Egipto y el faraón? [6] ¿No es así que después de haber sido castigado con varias plagas, entonces soltó a los israelitas, para que se fuesen?

7 Ahora, pues, manos a la obra, haced un carro nuevo y uncid al carro dos vacas recién paridas, que no hayan traído yugo [7]; y encerrad en la boyera sus ternerillos. 8 Tomaréis después el arca del Señor y la pondréis en el carro, colocando a su lado en un cofrecito las figuras de oro que le consagrasteis por el pecado; y dejadla ir. 9 Y estaréis en observación; y si viereis que toma el camino que va a su país, hacia Betsamés, sabed que el Dios de Israel es quien nos ha causado tan grande mal; pero si no, no ha sido él; y sabremos que no es su mano la que nos ha azotado, sino que ha sido un efecto casual [8].

Las vacas toman el camino de Betsamés

10 Lo hicieron, pues, así, puntualmente, y tomando dos vacas que daban de mamar a sus becerrillos, las uncieron al carro, y encerraron los ternerillos en el establo. 11 Y pusieron sobre el carro el arca de Dios, y el cofrecito que contenía los ratones de oro y las figuras de las hemorroides. 12 Mas las vacas habiendo comenzado a marchar se dirigieron, vía recta, por el camino que va a Betsamés; y seguían como de acuerdo el mismo camino, tirando adelante y mugiendo sin desviarse a la diestra ni a la siniestra [9]. Los sátrapas de los filisteos fueron siguiendo detrás en observación hasta llegar al territorio de Betsamés.

13 Estaban los betsamitas segando el trigo en un valle [10], y alzando los ojos vieron el arca, cuya vista los llenó de gozo. 14 El carro llegó al campo del betsamita Josué, y se paró en él. Había allí una gran piedra, y haciendo pedazos la madera del carro, pusieron encima las vacas y las ofrecieron en holocausto al Señor [11]. 15 Mas los levitas bajaron el arca de Dios [12], y el cofrecito que estaba a su lado, donde venían vasos de oro, y la colocaron sobre aquella gran piedra. Entonces los betsamitas ofrecieron holocaustos delante del arca, e inmolaron en aquel día víctimas al Señor; 16 lo cual vieron los cinco sátrapas de los filisteos, y el mismo día se volvieron a Accarón.

17 Y éstas son las ciudades que ofrecieron las hemorroides
hechas de oro, que los filisteos tributaron al Señor para ex-
piar el pecado: Azoto, Gaza, Ascalón, Get, Accarón, una
cada ciudad [13]. 18 Y los ratones de oro que ofrecieron, fue-
ron tantos cuantas eran las poblaciones de los filisteos en
las cinco provincias, comenzando desde las ciudades mu-
radas, hasta las aldeas que no tienen muros; todo el país
hasta la piedra grande llamada después Abel [14], sobre la
cual habían colocado el arca del Señor, piedra que hasta
hoy día está en la heredad de Josué betsamita.

El castigo de Betsamés

19 Mas el Señor castigó a los moradores de Betsamés, y ciu-
dades vecinas, porque se pusieron a mirar con curiosidad
el interior del arca del Señor contra lo mandado [15]; y mató
setenta hombres de los ancianos del pueblo, y cincuenta
mil del vulgo [16]. Y prorrumpieron todos en llanto, al ver
que el Señor había herido al pueblo con tan gran mortan-
dad. 20 Por lo que dijeron los ciudadanos de Betsamés:
¿Quién podrá estar en la presencia de este Señor, de este
Dios tan santo? [17] ¿y a qué lugar podrá trasladarse?
21 Enviaron, pues, mensajeros, a los habitantes de
Cariatiarim [18], diciendo: Los filisteos han restituido el
arca del Señor: Bajad, y lleváosla otra vez.

¿Sabías que?

El Talmud (Avodá Zará 24b) juega con el verbo del v. 12, vayyisharna, «fueron derechas», y lo lee como si viniera de shir, «cantar»: las vacas iban cantando. Los rabinos discuten qué cantaban: el cántico de Moisés junto al mar (Éx 15), unas palabras de Isaías (Is 12,4), el salmo «Cantad al Señor un cántico nuevo» (Sal 98) o los que empiezan «El Señor reina» (Sal 93 y 99); y Rabí Yitsjaq imaginó un canto propio, dirigido al arca de madera de acacia recubierta de oro. Dos animales alaban al Dios que su propio pueblo había querido usar como amuleto.

El itinerario del arca

Lugar	Qué pasa	Cita
Silo	En el santuario, junto a Samuel	1,3; 3,3
Afec	La llevan a la batalla; la capturan	4,1-11
Azoto	Dagón cae dos veces ante ella	5,1-7
Get	Tumores en toda la ciudad	5,8-9
Accarón	«Devolved el arca»	5,10-12
Betsamés	Las vacas la traen; mueren los que la miran	6,10-20
Cariatiarim	En casa de Abinadab, más de veinte años	7,1-2
¿Gabaa?	«Trae el arca» (el griego: «el efod»)	14,18
Jerusalén	Muere Uzá; David la sube danzando	2 Sam 6
Templo	En el Santísimo, bajo los querubines	1 Re 8,6
Perdida	«No se hablará más de ella»	Jr 3,16; 2 Mac 2,4-8
En el cielo	«Apareció el arca de su alianza»	Ap 11,19

El Salmo 132 canta el último tramo del viaje: «la hallamos en los campos de Jaar», el bosque de Cariatiarim; «levántate, Señor, ven a tu descanso, tú y el arca de tu poder» (Sal 132,6-8). Sobre el arca y la Virgen María, ver el ensayo de Éx 26.

PAUSA

1. Los sacerdotes filisteos recordaron las plagas de Egipto mejor que los ancianos de Israel. ¿Qué te enseñan sobre Dios personas que no comparten tu fe?
2. Las vacas mugían por sus terneros, pero no se desviaron. ¿Qué te cuesta dejar para seguir el camino de Dios?
3. Los de Betsamés, en lugar de convertirse, quisieron alejar el arca. ¿Alejas a Dios cuando su cercanía te pide algo?

Para orar. *Dios santo, enséñame a acercarme a ti con reverencia y con confianza, sin miedo y sin descuido.*

7

Samuel, juez en Masfa

Veinte años después de la vuelta del arca, Samuel reaparece con una palabra de conversión. El capítulo tiene tres partes: la asamblea penitencial de Masfa (vv. 1-6), la victoria sobre los filisteos mientras Samuel ofrece un holocausto e intercede (vv. 7-14) y el resumen de su vida de juez (vv. 15-17). Es la contrafigura del capítulo 4: allí Israel llevó el arca a la batalla sin convertirse y fue derrotado; aquí se convierte, ayuna y ora, y Dios combate por él. La Piedra del Socorro, que había dado nombre al lugar de la derrota, se levanta ahora en memoria de la ayuda de Dios.

El arca en Cariatiarim y la conversión de Israel

1 Vinieron, pues, los de Cariatiarim y transportaron el arca
del Señor, y la colocaron en casa de Abinadab que habitaba
en Gabaa [1], consagrando a su hijo Eleazar para que cuida-
se el arca del Señor [2]. 2 Y sucedió que desde el día en que el
arca del Señor llegó a Cariatiarim, pasó mucho tiempo
(pues ya era el año vigésimo [3]), y toda la casa de Israel
gozó de paz, siguiendo al Señor [4].

3 Porque Samuel habló a toda la casa de Israel, diciéndole:
Si de todo corazón os convertís al Señor [5], arrojad de en
medio de vosotros los dioses ajenos, los Baales y los

Astarot [6]; y preparad vuestros corazones para el Señor, y servidle a él solo, y os libertará del poder de los filisteos.
[4] Entonces los hijos de Israel arrojaron de sí los Baales y los Astarot, y sirvieron sólo al Señor.

[5] Dijo también Samuel: Convocad en Masfa a todo Israel, para que yo haga oración por vosotros al Señor [7]. [6] Se congregaron, pues, en Masfa, y sacaron agua y la derramaron en presencia del Señor [8], ayunando aquel día, y diciendo: Hemos pecado contra el Señor. Y Samuel ejerció allí en Masfa las funciones de juez de Israel [9].

La victoria de la Piedra del Socorro

[7] Mas oyendo los filisteos que los israelitas se habían congregado en Masfa, salieron sus sátrapas o príncipes contra Israel; lo cual sabiendo los hijos de Israel, temieron el encuentro de los filisteos, [8] y dijeron a Samuel: No ceses de clamar por nosotros al Señor Dios nuestro [10], para que nos salve de las manos de los filisteos. [9] Tomó Samuel un cordero de leche [11], y lo ofreció entero en holocausto al Señor; y clamó Samuel al Señor por Israel, y oyó el Señor sus ruegos.

[10] En efecto, mientras Samuel ofrecía el holocausto, comenzaron los filisteos el combate contra Israel; mas el Señor tronó en aquel día con espantoso estruendo contra los filisteos [12], y los aterró de tal suerte, que fueron derrota-

dos por Israel. 11 Y los israelitas, habiendo salido de Masfa,
persiguieron a los filisteos, y los fueron acuchillando hasta un lugar que cae debajo de Betcar.

12 Tomó, pues, Samuel una piedra, y la puso entre Masfa y
Sen, y llamó aquel lugar Piedra del Socorro [13], diciendo:
Hasta este lugar nos ha socorrido el Señor. 13 Quedaron entonces humillados los filisteos, y ya no se atrevieron a venir más a las tierras de Israel [14]. Así, pues, la mano del Señor se hizo sentir sobre los filisteos mientras vivió Samuel. 14 Y fueron restituidas a Israel las ciudades que los filisteos le tenían usurpadas, desde Accarón hasta Get [15] con sus términos; y libró Samuel a los israelitas de manos de los filisteos, y hubo paz entre Israel y el amorreo.

Samuel, juez de Israel

15 Continuó, pues, Samuel siendo juez de Israel durante su
vida [16]; 16 e iba todos los años a Betel, y de allí a Gálgala, y
después a Masfa [17], juzgando o administrando justicia a Israel en estos lugares. 17 Volvía después a Rámata, por tener allí su casa, donde juzgaba también a Israel; y donde asimismo edificó un altar al Señor [18].

¿Sabías que?

La frase de Samuel, «Hasta este lugar nos ha socorrido el Señor», inspiró al predicador inglés Robert Robinson un verso de su himno *Come, Thou Fount of Every Blessing* (1758), muy cantado en el mundo protestante: «aquí levanto mi Ebenézer», mi piedra de memoria. Por la misma razón, muchas capillas protestantes de Inglaterra y de Gales llevan el nombre de Ebenezer, y el nombre se hizo frecuente entre los puritanos. Charles Dickens se lo dio al avaro más famoso de la literatura, Ebenezer Scrooge, el protagonista de *Canción de Navidad* (1843).

PARA PROFUNDIZAR

Samuel, juez, profeta e intercesor

Durante tres capítulos, mientras el arca iba y venía por las ciudades filisteas, Samuel no fue nombrado. Reaparece en 7,3 con una palabra, y lo que pide no es una estrategia militar, sino una conversión: «Si de todo corazón os convertís al Señor, arrojad de en medio de vosotros los dioses ajenos». El capítulo sigue el esquema del libro de los Jueces, pecado, clamor, liberación y paz (Jue 2,11-18), pero con una diferencia: el libertador no empuña la espada. Samuel convoca, ora, ofrece un sacrificio y juzga, y la victoria llega con un trueno.

La asamblea de Masfa es una liturgia penitencial. El pueblo arroja los Baales y las Astartés, derrama agua ante el Señor, ayuna y confiesa: «Hemos pecado contra el Señor» (7,6; ver nota a 7,6). El Targum entendió que derramaban su corazón como agua, y To-

rres Amat señala en nota las tres partes de la penitencia, contrición, confesión y satisfacción, que el Catecismo recoge del Catecismo Romano (n. 1450). La conversión interior impulsa a expresarse «por medio de signos visibles, gestos y obras de penitencia» (n. 1430). El contraste con el capítulo 4 es deliberado: allí Israel llevó el arca a la guerra sin preguntarse por su pecado; aquí, sin arca, vuelve a Dios, y Dios combate por él.

Samuel es, ante todo, intercesor. «Convocad… para que yo haga oración por vosotros» (7,5); «No ceses de clamar por nosotros» (7,8); «clamó Samuel al Señor por Israel, y oyó el Señor sus ruegos» (7,9). Lo será hasta el final: «lejos de mí cometer tal pecado contra el Señor, que yo cese nunca de rogar por vosotros» (12,23). La Escritura lo nombra junto a Moisés: «Moisés y Aarón con sus sacerdotes, y Samuel entre los que invocan su nombre» (Sal 99,6); «aunque Moisés y Samuel se pusieran delante de mí…» (Jr 15,1). El Catecismo dice que aprendió a orar de Ana y de Elí, y que más tarde «conocerá el precio y el peso de la intercesión» (n. 2578). El Eclesiástico recuerda esta misma escena: Samuel invocó al Señor mientras ofrecía un cordero, y el Señor tronó desde el cielo (Eclo 46,16-17).

¿Podía Samuel ofrecer holocaustos? Lo hace aquí, en Rámata (7,17) y en otras ocasiones (9,13; 10,8; 16,2-5), aunque la ley reservaba el altar a los sacerdotes descendientes de Aarón. Torres Amat, que lo hace levita con las Crónicas (ver nota a 1,1), supone en una nota que ofreció «por medio de algún sacerdote». Otros piensan que, en una época sin santuario central, con Silo perdido y el arca en una casa particular, el profeta actuó por encargo de Dios en circunstancias extraordinarias; el texto hebreo del

Eclesiástico que se conserva lo llama «juez y sacerdote» (Eclo 46,13). San Agustín observa que Samuel sirvió al altar sin pertenecer a la estirpe sacerdotal de Aarón, y ve en ello una figura del cambio de sacerdocio que traería Cristo (*La ciudad de Dios* XVII, 5). La cuestión sigue abierta.

Samuel es también el último de los jueces y el primero de los profetas. San Pablo dirá que Dios dio a Israel jueces «hasta el profeta Samuel» (Hch 13,20), y san Pedro, que «todos los profetas, desde Samuel», anunciaron los días de Cristo (Hch 3,24). Recorre cada año Betel, Gálgala y Masfa para hacer justicia, «un excelente pastor del pueblo», dice Torres Amat, que va a buscar a la gente para que no tenga que viajar (7,15-17). Y es íntegro: al despedirse, nadie podrá acusarlo de haberse quedado con nada (12,3-5; Eclo 46,19). Su sombra es su familia: los hijos a los que nombra jueces se dejan sobornar (8,1-3), y el pueblo usará su fracaso para pedir un rey.

La piedra que Samuel levanta resume el capítulo: «Hasta aquí nos ha socorrido el Señor» (7,12). Es memoria y es confianza para el camino que falta. Para el cristiano, la intercesión de Samuel anuncia la de Cristo, que «vive siempre para interceder» por nosotros (Heb 7,25), y la de la Iglesia, que no deja de orar por el mundo. La victoria de Masfa no se ganó con el arca ni con las armas, sino con un pueblo que vuelve a Dios y un hombre que reza por él.

PAUSA

1. Israel tuvo que arrojar sus Baales antes de pedir ayuda. ¿Qué ídolos tendrías que quitar de tu vida para volver al Señor de todo corazón?
2. Samuel oraba mientras empezaba la batalla. ¿Por quién te pide Dios que intercedas hoy?
3. ¿Dónde están tus «piedras del Socorro», los lugares o momentos en que puedes decir «hasta aquí me ha ayudado el Señor»?

Para orar. *Señor, que hasta aquí me has socorrido, no dejes de ayudarme en el camino que me falta.*

8

«Danos un rey»

Samuel envejece, y sus hijos, jueces en Bersabee, se dejan sobornar. Los ancianos aprovechan para pedir lo que Israel no había tenido nunca: un rey «como todas las naciones». El capítulo tiene tres partes: la petición y la respuesta de Dios (vv. 1-9), el discurso de Samuel sobre «la potestad del rey» (vv. 10-18) y la insistencia del pueblo, que Dios acepta (vv. 19-22). Dios ve en la petición un rechazo de su reinado, y aun así la concede. Es el comienzo de la monarquía, que traerá abusos y que Dios convertirá, sin embargo, en el cauce de su promesa a David.

Los hijos de Samuel y la petición de los ancianos

1 Mas como Samuel fuese ya viejo, sustituyó a sus hijos por
jueces de Israel, a modo de tenientes suyos [1]. 2 Se llamaba
su hijo primogénito Joel, y el segundo Abía [2]; los cuales
daban audiencia en Bersabee. 3 Mas no siguieron las pisa-
das de su padre Samuel, sino que se dejaron arrastrar de la
avaricia, recibiendo regalos y torciendo la justicia [3].

4 Por lo que juntándose todos los ancianos de Israel [4], vi-
nieron a Samuel que estaba en Rámata, 5 y le dijeron: Ya
ves que tú has envejecido, y que tus hijos no siguen tus pa-
sos; constitúyenos un rey que nos gobierne, como lo tie-

nen todas las naciones [5]. [6] Este lenguaje desagradó a Samuel [6], al oír que le decían: Constitúyenos un rey que nos gobierne. Con todo hizo oración y consultó al Señor;

[7] y el Señor le dijo: Escucha la voz de ese pueblo, y condesciende a todo lo que te pide, porque no te ha desechado a ti, sino a mí, para que no reine sobre ellos [7]. [8] Hacen lo que han hecho siempre desde el día en que los saqué de Egipto hasta hoy; como me abandonaron a mí por servir a dioses ajenos, así hacen contigo [8]. [9] Ahora, pues, otórgales su petición; pero primero hazles presente y anúnciales el poder del rey que reinará sobre ellos [9].

La potestad del rey

[10] Refirió, pues, Samuel al pueblo que le había pedido rey todas las palabras del Señor, [11] y dijo: Esta será la potestad del rey que os mandará [10]: Tomará vuestros hijos y los destinará para guiar sus carros, y para ser sus guardias de a caballo, y para que corran delante de sus tiros de cuatro caballos [11]. [12] De ellos sacará sus tribunos y centuriones [12], los cultivadores de sus tierras, los segadores de sus mieses, y los artífices de sus armas y de sus carros. [13] Hará asimismo que vuestras hijas sean sus perfumeras, sus cocineras y sus panaderas [13].

[14] Y, lo que es más, os quitará también lo mejor de vuestros campos, viñas y olivares [14], y lo dará a sus criados.

15 Además diezmará vuestras mieses [15], y los productos de
las viñas para darlos a sus eunucos o ministros [16], y a
otros de sus criados. 16 Tomará también vuestros siervos y
siervas y vuestros robustos jóvenes, y vuestros asnos [17], y
los hará trabajar para él. 17 Diezmará asimismo vuestros
ganados, y todos vosotros vendréis a ser esclavos suyos [18].
18 Por lo que alzaréis el grito en aquel día a causa del rey
que os elegisteis, y entonces el Señor no querrá oír vues-
tros clamores [19], porque vosotros mismos pedisteis tener
un rey.

«Habrá un rey sobre nosotros»

19 Pero el pueblo no quiso dar oídos a las razones de
Samuel [20], sino que dijeron todos: No, no; habrá un rey
sobre nosotros, 20 y nosotros hemos de ser como todas las
naciones; nuestro rey nos administrará la justicia, y saldrá
a nuestro frente y combatirá por nosotros en todas las
guerras [21]. 21 Oyó Samuel todas las palabras del pueblo y
las hizo presentes al Señor. 22 Pero el Señor dijo a Samuel:
Haz lo que te piden, y nómbrales un rey [22]. Dijo, pues, Sa-
muel a los ancianos de Israel: Váyase cada cual a su ciudad.

¿Sabías que?

En enero de 1776, Thomas Paine publicó en Filadelfia *El sentido común*, el folleto que empujó a las colonias americanas a independizarse de Jorge III. Para mostrar que la monarquía no tenía apoyo en la Escritura, copió casi entero este capítulo, junto con la negativa de Gedeón (Jue 8,23) y los truenos de 12,17-19, e intercaló comentarios entre los «tomará»: la descripción, decía, coincidía con las levas forzosas y con el lujo de los reyes de su tiempo. A David solo lo salvaba como «varón según el corazón de Dios», no como rey. Paine leía una sola de las dos voces del libro (ver el cuadro de este capítulo).

¿Rey o no rey? Dos voces

A favor	En contra
«No había rey en Israel; cada cual hacía lo que le parecía» (Jue 17,6; 21,25)	Gedeón: «el Señor será quien reine sobre vosotros» (Jue 8,22-23)
La ley prevé un rey escogido por el Señor (Dt 17,14-15)	La fábula de Joatam: solo la zarza acepta reinar (Jue 9,7-15)
«Él librará a mi pueblo de la mano de los filisteos» (1 Sam 9,16)	«No te han desechado a ti, sino a mí» (8,7)
«¡Viva el rey!»: Saúl, elegido por el Señor (10,24)	«La potestad del rey»: tomará, diezmará (8,11-18)
El rey salva a Jabes de Galaad (11,1-15)	Los truenos de la siega: «el mal que habéis hecho pidiendo un rey» (12,17-19)
«Afirmaré para siempre el trono de su reino» (2 Sam 7,12-16)	«Pusieron reyes, pero no de parte mía» (Os 8,4); «te di un rey en mi furor» (Os 13,10-11)
El rey ungido, hijo de Dios y defensor de los pobres (Sal 2; 72; 89)	«Tu padre hizo pesadísimo nuestro yugo» (1 Re 12,4)
El niño que nace y el retoño de Jesé (Is 9,5-6; 11,1-5)	«¡Ay del que edifica su casa sin justicia!» (Jr 22,13-17)
«Le dará el trono de David, su padre» (Lc 1,32-33)	«Los jefes de las naciones las dominan… no ha de ser así entre vosotros» (Mc 10,42-45)

Los capítulos 8 a 12 alternan las dos voces, y toda la Biblia las conserva. Desde Julius Wellhausen, muchos atribuyeron los textos favorables y los hostiles a fuentes distintas; hoy se tiende a leer el conjunto como una reflexión deliberada. El Catecismo resume la tensión: Israel sucumbió a la tentación de ser «un reino como las demás naciones», pero el Reino prometido a David «será obra del Espíritu Santo» y «pertenecerá a los pobres según el Espíritu» (n. 709). En Jesús, el hijo de David que vino a servir, las dos columnas se encuentran.

PARA PROFUNDIZAR

«Danos un rey»: la monarquía, entre el rechazo y la promesa

El pedido parece razonable. Samuel es viejo, sus hijos son corruptos y los filisteos siguen siendo una amenaza. Los ancianos piden «un rey que nos gobierne, como lo tienen todas las naciones» (8,5), y el pueblo precisa lo que espera de él: que lo juzgue, que salga al frente y que combata sus guerras (8,20). El Talmud recoge una opinión matizada: los ancianos pidieron bien, «un rey que nos juzgue», y fue la gente ignorante la que lo estropeó con el «como todas las naciones» (Sanedrín 20b). La respuesta de Dios desconcierta: Samuel no debe sentirse rechazado, porque «no te ha desechado a ti, sino a mí» (8,7), y sin embargo debe hacer lo que le piden (8,7.9.22).

Israel no había tenido rey porque su rey era Dios. Flavio Josefo inventó para describirlo una palabra que él mismo reconoce forzada, «teocracia» (*Contra Apión* II,165). Gedeón lo había dicho a su modo: «el Señor será quien reine sobre vosotros» (Jue 8,23; ver el ensayo del capítulo 9 de los Jueces). El Sinaí había hecho de Israel «un reino de sacerdotes y una nación santa» (Éx 19,6), un pueblo distinto de los demás. Por eso el Catecismo ve en la historia de la monarquía la tentación de Israel de «convertirse en un reino como las demás naciones» (n. 709).

El discurso de Samuel describe «la potestad del rey» con seis verbos de despojo: tomará vuestros hijos, vuestras hijas, vuestros campos y vuestros siervos; diezmará vuestras cosechas y vuestros rebaños (8,11-17; ver nota a 8,11). No es una ley que Dios dé,

sino el retrato de lo que hacen los reyes. Durante mucho tiempo se pensó que era una crítica escrita después de Salomón, que impuso trabajos forzados y un yugo pesado (1 Re 5,27; 12,4). Pero en 1956 el asiriólogo Isaac Mendelsohn mostró que los documentos acadios de Ugarit, del segundo milenio antes de Cristo, describen prácticas muy parecidas en los reinos cananeos: levas para los carros, trabajos forzados, tierras confiscadas y entregadas a los servidores del rey, diezmos reales. Samuel describiría, pues, la realeza que Israel tenía a la vista; la fecha del texto sigue discutiéndose. Los rabinos se preguntaron si el discurso enumeraba derechos del rey o solo quería asustar al pueblo (Sanedrín 20b), y Torres Amat anota que no describe un derecho, sino una costumbre.

Los capítulos 8 a 12 hablan de la monarquía con dos voces (ver el cuadro de este capítulo). En unos pasajes, el rey es un don de Dios que salva a su pueblo de los filisteos (9,16; 11); en otros, un rechazo del Señor (8,7; 10,19; 12,12.17-19). Desde Julius Wellhausen, en el siglo XIX, muchos explicaron la tensión por dos fuentes, una favorable y otra hostil; hoy se tiende a leer el conjunto como una reflexión que conserva a propósito las dos miradas. La Biblia no idealiza ni condena sin más una forma de gobierno: pregunta de quién recibe el rey su poder y para qué lo usa.

Dios acepta la petición y la transforma. La ley había previsto un rey elegido por él, hermano de sus hermanos y sometido a la Ley (Dt 17,14-20; ver el ensayo del capítulo 17 del Deuteronomio). Oseas recordará la amargura de aquel día: «Te di un rey en mi furor» (Os 13,11). Pero de esta concesión saldrá la promesa hecha a David, «afirmaré para siempre el trono de su reino» (2 Sam 7,13),

y con ella la esperanza de un Ungido. El ángel lo anunciará a María: «el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará en la casa de Jacob para siempre» (Lc 1,32-33). Como en otras concesiones hechas «por la dureza de vuestro corazón» (Mt 19,8), Dios cuenta con la debilidad de su pueblo y la conduce hacia algo mejor.

Jesús es ese rey, y lo es al revés que los reyes de las naciones. No toma, sino que da: «el Hijo del hombre no vino a ser servido, sino a servir y a dar su vida en rescate por muchos» (Mc 10,45). Algunos han oído un eco del rechazo de 8,7 en el grito de los sumos sacerdotes ante Pilato: «No tenemos más rey que el César» (Jn 19,15). Y la Iglesia aplica la lección a toda autoridad, que debe ejercerse «como un servicio» (Catecismo, n. 2235). Samuel advirtió de lo que hacen los reyes; Cristo mostró lo que hace un rey según el corazón de Dios.

PAUSA

1. Israel quería ser «como todas las naciones». ¿En qué te tienta ser como todos, aunque eso te aleje de Dios?
2. Dios dijo a Samuel: «no te han desechado a ti, sino a mí». ¿Cómo vives los rechazos que sufres por hacer el bien?
3. Si tienes alguna autoridad en tu casa, en tu trabajo o en tu comunidad, ¿la ejerces como un servicio o como «la potestad del rey»?

Para orar. *Señor, Rey mío, reina tú en mi vida, y enséñame a servir allí donde me toque mandar.*

9

Saúl y el vidente

Saúl entra en la historia buscando unas burras perdidas y termina ungido rey. El capítulo tiene tres momentos: la presentación de Saúl y la búsqueda inútil por las tierras de Efraín y de Benjamín (vv. 1-10); el encuentro con las doncellas y con Samuel, a quien Dios había avisado la víspera (vv. 11-21); y el banquete en el lugar excelso, con la noche en el terrado (vv. 22-27). Todo parece casualidad: las burras, la moneda del criado, las muchachas que salen por agua. Pero Dios guiaba esos pasos, y Saúl, que busca al «vidente», es la respuesta de Dios, que ha visto la aflicción de su pueblo (v. 16).

Las burras perdidas

1 Vivía en esta sazón un hombre de la tribu de Benjamín,
llamado Cis, hijo de Abiel, hijo de Seror, hijo de Becorat,
hijo de Afía, hijo de Jémini [1], varón fuerte y valeroso [2].
2 Tenía éste un hijo llamado Saúl, joven gallardo [3] y de tan
bella presencia que no le había más bien dispuesto entre
todos los israelitas; sobrepujando lo que va de los hombros
arriba a todos ellos. 3 Se habían perdido unas burras [4] de
Cis, padre de Saúl, por lo que dijo Cis a Saúl, su hijo: Toma
contigo a un criado, y anda a ver si encuentras las burras.
Ellos habiendo atravesado la montaña de Efraín, 4 y el te-

rritorio de Salisa [5], sin haberlas hallado, pasaron asimismo a tierra de Salim, y no aparecían; y también a tierra de Jémini, y en ninguna parte dieron con ellas.

5 Venidos finalmente al territorio de Suf, dijo Saúl al criado que le acompañaba: Ven y volvámonos; no sea que mi
padre, dejando ya el cuidado de las burras, esté en pena
por nosotros. 6 Le respondió el criado: Mira que en esta
ciudad había un varón de Dios, varón insigne [6]; todo
cuanto anuncia se verifica sin falta; vamos, pues, allá, por
si nos da luz acerca del objeto de nuestro viaje. 7 Dijo entonces Saúl a su criado: Bien está, iremos; pero, ¿qué presente llevaremos al varón de Dios? [7] No hay ya pan en
nuestras alforjas, ni tenemos dinero ni cosa alguna que
darle. 8 Replicó de nuevo el criado a Saúl, y dijo: He aquí la
cuarta parte de un siclo de plata [8], con que me encuentro
por casualidad; se la daremos al varón de Dios cuando vayamos a saber de él lo que debemos hacer. 9 (Antiguamente
en Israel todos los que iban a consultar a Dios, solían hablar así: Venid, y vamos al vidente. Pues el que se llama
profeta, se llamaba entonces vidente [9].) 10 Respondió Saúl
a su criado: Dices muy bien, vamos allá. Y fueron a la ciudad donde vivía el varón de Dios.

El encuentro con el vidente

11 Al subir la cuesta que conduce a ella, encontraron unas
doncellas que salían por agua [10] y les preguntaron: ¿Está

aquí el vidente? [12] Respondieron diciendo: Aquí está, no lo tienes muy lejos de ti; date prisa, porque ha venido hoy a la ciudad, por ser día en que el pueblo ofrecerá sacrificio en el lugar excelso [11]. [13] Entrando en la ciudad, luego lo hallaréis, pues no habrá subido todavía al lugar excelso a comer. Porque el pueblo no comerá hasta que él llegue, por cuanto él es quien bendice el sacrificio [12], y después se ponen a comer los convidados. Así, pues, subid presto, que ahora lo hallaréis. [14] Con esto subieron a la ciudad; y andando por ella, vieron a Samuel que venía hacia ellos para subir al lugar excelso.

[15] Es de saber que un día antes de la llegada de Saúl, el Señor le había revelado a Samuel secretamente [13], diciéndole: [16] Mañana a esta misma hora te enseñaré un hombre de la tierra de Benjamín, y lo ungirás por caudillo de mi pueblo de Israel [14], y él salvará a mi pueblo de las manos de los filisteos; porque yo he vuelto mis ojos hacia el pueblo mío, por cuanto sus clamores han llegado hasta mí [15]. [17] Y así fue, que luego que Samuel vio a Saúl, le dijo el Señor: Ese es el hombre de quien te hablé; ése reinará sobre mi pueblo.

[18] Se acercó, pues, Saúl a Samuel estando en medio de la puerta y le dijo: Te suplico me informes dónde está la casa del vidente. [19] Y Samuel le respondió, diciendo: Yo soy el profeta. Sube delante de mí al lugar excelso; porque hoy

comerás conmigo, y mañana te despacharé, después de haberte manifestado todo lo que tienes en tu corazón [16].
[20] Y acerca de las burras que perdiste tres días hace, no estés con cuidado, porque ya aparecieron. Mas, ¿y de quién será todo lo mejor de Israel? [17] ¿por ventura no será para ti y para toda la casa de tu padre? [21] A lo que, replicando Saúl, dijo: ¿Pues no soy yo hijo de Jémini, de la tribu más pequeña de Israel [18]? ¿Y no es mi familia la última entre todas las de la tribu de Benjamín? ¿Por qué me hablas de esa manera?

El banquete en el lugar excelso

[22] Samuel, tomando consigo a Saúl y al criado, los introdujo en la sala del convite [19], y los colocó a la cabecera de la mesa, distinguiéndolos sobre todos los convidados, que eran como unas treinta personas. [23] Y dijo Samuel al cocinero: Saca la porción que te di, mandándote que la guardases aparte. [24] Sacó entonces el cocinero una espaldilla [20], y la puso delante de Saúl. Y dijo Samuel: Mira, eso quedó reservado, tómalo y come, puesto que a propósito lo he hecho reservar para ti, cuando he convidado al pueblo. Y comió Saúl con Samuel aquel día.

[25] Y habiendo bajado del lugar excelso a la ciudad, Samuel conversó con Saúl en el terrado [21]. Allí se echó Saúl y durmió. [26] Por la mañana, levantándose al rayar el día, Samuel llamó a Saúl que estaba en el terrado, diciendo: Ven,

y te despacharé. Fue Saúl, y marcharon los dos, a saber, él y Samuel. [27] Y cuando descendían a la parte más baja de la ciudad, dijo Samuel a Saúl: Di al criado que pase y vaya delante de nosotros; mas tú párate un poco que quiero comunicarte lo que ha dicho y dispuesto sobre ti el Señor [22].

¿Sabías que?

La novela *Los años de aprendizaje de Wilhelm Meister*, de Goethe (1795-1796), termina con este capítulo. Wilhelm, un joven que se lanzó a recorrer el mundo detrás del teatro, encuentra al final, sin buscarlo, el amor y su lugar en la vida, y su amigo Friedrich se ríe: «Me pareces Saúl, el hijo de Cis, que salió a buscar las asnas de su padre y encontró un reino». Wilhelm le responde que no sabe lo que vale un reino, pero que ha alcanzado una dicha que no merece y que no cambiaría por nada del mundo.

PAUSA

1. Saúl salió a buscar unas burras y encontró a Dios en el camino. ¿Qué tarea ordinaria de tu vida ha sido ocasión de un encuentro inesperado con él?
2. El criado sabía lo que Saúl ignoraba. ¿Quién ha sido para ti ese «criado» que te llevó hasta un hombre de Dios?
3. Saúl se sintió el último de la última tribu. ¿Cómo recibes los encargos que te parecen demasiado grandes para ti?

Para orar. *Señor, que en mis caminos de cada día sepa reconocer los pasos por los que tú me guías.*

10

Ungido en secreto, elegido ante todos

Samuel unge a Saúl a solas y le da tres señales que confirmarán su palabra (vv. 1-8). Las señales se cumplen ese mismo día: Dios le cambia el corazón, y el espíritu lo arrebata en medio de un grupo de profetas, hasta el punto de que la gente se pregunta si también Saúl es profeta (vv. 9-16). Después, en Masfa, la suerte lo señala delante de todo el pueblo, que lo aclama rey, aunque algunos lo desprecian (vv. 17-27). El mismo hombre es elegido dos veces: en secreto, por la unción del profeta, y en público, por la suerte. Saúl, mientras tanto, calla, se esconde y disimula.

La unción y las tres señales

1 Entonces sacó Samuel una redomita de óleo o bálsamo [1],
y la derramó sobre la cabeza de Saúl, y lo besó [2], diciendo:
He aquí que el Señor te ha ungido para príncipe sobre su
herencia y tú librarás a su pueblo de las manos de sus
enemigos [3] que la rodean. Esta señal tendrás de que Dios
te ha ungido para príncipe: 2 Cuando hoy te hayas separa-
do de mí encontrarás dos hombres junto al sepulcro de Ra-
quel, en la frontera de Benjamín [4], hacia la parte meridio-
nal, que te dirán: Se han hallado ya las burras que fuiste a
buscar; y no pensando ya tu padre en ellas, está inquieto
por causa de vosotros, y dice: ¿Qué le habrá sucedido a mi

hijo?; [3] y luego que partas de allí, y pases más adelante, llegando a la encina del Tabor [5], encontrarás tres hombres, que irán a adorar a Dios en Betel, uno que llevará tres cabritos, otro tres hogazas de pan, y el tercero una bota de vino; [4] y habiéndote saludado te darán dos panes, que tú recibirás de su mano.

[5] Después que llegues al collado de Dios, donde está el presidio de los filisteos [6], y entres en la ciudad, encontrarás una compañía o coro de profetas [7], que bajan del lugar excelso, precedidos de salterio, tambor, y flauta, y cítara y ellos profetizando. [6] Y te arrebatará el espíritu del Señor [8], y profetizarás con ellos, y quedarás mudado en otro hombre. [7] Cuando vieres, pues, cumplidas todas estas señales, haz osadamente cuanto te ocurra deber hacer [9], porque contigo está el Señor. [8] Después descenderás antes que yo a Gálgala (donde iré yo a encontrarte), para ofrecer holocaustos y sacrificar víctimas pacíficas al Señor. Me aguardarás siete días [10], hasta tanto que yo llegue, y te declararé lo que debes hacer.

Saúl entre los profetas

[9] Así que Saúl volvió las espaldas, y se separó de Samuel, le mudó Dios el corazón en otro [11], y le sucedieron aquel día todas estas señales. [10] En efecto, llegados al collado arriba dicho, he aquí que se encuentra con un coro de profetas; y arrebatado del espíritu del Señor se puso a profetizar o

cantar [12] en medio de ellos. [11] Y viendo los que le habían conocido poco antes, como estaba con los profetas y profetizando, se dijeron unos a otros: ¿Qué es esto que ha sucedido al hijo de Cis? Pues, ¿también Saúl es uno de los profetas? [12] Sobre lo cual respondieron algunos: Y ¿quién es el padre de estos otros profetas? [13] Por donde pasó a proverbio: Pues, ¿también Saúl es uno de los profetas? [13] Y cesó Saúl de profetizar, y se fue al lugar alto, a Gabaa, su patria [14].

[14] Y un tío suyo [15] le dijo a él y a su criado: ¿A dónde habéis ido? Le respondieron: A buscar las burras; y no habiéndolas encontrado, nos dirigimos a Samuel. [15] Le dijo su tío: Cuéntame lo que te ha dicho Samuel. [16] Le respondió Saúl: Nos hizo saber que habían aparecido las burras. Mas no le descubrió nada de lo que Samuel le había dicho acerca del reino.

La suerte de Masfa

[17] Después de esto convocó Samuel al pueblo delante del Señor, en Masfa. [18] Y dijo a los hijos de Israel: Esto dice el Señor Dios de Israel: Yo saqué a Israel de Egipto, y os libré de las manos de los egipcios [16], y de las manos de todos los reyes que os oprimían. [19] Mas vosotros en el día habéis desechado a vuestro Dios, solo el cual os ha salvado de todos los males y tribulaciones, y habéis dicho: No más así, esta-

blécenos un rey que nos gobierne. Ahora, pues, presentaos delante del Señor por orden de vuestras tribus y familias.

20 Y sorteó Samuel todas las tribus de Israel, y cayó la suerte sobre la tribu de Benjamín [17]. 21 Sorteó después las familias de la tribu de Benjamín, y tocó la suerte a la familia de Metri, y finalmente a Saúl, hijo de Cis. Lo buscaron luego, mas no pudieron encontrarlo. 22 Con esto consultaron al Señor para saber si comparecería allí Saúl. A lo que respondió el Señor: A estas horas está escondido en su casa [18]. 23 Fueron, pues, corriendo, y lo trajeron de allí; y así que estuvo en medio del pueblo, se vio que era más alto que todos los demás todo lo que va de hombros arriba. 24 Dijo entonces Samuel a todo el pueblo: Ya veis a quien ha elegido el Señor, y que no hay en todo el pueblo uno semejante a él. Y gritó todo el pueblo, diciendo: ¡Viva el rey! [19]

25 En seguida expuso Samuel al pueblo la ley de la monarquía [20], y la escribió en un libro, que depositó en el Tabernáculo delante del Señor; después de lo cual despidió Samuel a todo el pueblo, cada cual a su casa. 26 También Saúl se fue a su casa, en Gabaa; siguiéndole parte del ejército, aquellos cuyos corazones había movido el Señor [21]. 27 Al contrario los hijos de Belial, o los desobedientes al Señor [22], dijeron: ¿Por ventura podrá éste salvarnos? Y le despreciaron, y no le ofrecieron los donativos

acostumbrados; mas él disimuló, haciendo como que no lo entendía [23].

¿Sabías que?

Una de las primeras unciones de un rey cristiano de las que se conserva un relato detallado es española. San Julián de Toledo cuenta en su *Historia del rey Wamba* que este noble godo, elegido el 1 de septiembre del año 672, aceptó la corona solo bajo amenazas y no quiso ser ungido hasta llegar a Toledo, para que nadie pensara que había usurpado «el signo de tan excelso honor». El día diecinueve, en la iglesia de los santos Pedro y Pablo, el obispo Quirico le derramó el óleo sobre la cabeza, y según Julián se levantó de ella un vapor como una columna de humo y salió volando una abeja, presagio de un buen reinado. Como Saúl en Masfa, el elegido se había resistido.

Los ungidos del Señor

Quién	Quién lo unge, con qué	Cita
Aarón y sus hijos	Moisés, con el óleo de la unción	Éx 29,7; Lv 8,12
Saúl	Samuel, con una redoma (*pak*)	1 Sam 10,1
David	Samuel, con el cuerno (*qéren*); después, Judá e Israel	1 Sam 16,13; 2 Sam 2,4; 5,3
Salomón	El sacerdote Sadoc, con el cuerno	1 Re 1,39
Jehú	Un discípulo de Eliseo, con una redoma	2 Re 9,1-6
Joás	El sacerdote Joyadá y sus hijos	2 Cr 23,11
Ciro	Dios lo llama «su ungido», sin aceite	Is 45,1
El enviado	«El Señor me ha ungido»	Is 61,1
Jesús	Dios, con el Espíritu Santo y con poder	Lc 4,18; Hch 10,38
Jesús, en Betania	Una mujer, con nardo, «para la sepultura»	Mc 14,3-9
Los cristianos	Dios, que «nos ha ungido» y sellado	2 Cor 1,21; 1 Jn 2,20
Los enfermos	Los presbíteros, con aceite	Sant 5,14

Se ungía a reyes, sacerdotes y, excepcionalmente, profetas (Catecismo, n. 436; 1 Re 19,16). «Ungido» es en hebreo *mashíaj* y en griego *christós*. Según el Talmud, los reinos ungidos con el cuerno duraron, y los ungidos con la redoma, no (Meguilá 14a): una lección rabínica, no una regla bíblica.

PARA PROFUNDIZAR

El *ungido del Señor*: de Saúl a Cristo

En el mundo de la Biblia, el aceite de oliva era alimento, medicina, perfume y luz. Ungir la cabeza de alguien era señal de alegría

y de honor (Sal 23,5; 133,2), y ungir a una persona en nombre de Dios era consagrarla: apartarla para una misión y ponerla bajo su protección. En una de las cartas de El Amarna (siglo XIV a. C.), un rey de Siria recuerda que un faraón había derramado aceite sobre la cabeza de su antepasado al hacerlo rey. Israel recibió el rito y le dio un sentido propio: el que unge es el Señor.

El Catecismo lo resume: en Israel «eran ungidos en el nombre de Dios los que le eran consagrados para una misión que habían recibido de Él»: los reyes, los sacerdotes y, excepcionalmente, los profetas (n. 436; ver el cuadro de este capítulo). Saúl es el primer rey ungido, y con el aceite llega el espíritu, que lo arrebata y le cambia el corazón (10,6.9-10), como vendrá sobre David «desde aquel día en adelante» (16,13; Catecismo, n. 695). Desde entonces el rey se llama «el ungido del Señor», en hebreo meshíaj YHWH, en griego christós (ver nota a 2,10), y David se negará a levantar la mano contra él precisamente porque es el ungido del Señor (24,6; 26,9; ver nota a 24,6).

¿Y si el ungido falla? San Agustín se lo preguntó al leer estos capítulos. Saúl fue rechazado, pero el aceite con que lo ungieron, y por el que se le llama «cristo», debía entenderse como «un gran misterio»: por eso David lo veneró hasta temblar por haber cortado la orla de su manto, y reverenció en él la sombra de lo que había de venir, no por la sombra, sino por lo que anunciaba (*La ciudad de Dios* XVII,6). Torres Amat dice lo mismo en su nota de 1824: la unción de los reyes era «como una predicción del Mesías», que había de ser a la vez rey, sacerdote y profeta. Saúl

muestra, además, la otra cara del rito: la unción no es un talismán. El espíritu que lo arrebató en Gabaa se retirará de él (16,14).

Cuando la monarquía se hundió, la esperanza se volvió hacia un ungido futuro. Los salmos hablan del rey ungido contra el que se conjuran las naciones (Sal 2,2), e Isaías pone en boca del enviado de Dios: «el espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido» (Is 61,1). En la sinagoga de Nazaret, Jesús lee esas palabras y dice: «Hoy se ha cumplido esta Escritura» (Lc 4,18-21). Ningún profeta le derramó aceite: su unción es el Espíritu, que desciende sobre él en el Jordán. «Dios ungió con el Espíritu Santo y con poder a Jesús de Nazaret», predica Pedro (Hch 10,38; ver Hch 4,27). El Catecismo lo dice con precisión: la humanidad que el Hijo asume está «totalmente ungida por el Espíritu Santo» (n. 695). El único aceite que se derramó sobre su cabeza fue el perfume de la mujer de Betania, y él lo relacionó con su sepultura (Mc 14,3-9): el Ungido reina desde la cruz.

El nombre pasó a sus discípulos. «Cristiano» significa, en el fondo, «ungido». San Pablo escribe que Dios «nos ha ungido» y nos ha marcado con su sello (2 Cor 1,21-22), y san Juan, que los creyentes tienen «la unción del Santo» (1 Jn 2,20.27). La Iglesia ve en la unción de reyes y sacerdotes uno de los signos de la Antigua Alianza que prefiguran los sacramentos (Catecismo, n. 1150), y la celebra en ellos: después del Bautismo, la unción con el santo crisma significa que el nuevo cristiano es «ungido por el Espíritu Santo, incorporado a Cristo, que es ungido sacerdote, profeta y rey» (Catecismo, n. 1241), y el mismo crisma consagra en la Confirmación y en la Ordenación (n. 1294). Cada año, en la misa cris-

mal del Jueves Santo, el obispo consagra el crisma para toda su diócesis (n. 1297).

La historia de Saúl es una advertencia y un consuelo. La unción es un don y una misión, y no sustituye a la obediencia. Pero Dios no retira su promesa por el fracaso de un hombre. Del rechazo de Saúl pasará a David, y de David a Cristo, el Ungido por excelencia, en quien cada bautizado recibe una parte de aquella misión de servir y de salvar a su pueblo.

PAUSA

1. Saúl fue elegido en secreto y después en público. ¿Qué te ha pedido Dios en lo escondido antes de pedírtelo delante de los demás?
2. Dios le dio a Saúl «otro corazón». ¿Qué parte de tu corazón necesitas que Dios cambie hoy?
3. Saúl se escondió entre el bagaje. ¿De qué responsabilidad te escondes tú?

Para orar. *Señor, tú que me ungiste en el Bautismo, no permitas que pierda el espíritu que me diste.*

11

La victoria de Jabes

Un mes después de la elección, el amonita Naas pone cerco a Jabes de Galaad y le ofrece una paz humillante: sacar a cada hombre el ojo derecho (vv. 1-3). La noticia llega a Gabaa, y Saúl, que vuelve del campo detrás de sus bueyes, queda arrebatado por el espíritu, convoca a Israel con los bueyes hechos pedazos y derrota a los amonitas al amanecer (vv. 4-11). Después perdona a los que lo habían despreciado, y en Gálgala el pueblo renueva el reino (vv. 12-15). Es el día más brillante de Saúl, pintado como uno de los jueces: el espíritu, la llamada a las tribus, la victoria.

Naas ante Jabes

1 Pasado casi un mes [1], Naas, amonita [2], se puso en movimiento y comenzó a batir a Jabes de Galaad [3]. Y todos los habitantes de Jabes dijeron a Naas: Haz alianza con nosotros, y seremos siervos o tributarios tuyos [4]. 2 Les respondió Naas, amonita: Haré alianza con vosotros sacándoos a todos el ojo derecho [5], y poniéndoos por oprobio de todo Israel. 3 Le dijeron los ancianos de Jabes: Concédenos siete días [6], a fin de enviar mensajeros por todos los términos de Israel, y si no hubiere quien nos defienda nos rendiremos a ti.

Saúl convoca a Israel

4 Llegaron, pues, los mensajeros a Gabaa, patria de Saúl, y
refirieron lo dicho, escuchándolo el pueblo; todo el cual a
voz en grito echó a llorar [7]. 5 Venía a la sazón Saúl del
campo en pos de sus bueyes [8], y preguntó: ¿Qué llanto es
ése del pueblo? Y le contaron lo que habían enviado a decir
los habitantes de Jabes. 6 Al oírlo quedó arrebatado del es-
píritu del Señor [9]. E irritado sobremanera, 7 tomó los dos
bueyes, y los hizo trozos [10]; los que envió por todos los
confines de Israel por medio de unos mensajeros que dije-
sen: Así serán tratados los bueyes de todo aquel que no sa-
liere a campaña, y no siguiere a Saúl y a Samuel [11]. Con
esto se apoderó del pueblo el temor del Señor, y salieron
todos a una, como si fueran un hombre solo. 8 Pasó Saúl
revista de ellos en Bezec, y se hallaron trescientos mil
hombres de los hijos de Israel [12], y treinta mil de sola la
tribu de Judá.

9 Y respondieron a los mensajeros que habían venido de
Jabes: Diréis a los habitantes de Jabes de Galaad: Mañana,
calentando el sol, seréis socorridos [13]. Partieron, pues, los
mensajeros, y llevaron esta nueva a los habitantes de Jabes
que la recibieron con gran alegría. 10 Los cuales dijeron a
los enemigos: Mañana saldremos a vosotros, y nos trata-
réis como os plazca. 11 Venido, pues, el día siguiente, divi-
dió Saúl el ejército en tres cuerpos [14], y al rayar el alba en-

tró por medio de los campamentos de los amonitas, y los estuvo acuchillando hasta que el sol comenzó a calentar; desparramándose de tal suerte los que escaparon, que no quedaron dos de ellos juntos.

El reino renovado en Gálgala

12 Entonces dijo el pueblo a Samuel: ¿Quiénes son los que decían: Saúl será acaso nuestro rey? [15] Entréganos esos hombres y los mataremos. 13 Mas Saúl les dijo: Ninguno morirá en este día, ya que hoy el Señor ha salvado a Israel [16].

14 Después dijo Samuel al pueblo: Venid y vamos a Gálgala, y confirmemos allí a Saúl en el reino [17]. 15 Se encaminó, pues, todo el pueblo a Gálgala, y allí reconocieron nuevamente por rey a Saúl en presencia del Señor [18]; e inmolaron al Señor víctimas pacíficas, regocijándose mucho en aquel sitio, así Saúl como todos los hijos de Israel.

¿Sabías que?

Torres Amat comenta en una nota de 1824 que hoy nos parece extraño ver a un rey que vuelve de arar, «mas no lo era entonces»: también los romanos, dice, fueron a buscar a un cónsul mientras araba, y la tierra «se gozaba al verse trabajada con reja laureada, y por un arador ilustre por sus triunfos». La frase es de Plinio el Viejo (*Historia natural* XVIII,4), que cuenta cómo el enviado del Senado encontró a Cincinato arando sus cuatro yugadas junto al Vaticano para entregarle la dictadura. Según la tradición romana, Cincinato salvó a Roma y volvió a su arado. Saúl, en cambio, no volverá nunca a sus bueyes.

Un texto, tres testigos

Pasaje	Hebreo masorético	Griego, Qumrán y Vulgata
1,24	«Tres becerros»	Griego y 4QSam^{a}: «un becerro de tres años»; Vulgata: tres
6,19	70 y 50.000 muertos	Josefo: setenta; Vulgata como el hebreo
9,25	Samuel «habló con Saúl»	Griego: «le prepararon una cama»; Vulgata: las dos
10,1	Una frase breve	Griego: texto largo; Vulgata: buena parte de él
10,27 – 11,1	«Él fue como quien calla»	Griego: «como un mes después»; 4QSam^{a}: el párrafo de Naas; Vulgata: las dos
11,8	300.000 y 30.000	Griego: 600.000 y 70.000
11,15	«Hicieron rey a Saúl»	Griego: «Samuel ungió a Saúl»
13,1	«Tenía un año… dos años»	Casi todo el griego omite el versículo
14,22-23	Sin cifra	Griego y Vulgata: «unos diez mil»
14,41	«Da *tamim*»	Griego y Vulgata: oración larga, con el Urim y el Tummim
17,4	Seis codos y un palmo	Griego, 4QSam^{a} y Josefo: cuatro; Vulgata: seis

El hebreo masorético se conserva en manuscritos medievales; 4QSam^{a} es el gran rollo de Samuel de Qumrán (siglo I a. C.); «griego» es la versión de los Setenta. Torres Amat traduce la Vulgata, que sigue unas veces al hebreo y otras al griego. Ver el ensayo del capítulo 11.

PARA PROFUNDIZAR

«Pasado casi un mes»: el texto de Samuel entre el hebreo, el griego y Qumrán

Quien lee en Torres Amat el final del capítulo 10 y el comienzo del 11 tiene delante, sin saberlo, tres tradiciones del texto en dos líneas. «Mas él disimuló» traduce el hebreo que conservaron los masoretas, vayehí kemajarish, «y él fue como quien calla». «Pasado casi un mes» traduce casi las mismas letras leídas de otro modo, kemejódesh, como hizo el traductor griego, que las unió al capítulo siguiente. La Vulgata guardó las dos lecturas, y Torres Amat las tradujo con fidelidad (ver notas a 10,27 y 11,1). Y entre una y otra, según un rollo de Qumrán, había un párrafo entero que los demás manuscritos perdieron.

Antes de la imprenta, cada ejemplar de la Biblia se copiaba a mano, y los copistas se equivocaban como cualquiera: saltaban de una palabra a otra igual, confundían letras parecidas o metían en el texto una explicación del margen. La transcripción digital que sirve de base a esta edición cometió el mismo error clásico en 10,18, donde saltó de un «de las manos» a otro. El texto hebreo de Samuel sufrió mucho en ese camino, y la traducción griega de los Setenta refleja a menudo un hebreo distinto, a veces más completo (ver «Antes de empezar»).

En 1952 aparecieron en la cueva 4 de Qumrán, junto al mar Muerto, fragmentos de tres rollos de Samuel. El mayor, llamado 4QSam^{a}, se copió en el siglo I a. C., y su edición completa se publicó en 2005. A menudo coincide con el griego contra el hebreo masorético, y su aportación más famosa es el párrafo sobre Naas: el rey

amonita oprimía a Gad y a Rubén, les sacaba el ojo derecho, no había quien librara a Israel, y siete mil hombres se refugiaron en Jabes. Flavio Josefo, que escribió a finales del siglo I d. C., cuenta la historia con varios de esos elementos, la opresión de los israelitas de más allá del Jordán y los ojos derechos arrancados (*Antigüedades judías* VI,5,1): leía una Biblia parecida al rollo. ¿Es un pasaje original, perdido por descuido de un copista, como sostuvo Frank Moore Cross, o una ampliación posterior que explicaba la crueldad de Naas? No hay acuerdo. La *New Revised Standard Version* (1989) lo incorporó al texto; la Biblia católica oficial de los Estados Unidos (*New American Bible*, revisada) lo menciona solo en una nota.

San Jerónimo tradujo Samuel directamente del hebreo hacia el año 390. Pero en los siglos siguientes los manuscritos de la Vulgata absorbieron frases de las antiguas versiones latinas, que se habían hecho sobre el griego, y así se formaron dobletes como el de 10,27 – 11,1 o el de 9,25 y añadiduras como las de 13,15 y 14,22. La más importante es la oración de 14,41. Torres Amat, que traducía la Vulgata clementina, las recogió todas (ver el cuadro de este capítulo).

¿Qué significa esto para la fe? La Iglesia no teme estas preguntas. Pío XII escribió que la crítica textual logra «que se restituya a su ser el sagrado texto lo más perfectamente posible» y que «se purifique de las depravaciones introducidas en él por la deficiencia de los amanuenses», y la consideró un servicio a la palabra de Dios (*Divino afflante Spiritu*, 1943, n. 13). Explicó además que la autenticidad que el concilio de Trento reconoció a la Vulgata no es «crítica», sino «jurídica»: garantiza que está libre de error en la

fe y las costumbres, no que cada frase sea la original (n. 14). El concilio Vaticano II recuerda que la Iglesia recibió desde el principio la versión de los Setenta, honra la Vulgata y quiere traducciones hechas «sobre todo de los textos primitivos» (*Dei Verbum* 22). Por eso la Nova Vulgata (1979) revisó el texto de Jerónimo.

La inspiración no depende de un manuscrito privilegiado. Dios confió su palabra a un pueblo que la copió, la tradujo y la rezó durante siglos, y la Iglesia tiene por canónicos los libros «enteros... con todas sus partes» (*Dei Verbum* 11). Ninguna de estas variantes toca una verdad de la fe; muestran, más bien, el camino humano por el que la palabra divina ha llegado hasta nosotros, la «condescendencia» de Dios, que habló «por hombres y a la manera humana» (*Dei Verbum* 12-13). Leer a Torres Amat con estas notas es como leer una carta de familia conservada en varias copias: las diferencias no restan autoridad a la carta, pero invitan a leerla con más atención.

PAUSA

1. Saúl dejó el arado para salvar a una ciudad que no era la suya. ¿Qué «Jabes» espera hoy que alguien se levante en su defensa?
2. Después de la victoria, Saúl perdonó a los que lo habían despreciado. ¿A quién te cuesta perdonar precisamente cuando las cosas te salen bien?
3. La palabra de Dios llegó hasta nosotros copiada a mano durante siglos. ¿Cómo cuidas tú esa palabra que has recibido?

Para orar. *Señor, que en el día del triunfo no me olvide de que la victoria es tuya, y sepa perdonar como tú perdonas.*

12

La despedida de Samuel

Ante el pueblo reunido en Gálgala, Samuel, ya anciano, presenta al rey y se despide como un juez que rinde cuentas. El discurso tiene cuatro partes: la integridad de Samuel, que el pueblo confirma (vv. 1-5); el recuerdo de la historia, desde Egipto hasta Naas, que acusa al pueblo de haber pedido un rey (vv. 6-15); el signo de los truenos en plena siega (vv. 16-19); y la palabra final de consuelo (vv. 20-25). La monarquía queda aceptada con una condición: que el rey y el pueblo sigan al Señor. Samuel deja de juzgar, pero no de rezar.

Samuel rinde cuentas

1 Entonces dijo Samuel a todo el pueblo de Israel: Ya veis
que he condescendido con vosotros en todo lo que me ha-
béis propuesto [1], y que os he dado un rey; 2 y este rey se
halla al frente de vosotros. Yo ya soy viejo y lleno de canas,
y mis hijos con vosotros están [2]. Entre vosotros he vivido
desde mi juventud hasta hoy; aquí me tenéis presente.
3 Declarad contra mí delante del Señor y de su ungido [3], si
acaso yo he usurpado el buey o el asno [4] u otra cosa de
ninguna persona; si he calumniado a nadie, si le he opri-
mido; si he aceptado cohecho, ni regalo alguno de quien-
quiera que sea, que hoy os satisfaré, y lo restituiré. 4 A lo

que dijeron: No nos has calumniado ni oprimido, ni has tomado de nadie cosa chica ni grande. 5 Les repuso Samuel: Testigo es el Señor contra vosotros, y testigo su ungido en este día de que no habéis hallado nada que decir contra mi conducta. Respondieron: Testigo [5].

La historia de un pueblo

6 Y dijo Samuel al pueblo: Sí, testigo me es aquel Señor que crió a Moisés y Aarón [6], y sacó a nuestros padres de la tierra de Egipto. 7 Ahora bien, compareced vosotros para que yo delante del Señor os haga cargo en juicio de todas las misericordias que os hizo [7] a vosotros y a vuestros padres. 8 Acordaos de cómo Jacob entró en Egipto [8], y de qué manera clamaron vuestros padres al Señor; el cual envió a Moisés y Aarón y sacó a vuestros padres de Egipto, y los estableció en este país.

9 Mas ellos se olvidaron del Señor Dios suyo; por lo que los entregó en poder de Sísara [9], capitán general del ejército de Hasor y en poder de los filisteos, y en poder también del rey de Moab, que les hicieron guerra. 10 Pero después clamaron al Señor, diciendo: Hemos pecado, pues abandonamos al Señor y hemos servido a Baal y a Astarot; ahora, pues, líbranos de las manos de nuestros enemigos, y te serviremos. 11 Con efecto, el Señor os envió a Jerobaal, y a Badán, y a Jefté y a Samuel [10], y os libró del poder de vuestros enemigos que os rodeaban, y vivisteis en seguridad.

12 Pero viendo que Naas, rey de los amonitas, marchaba
contra vosotros [11], me dijisteis: No será como hasta aquí,
sino que nos mandará un rey, siendo así que era entonces
el mismo Señor Dios vuestro el que reinaba en medio de
vosotros. 13 Ahora bien, aquí tenéis a vuestro rey, ya que
vosotros escogisteis y pedisteis tenerlo; ya veis cómo el Se-
ñor os ha dado un rey. 14 Con todo si temiereis al Señor, y
le sirviereis, y escuchareis su voz, y no fuereis rebeldes a
sus palabras, entonces, así vosotros como el rey que os go-
bierna, seréis dichosos siguiendo al Señor [12] Dios vuestro.
15 Mas si no escuchareis la voz del Señor, y fuereis rebeldes
a sus mandatos, descargará sobre vosotros la mano del Se-
ñor, como hizo sobre vuestros padres.

Truenos en la siega

16 Pero aguardad ahora un poco, y veréis este prodigio que
el Señor va a hacer delante de vuestros ojos. 17 ¿No estamos
ahora en la siega de los trigos? [13] Pues yo voy a invocar al
Señor, y enviará repentinamente truenos y lluvias; a fin de
que entendáis y veáis cuán grande es delante del Señor el
mal que habéis hecho pidiendo un rey. 18 Clamó, pues, Sa-
muel al Señor, y el Señor envió truenos y lluvias en aquel
mismo día; 19 con lo que todo el pueblo temió en gran ma-
nera al Señor y a Samuel, y dijeron todos juntos a Samuel:
Ruega por tus siervos al Señor Dios tuyo [14], para que no
muramos; porque a todos los demás pecados nuestros he-

mos añadido aún la maldad de pedir un rey para que nos gobernase.

«No dejaré de rogar por vosotros»

20 Dijo entonces Samuel al pueblo: No temáis [15]; vosotros
es verdad habéis cometido todos esos pecados; sin embar-
go no os apartéis del camino del Señor, sino servidle de
todo vuestro corazón, 21 ni queráis descarriaros en pos de
cosas vanas [16], que no os aprovecharán de nada, ni os li-
brarán; puesto que no son más que vanidad y mentira.
22 Porque el Señor, por amor de su nombre grande y
santo [17], no desamparará a su pueblo; habiendo jurado to-
maros por propio pueblo suyo. 23 Por lo demás lejos de mí
cometer tal pecado contra el Señor, que yo cese nunca de
rogar por vosotros [18]; yo os enseñaré siempre el recto y
buen camino. 24 Así, pues, temed al Señor y servidle de ve-
ras y de todo vuestro corazón, ya que habéis visto las ma-
ravillas que ha obrado entre vosotros. 25 Mas si os obstina-
reis en la malicia pereceréis vosotros y vuestro rey [19].

¿Sabías que?

El Talmud lee juntos los vv. 6 y 11 y saca de ellos una lección para todos los tiempos. Samuel pone en una misma serie a Moisés y Aarón, los grandes del Éxodo, y a Jerobaal, Badán y Jefté, jueces de menor fama. Eso enseña, dicen los rabinos, que «Jerobaal en su generación es como Moisés en su generación; Badán en su generación, como Aarón en la suya; Jefté en su generación, como Samuel en la suya»: el más pequeño, una vez puesto al frente de la comunidad, merece el mismo respeto que el más grande (Rosh Hashaná 25a-b). La frase sobre Jefté y Samuel se cita a menudo en la tradición judía.

PAUSA

1. Samuel pudo preguntar sin miedo: «¿A quién he quitado algo?». ¿Podrías tú rendir cuentas así de tu trabajo y de tu servicio?
2. El pueblo reconoció su error, y Samuel le dijo: «No temáis… servidle de todo vuestro corazón». ¿Qué error necesitas dejar atrás para seguir caminando?
3. ¿Por quién te comprometes a no dejar nunca de rezar?

Para orar. *Señor, que nunca deje de rogar por los que me has confiado, y que pueda rendirte cuentas sin temor.*

13

El holocausto de Gálgala

Comienza la guerra de liberación que Dios había prometido (9,16). Jonatás destruye la guarnición filistea de Gabaa, y los filisteos responden con un ejército enorme que acampa en Macmas, mientras los israelitas se esconden o huyen al otro lado del Jordán (vv. 1-7). En Gálgala, Saúl espera siete días a Samuel; cuando el pueblo empieza a dispersarse, ofrece él mismo el holocausto, y Samuel, que llega en ese momento, le anuncia que su reino no durará (vv. 8-15). El capítulo termina con los saqueadores filisteos y un pueblo sin herreros ni armas (vv. 16-23). Es la primera grieta del reinado: Saúl no sabe esperar.

La guerra con los filisteos

1 Era Saúl cuando comenzó a reinar inocente como un
niño de un año [1], y reinó así dos años sobre Israel. 2 Y es-
cogió tres mil hombres de Israel; de los cuales dos mil esta-
ban con Saúl frente a Macmas [2], y en el monte de Betel; y
otros mil con Jonatás [3] enfrente de Gabaa de Benjamín; y
despidió todo el resto del pueblo, cada uno a su casa. 3 Y
Jonatás pasó a cuchillo la guarnición de los filisteos, pues-
ta en Gabaa [4]; lo que supieron luego los filisteos. Y Saúl
mandó a publicarlo a son de trompeta por todo el país, di-
ciendo: Sepan esto los hebreos [5]. 4 Y corrió por todo Israel

la noticia de que Saúl había destrozado la guarnición de los filisteos; con lo que cobró Israel aliento contra ellos [6]; y acudió con algazara a Saúl en Gálgala.

[5] También los filisteos se congregaron para pelear contra Israel, con treinta mil carros de guerra [7], seis mil caballos y gente de a pie, en tanto número como las arenas de las orillas del mar; y avanzando, acamparon en Macmas, al oriente de Betaven o Betel [8]. [6] Viéndose los israelitas estrechados o en apuro (estando ya desalentado todo el pueblo), se ocultaron en cuevas y subterráneos [9], y entre peñascos, y en las grutas y cisternas. [7] Parte de los hebreos pasaron el Jordán [10], retirándose a la tierra de Gad y de Galaad. En suma, estando todavía Saúl en Gálgala, cayó todo el pueblo que le seguía en un terror grande.

Saúl no sabe esperar

[8] Estuvo Saúl esperando siete días según el plazo señalado por Samuel [11]; mas Samuel no compareció en Gálgala; y poco a poco se le iba marchando toda la gente. [9] Dijo, pues, Saúl: Traedme el holocausto y las hostias pacíficas. Y él mismo ofreció el holocausto [12]. [10] Acabado que hubo de ofrecer el holocausto, he aquí que llegaba Samuel; y Saúl le salió al encuentro para saludarle.

[11] Y le dijo Samuel: ¿Qué has hecho? [13] Respondió Saúl: Como vi que me iba abandonando la gente, y que tú no ve-

nías en el plazo señalado, y los filisteos por una parte se habían juntado en Macmas, 12 dije para mí: Ahora los filisteos bajarán contra mí en Gálgala, y yo aún no he aplacado al Señor 14. Forzado, pues, de la necesidad, he ofrecido el holocausto. 13 Dijo Samuel a Saúl: Has obrado neciamente 15, no cumpliendo los mandatos que te dio el Señor Dios tuyo. Que si no hubieras hecho eso, desde ahora el Señor hubiera asegurado para siempre tu reino sobre Israel. 14 Mas ya tu reino no durará por mucho tiempo. El Señor se ha buscado un varón, según su corazón 16, al cual ha llamado a ser caudillo de su pueblo, por cuanto tú no guardaste lo mandado por el Señor. 15 Con esto se retiró Samuel, y subió de Gálgala a Gabaa de Benjamín. Lo restante de la gente avanzó siguiendo a Saúl 17 contra unos enemigos que asaltaban en el cerro de Benjamín a los que iban de Gálgala a Gabaa. Saúl, hecha la revista de la gente que tenía, se halló con unos seiscientos hombres.

Un pueblo sin herreros

16 Estaban, pues, Saúl y Jonatás, su hijo, y su tropa en Gabaa de Benjamín; los filisteos habían puesto su campo en Macmas. 17 Y saliendo tres bandas de filisteos al pillaje, una tomó el camino de Efra hacia la tierra de Sual 18; 18 otra marchó por el camino que va a Bet Horón, y la tercera se dirigió hacia el camino del collado que domina el valle del Seboim, enfrente del desierto.

19 En toda la tierra de Israel no se hallaba un herrero [19];
porque los filisteos habían tomado esta precaución, para
que los hebreos no forjasen espadas ni lanzas. 20 De mane-
ra que todo Israel tenía que acudir a los filisteos para agu-
zar la reja, el azadón, el hacha y el pico. 21 Por esto estaban
embotados los filos de las rejas [20], y azadones, y horquilla,
y hachas; y hasta para componer una aguijada había que
recurrir a ellos. 22 Y así fue que venido el día de la batalla,
no se halló entre toda la gente que tenían consigo Saúl y
Jonatás quien tuviese en su mano espada o lanza, a excep-
ción de Saúl y de su hijo Jonatás [21]. 23 Y salió un cuerpo de
los filisteos, y avanzó hasta más allá de Macmas.

¿Sabías que?

La palabra pim de 13,21 desconcertó a los traductores durante siglos, y la Vulgata la interpretó como «filos embotados». A principios del siglo XX, las excavaciones en Palestina empezaron a sacar a la luz pequeñas pesas de piedra con las letras pym grabadas. Pesan unos siete gramos y medio, cerca de dos tercios de un siclo. El enigma quedó resuelto: pim era una medida de plata, y el versículo da la tarifa que cobraban los herreros filisteos. Las pesas halladas son, en su mayoría, de los últimos siglos de la monarquía, lo que da también una pista sobre la época en que se puso por escrito el relato.

PAUSA

1. Saúl no supo esperar a Samuel cuando la gente se le iba. ¿En qué situación te cuesta esperar el tiempo de Dios?
2. Ante el «¿Qué has hecho?», Saúl buscó excusas. ¿Qué excusas repites tú para no reconocer tus faltas?
3. ¿Usas a veces la oración o los ritos para «asegurarte» a Dios, en lugar de obedecerle?

Para orar. *Señor, enséñame a esperar tu hora y a obedecer tu palabra, aunque todo me empuje a correr.*

14

Jonatás en Macmas

El capítulo es un díptico. Primero, Jonatás y su escudero trepan por el desfiladero de Macmas, siembran el pánico entre los filisteos, y el Señor salva a Israel (vv. 1-23). Después, un juramento de Saúl prohíbe comer hasta la noche; Jonatás, que no lo ha oído, prueba un poco de miel; el pueblo, hambriento, come carne con sangre; Dios calla, y la suerte señala a Jonatás, al que el pueblo salva de la muerte (vv. 24-46). Un resumen de las guerras y de la familia de Saúl cierra el capítulo (vv. 47-52). El hijo se arriesga por fe; el padre multiplica los ritos y no escucha.

Jonatás y su escudero

1 Sucedió un día que Jonatás, hijo de Saúl, dijo al joven
escudero [1]: Ven, y lleguemos hasta donde están apostados
los filisteos, que es más allá de aquel lugar. Pero no dio
parte de esto a su padre. 2 Y estaba Saúl acampado en la ex-
tremidad del territorio de Gabaa, debajo de un granado
que había en Magrón [2]. Y tenía consigo un tercio de gente
como de unos seiscientos hombres. 3 Aquías, hijo de Aqui-
tob, hermano de Icabod [3], hijo de Finees, y nieto de Helí,
sumo sacerdote del Señor en Silo, estaba revestido del
efod [4]. Asimismo el pueblo no sabía a dónde había ido Jo-
natás. 4 Entre los repechos por donde intentaba Jonatás

atravesar hasta el apostadero de los filisteos, descollaban por ambos lados altos peñascos y dos picos cortados por uno y otro lado a manera de dientes, de los cuales uno se llamaba Bosés y el otro Sene [5]. [5] El uno se levantaba enfrente a Macmas por la parte del norte, y el otro al mediodía hacia Gabaa.

[6] Dijo, pues, Jonatás al joven escudero: Ven, y pasemos al apostadero de estos incircuncisos [6]; quizá el Señor combatirá por nosotros, y venceremos; porque le es igualmente fácil a Dios el dar la victoria con mucha que con poca gente [7]. [7] Le respondió su escudero: Haz cuanto te pareciere; ve adonde gustares, que yo te seguiré a todas partes. [8] Añadió Jonatás: Mira, nosotros nos vamos acercando a esos hombres; si luego que nos hayan descubierto [9] nos dijeren: Esperad allí hasta que vayamos a vosotros, quedémonos quietos, y no avancemos hacia ellos. [10] Pero si dijeren: Llegaos acá, avancemos, porque los ha puesto el Señor en nuestras manos. Esto nos servirá de señal [8].

[11] Luego, pues, que los dos fueron descubiertos por la guardia de los filisteos, dijeron éstos: He allí los hebreos que van saliendo de las cavernas, donde se habían escondido. [12] Y algunos soldados de la guardia avanzada, dirigiéndose a Jonatás y a su escudero, les dijeron: Acercaos a nosotros, que tenemos que deciros una cosa. Con esto dijo Jonatás a su escudero: Subamos, sígueme, porque el Señor los ha

entregado en manos de Israel. [13] Subió, pues, Jonatás, trepando con manos y pies, y en pos de él su escudero; y arremetiendo a los enemigos, unos caían a los pies de Jonatás, y a otros mataba su escudero que le iba siguiendo. [14] Y éste fue el primer destrozo en que Jonatás y su escudero mataron como unos veinte hombres, en el espacio de tierra que suele arar una yunta de bueyes en medio día [9]. [15] Se esparció luego un terror por todos los campamentos de los filisteos y demás tropa que estaba en la campaña; pues aún toda la tropa de aquellas bandas, que habían salido al pillaje, se llenó de pavor, y se conmovió el país; y el suceso fue como un milagro de Dios [10].

La derrota de los filisteos

[16] Entretanto las avanzadas de Saúl, apostadas en Gabaa de Benjamín, repararon y vieron una multitud de gente tendida en el suelo, y otros que huían y escapaban por todos lados. [17] Dijo entonces Saúl a los que con él estaban: Inquirid y averiguad quién se ha salido de nuestro campamento. Habiéndolo averiguado, hallaron que faltaban Jonatás y su escudero. [18] Dijo Saúl a Aquías: Acércate al arca de Dios [11]. (Porque aquel día el arca de Dios se hallaba allí con los hijos de Israel). [19] Mientras Saúl estaba hablando con el sacerdote, se oyó un ruido confuso como de un gran alboroto, que viniendo de los campamentos de los filisteos, iba creciendo poco a poco y se percibía cada vez más. Enton-

ces dijo Saúl al sacerdote: Baja tus manos, deja de consultar [12].

20 Al punto Saúl y toda su gente alzaron el grito, y fueron
hasta el lugar del alboroto, y hallaron que los filisteos habían tirado de las espadas unos contra otros; siendo grandísima la mortandad. 21 Además, los hebreos que en los
días anteriores se habían pasado a los filisteos, y estaban con éstos en el campamento, se volvieron a incorporar con los israelitas que estaban con Saúl y Jonatás. 22 Asimismo todos los israelitas escondidos en la montaña de Efraín, habiendo sabido que los filisteos huían, se juntaron con los suyos para pelear; por lo que se hallaba ya Saúl con cerca de unos diez mil hombres [13]. 23 Aquel día salvó el Señor a Israel; y el combate prosiguió hasta Betaven.

El juramento de Saúl

24 Se reunieron entonces los israelitas; y Saúl juramentó al pueblo, diciendo: Maldito sea el hombre que probare bocado antes de la noche [14], hasta que yo me haya vengado de mis enemigos. Y toda la gente se abstuvo de comer. 25 Llegó, pues, toda aquella turba de gentes a un bosque, donde se hallaba miel en la superficie del campo [15]. 26 Entrado que hubo el pueblo en el bosque, vio destilar la miel; mas nadie osó tomarla y acercársela a la boca; porque temían todos violar el juramento del rey. 27 Pero Jonatás, que no había oído la protesta que su padre había he-

cho al pueblo con juramento, alargó la punta del bastón que tenía en la mano, y la mojó en un panal de miel, y la aplicó a su boca; con lo que recobró el vigor de sus ojos [16].
[28] Entonces le advirtió uno del pueblo, diciéndole: Tu padre ha obligado al pueblo con juramento, diciendo: Maldito sea el hombre que probare hoy bocado. (Estaban ya todos desfallecidos). [29] A lo que respondió Jonatás: Mi padre lo ha echado a perder todo [17] con ese juramento. Vosotros mismos habéis visto cómo mis ojos han recobrado un nuevo vigor por haber gustado un poquito de esa miel.
[30] ¿Pues cuánto más se habría repuesto la gente, si hubiese comido de lo que encontró en el despojo de sus enemigos? ¿Por ventura no se hubiera hecho mayor estrago en los filisteos?

[31] Sin embargo, fueron acuchillando a los filisteos en este día desde Macmas hasta Ayalón. Mas el pueblo quedó sumamente fatigado; [32] y entregándose al saqueo, cogió carneros, y bueyes, y becerros, y los degollaron en tierra, y comió el pueblo la carne con sangre [18]. [33] De lo que avisaron a Saúl, diciéndole que el pueblo había pecado contra el Señor, comiendo carne con sangre. Y Saúl dijo: Habéis prevaricado, traed presto rodando aquí una gran piedra.
[34] Y añadió Saúl: Esparcíos entre la gente, y decidles que traiga acá cada uno su buey, su carnero y demás animales; degolladlos sobre esa piedra, y después comed; así no pe-

caréis contra el Señor, comiendo la carne con sangre. Trajo luego todo el pueblo cada uno por su mano hasta que fue de noche, la res que había de matar. 35 Saúl edificó en aquel sitio un altar al Señor, siendo éste el primero que erigió [19].

36 Dijo después Saúl: Echémonos esta noche sobre los filisteos, y acabemos con ellos antes que amanezca, sin dejar hombre con vida. Respondió el pueblo: Haz todo lo que bien te parezca. Mas el sacerdote dijo: Acerquémonos antes aquí a consultar a Dios [20]. 37 Y consultó Saúl al Señor, diciendo: ¿Perseguiré a los filisteos? ¿Los entregarás en las manos de Israel? Y no le dio el Señor respuesta aquel día. 38 Por lo que dijo Saúl: Haced venir aquí todos los principales del pueblo, y averiguad y ved por culpa de quién sucede hoy esto. 39 Vive el Señor, que es el Salvador de Israel, que si la causa de esto es mi hijo Jonatás, morirá sin remisión. A lo cual ninguno del pueblo lo contradijo. 40 Y dijo a todo Israel: Separaos vosotros a un lado, y yo con mi hijo Jonatás estaremos al otro. Y contestó el pueblo a Saúl: Haz lo que bien te pareciere. 41 Dijo entonces Saúl al Señor Dios de Israel: Oh Señor Dios de Israel, danos a entender, ¿por qué causa no has hoy respondido a tu siervo? Si la culpa está en mí o en Jonatás, mi hijo, decláralo; pero si tu pueblo es el culpado, manifiesta tu santidad [21]. Y cayó la suerte sobre Jonatás y Saúl, quedando libre el pueblo.

42 Dijo entonces Saúl: Echad suertes entre mí y Jonatás, mi
hijo. Y salió Jonatás.

43 Dijo, pues, Saúl a Jonatás: Declárame qué es lo que has
hecho. Jonatás lo confesó todo, diciendo: Gusté
ansiosamente [22] con la punta del bastón que traía en la
mano, un poquito de miel, y he aquí que voy a morir por
eso. Aquí me tienes, yo moriré. 44 Le dijo Saúl: Tráteme
Dios con todo el rigor de su justicia, si tú, oh Jonatás, no
mueres sin remedio. 45 El pueblo dijo a Saúl: ¿Conque mo-
rirá Jonatás, que acaba de salvar de un modo maravilloso
a Israel? Ni hablarse debe de tal cosa. Vive el Señor que no
caerá en tierra ni un solo cabello de su cabeza; porque él
ha obrado este día con beneplácito y asistencia de Dios. En
efecto, el pueblo libertó a Jonatás de la muerte [23]. 46 Y se
retiró Saúl, dejando de perseguir a los filisteos, los cuales
se volvieron a sus tierras.

Guerras y familia de Saúl

47 Saúl luego que vio afirmado su trono en Israel, peleaba
contra todos los enemigos de la comarca, contra Moab, y
contra los hijos de Amón, y de Edom, y los reyes de Soba, y
los filisteos; y adondequiera que llevaba sus armas, volvía
vencedor [24]. 48 En fin, reunido su ejército, deshizo a los
amalecitas; y libertó a Israel de las manos de los que le aso-
laban.

49 Los hijos de Saúl fueron Jonatás, y Jesuí, y
Melquisua [25]; y de dos hijas que tuvo, la primogénita se
llamaba Merob y la menor Micol. 50 La mujer de Saúl se
llamaba Aquínoam, hija de Aquímaas. El capitán general
de sus ejércitos se llamaba Abner, hijo de Ner, primo her-
mano de Saúl [26], 51 porque Cis, padre de Saúl, y Ner, padre
de Abner, eran hijos de Abiel. 52 Por lo demás, en todo el
tiempo de Saúl hubo guerra muy viva contra los filisteos.
Por esta razón, luego que Saúl tenía noticia de algún varón
esforzado y hábil para la guerra, lo tomaba consigo [27].

¿Sabías que?

En febrero de 1918, durante la campaña británica en Palestina, una brigada tenía que tomar la aldea de Mujmás, la antigua Macmas, con un ataque frontal antes del amanecer. Según contó el mayor Vivian Gilbert en *The Romance of the Last Crusade* (1923), un oficial de la brigada, leyendo la Biblia a la luz de una vela, recordó dónde había oído aquel nombre, encontró este capítulo y despertó a su general. Enviaron exploradores, que hallaron el paso entre dos peñascos, poco vigilado. En lugar de la brigada entera, avanzó de noche una sola compañía, trepó por la ladera y sorprendió a los turcos, que huyeron creyéndose rodeados.

Saúl, el primer rey

Momento	Qué pasa	Cita
Las burras	Buscándolas, encuentra a Samuel, que lo esperaba	9,1-24
Ungido	Samuel le derrama la redoma de óleo, a solas	10,1
Entre los profetas	El espíritu lo arrebata: «¿También Saúl…?»	10,9-12
Elegido	La suerte cae sobre él en Masfa; se esconde	10,17-24
Jabes	Salva la ciudad, perdona a sus adversarios; el reino se renueva en Gálgala	11
Primer rechazo	Ofrece el holocausto sin esperar a Samuel	13,8-14
El juramento	Casi hace morir a Jonatás; el pueblo lo rescata	14,24-45
Segundo rechazo	Perdona a Agag y lo mejor del botín de Amalec	15
El espíritu malo	David lo calma con el arpa	16,14-23
Celos	«David a diez mil»; arroja la lanza contra David y contra Jonatás	18 – 20
Nobe	Manda matar a los sacerdotes	22,6-19
Perdonado	David le perdona la vida dos veces	24; 26
Endor	Consulta a la nigromante	28
Gelboé	Muere con tres de sus hijos	31

San Pablo atribuye a Saúl cuarenta años de reinado (Hch 13,21), una cifra redonda (ver nota a 13,1). Desde el capítulo 16, su historia corre en paralelo con la de David, que crece mientras él se hunde. David lo llorará junto con Jonatás (ver 2 Sam 1).

PARA PROFUNDIZAR

Jonatás y Saúl: la fe que se arriesga y el juramento que mata

Los capítulos 13 y 14 están construidos como un díptico: un padre y un hijo frente al mismo enemigo. Jonatás actúa; Saúl reacciona. Jonatás sube por el desfiladero con un solo compañero y una sola certeza: «le es igualmente fácil a Dios el dar la victoria con mucha que con poca gente» (14,6). Saúl, en cambio, acumula gestos religiosos: ofrece un holocausto, manda acercar el efod, impone un ayuno, levanta un altar, consulta a Dios, jura dos veces y echa suertes. Al final del día, Dios no le responde (14,37). El narrador no opone al creyente y al incrédulo: los dos creen en Dios. La diferencia está en el modo de creer.

La fe de Jonatás es audaz y humilde a la vez. Dice «quizá»: no exige un milagro, se pone en manos de Dios y pide una señal sin imponerla (14,6-10). Torres Amat lo explica en nota: la empresa, mirada con la sola prudencia humana, parece temeraria, pero no lo es si se considera la fe y la esperanza de Jonatás en las promesas de Dios, y en particular en la que acababa de hacer de librar a Israel de los filisteos (9,16). Es la fe de Gedeón y sus trescientos (Jue 7,2-7), y la de Judas Macabeo cuando diga que la victoria no depende del número de los soldados, sino de la fuerza que viene del cielo (1 Mac 3,18-19).

¿Qué hizo mal Saúl en Gálgala? Torres Amat piensa, como muchos antiguos, que usurpó el oficio sacerdotal, «no siendo ni sacerdote ni levita» (ver notas a 13,9 y 13,14). Pero David y Salomón ofrecerán sacrificios sin reproche (2 Sam 6,17-18; 1 Re 8,62-64),

quizá por medio de los sacerdotes, y el texto pone el acento en otra parte: Saúl no guardó la orden de esperar a Samuel (10,8; 13,13). El fallo es de obediencia y de confianza. Cuando el pueblo se dispersa y el enemigo se acerca, Saúl siente que tiene que «aplacar al Señor» (13,12) para asegurarse la victoria, y el rito se convierte en un seguro. Samuel se lo dirá sin rodeos en el capítulo 15: «La obediencia vale más que los sacrificios» (15,22). Y el Catecismo recuerda que el sacrificio exterior, para ser auténtico, debe expresar el sacrificio espiritual (n. 2100).

El juramento del capítulo 14 muestra lo mismo con más crudeza. Saúl prohíbe comer «hasta que yo me haya vengado de mis enemigos» (14,24): sus enemigos, no los del Señor. Torres Amat lo excusa como un ayuno indiscreto pero bienintencionado; el relato enseña sus frutos: el ejército se agota, el pueblo hambriento come la carne con sangre y el hijo que había traído la victoria queda condenado (14,28-44). Saúl interrumpe la consulta cuando le conviene (14,19) e insiste cuando Dios calla (14,37), y entonces busca al culpable fuera de sí, con las suertes (ver nota a 14,41). Jonatás lo resume con la palabra más dura: «Mi padre ha turbado la tierra» (14,29), el verbo de Acán (Jos 7,25).

El juramento no llega a matar porque alguien lo detiene. A diferencia de la hija de Jefté, Jonatás tiene un pueblo que lo rescata (14,45; ver nota a 14,45 y el cuadro «Votos en la Biblia», en Jue 11). La tradición cristiana ha sacado la lección. San Ambrosio, comentando el voto de Jefté y el juramento de Herodes, enseña que si alguien ha prometido algo deshonroso, es mucho mejor no cumplirlo que cumplir lo vergonzoso, y que no toda promesa ha

de cumplirse (*Sobre los deberes* III,12,76-79). Jesús fue más lejos: «Sea vuestro hablar: sí, sí; no, no» (Mt 5,37).

Estos capítulos dibujan dos maneras de vivir la religión: una que confía y se arriesga, y otra que controla y ata. Jesús defendió a sus discípulos hambrientos con el ejemplo de David, que comió los panes de la proposición (Mc 2,25-26; ver el capítulo 21), y concluyó: «El sábado se hizo para el hombre» (Mc 2,27). La ley de Dios está al servicio de la vida; un precepto religioso vuelto contra la vida traiciona su propio sentido. Jonatás, que aquí prueba la miel y ve con claridad, sabrá reconocer más tarde que Dios ha elegido a David, y se hará a un lado (23,17). Saúl, que empezó escondiéndose entre el bagaje, comienza aquí a encerrarse en sí mismo. La pregunta de estas páginas no es cuántos actos religiosos hacemos, sino si dejamos que Dios hable.

PAUSA

1. Jonatás dijo: «quizá el Señor combatirá por nosotros». ¿Qué paso de fe te está pidiendo Dios, sin más garantía que él mismo?
2. El juramento de Saúl hizo daño a los mismos que quería proteger. ¿Hay exigencias tuyas que pesan injustamente sobre otros?
3. Jonatás reconoció su falta sin excusas. ¿Qué te impide hacer lo mismo?

Para orar. *Señor, dame la fe confiada de Jonatás, y líbrame de una religión que manda sin escuchar.*

15

Amalec: el Señor rechaza a Saúl

Es una de las páginas más duras de la Biblia y una de las más decisivas del libro. Samuel transmite a Saúl la orden de consagrar al anatema a Amalec (vv. 1-3); Saúl vence, pero perdona al rey Agag y lo mejor del ganado (vv. 4-9). Viene después el juicio: el Señor «se arrepiente» de haber hecho rey a Saúl, y Samuel desmonta una por una sus excusas con una frase que los profetas repetirán muchas veces: la obediencia vale más que los sacrificios (vv. 10-23). El capítulo termina con el manto rasgado, la muerte de Agag y el llanto de Samuel por el rey que ha rechazado (vv. 24-35).

La orden contra Amalec

1 Después de esto dijo Samuel a Saúl: El Señor me envió a
ungirte rey sobre su pueblo de Israel. Escucha, pues, aho-
ra, lo que te manda el Señor. 2 Esto dice el Señor de los
ejércitos: Tengo bien presente todo cuanto Amalec hizo
contra Israel [1]; y cómo se le opuso en el camino cuando
salía de Egipto [2]. 3 Ve, pues, ahora y destroza a Amalec, y
arrasa cuanto tiene [3]; no le perdones, ni codicies nada de
sus bienes, sino mátalo todo, hombres y mujeres, mucha-
chos y niños de pecho [4], bueyes y ovejas, camellos y as-
nos.

4 Conforme a esto Saúl convocó al pueblo, y pasándole re-
vista, como cuenta el pastor sus corderos [5], se halló con
doscientos mil hombres de a pie de todas las tribus de Is-
rael, y diez mil de la de Judá. 5 Llegado Saúl con ellos cerca
de la ciudad de Amalec, puso emboscadas en el torrente.
6 Y dijo a los cineos [6]: Marchad, retiraos, y separaos de los
amalecitas, no sea que os destruya con ellos; por cuanto
vosotros ejercisteis la misericordia con los hijos de Israel,
cuando venían de Egipto. Se retiraron, pues, los cineos de
entre los amalecitas.

7 Y Saúl fue destrozando a los amalecitas desde Hevila has-
ta el sur en la frontera de Egipto [7]. 8 Tomó vivo a Agag, rey
de Amalec [8]; y pasó a cuchillo a todo el pueblo. 9 Pero Saúl
y el ejército perdonaron a Agag, y reservaron los mejores
rebaños de ovejas y de vacas, y los carneros, y las mejores
ropas, y en general todo lo bueno, y no lo quisieron des-
truir. Todo lo vil y despreciable, eso fue lo que
destruyeron [9].

«La obediencia vale más que los sacrificios»

10 Entonces habló el Señor a Samuel, y le dijo: 11 Pésame de
haber hecho rey a Saúl [10], porque me ha abandonado y no
ha ejecutado mis órdenes. De lo que contristado Samuel,
estuvo toda la noche clamando al Señor. 12 Y habiéndose
levantado antes del día para marchar por la mañana en
busca de Saúl, tuvo aviso de que éste había ido al Carmelo,

y erigido allí un arco triunfal [11], y que de vuelta había bajado a Gálgala. Llegó en fin Samuel a Saúl, cuando estaba éste ofreciendo al Señor un holocausto de las primicias del botín que había traído de los amalecitas.

[13] Así que llegó, le dijo Saúl: Bendito seas tú del Señor; yo he cumplido con su orden. [14] Le replicó Samuel: Pues ¿qué balido es éste de rebaños, que resuena en mis oídos [12], y el mugido de bueyes que oigo? [15] Respondió Saúl: Los han traído del país de Amalec; pues el pueblo ha conservado las mejores ovejas y vacas para inmolarlas al Señor Dios tuyo [13]; mas el resto lo matamos.

[16] Samuel entonces dijo a Saúl: Permíteme hablar, y te declararé lo que me ha dicho el Señor en la noche. Habla, respondió Saúl. [17] Dijo, pues, Samuel: ¿No es verdad que siendo tú tan pequeño a tus ojos [14], fuiste hecho cabeza de las tribus de Israel, y que te ungió el Señor para rey sobre Israel? [18] El Señor te envió a esta empresa, diciendo: Anda, y pasa a cuchillo a los perversos amalecitas, y pelea con ellos hasta su total exterminio. [19] Pues ¿por qué no has obedecido la voz del Señor, y te has enamorado del botín, pecando a los ojos del Señor? [20] Respondió Saúl a Samuel: Antes bien he obedecido la voz del Señor, siguiendo el camino que me ordenó; y he traído a Agag, rey de Amalec, y pasado a cuchillo a los amalecitas. [21] Verdad es que el pueblo ha separado del despojo ovejas y vacas, como primicia

de lo que se debía destruir para inmolarlas al Señor su Dios en Gálgala.

22 Dijo entonces Samuel: ¿Por ventura el Señor no estima
más que los holocaustos y las víctimas, el que se le obedezca a su voz? La obediencia vale más que los sacrificios [15], y
el ser dócil importa más que el ofrecer la grasa de los carneros. 23 Porque el desobedecer al Señor, es como un pecado de magia, y como crimen de idolatría [16] el no querer
sujetársele. Por tanto, ya que tú has desechado la palabra del Señor, el Señor te ha desechado a ti, y no quiere ya que seas rey.

El reino arrancado

24 Dijo Saúl a Samuel: He pecado por haber quebrantado el
mandato del Señor, y despreciado tus dictámenes, temiendo al pueblo, y condescendiendo con él [17]. 25 Mas ahora te
ruego que sobrelleves mi pecado [18], y me obtengas el perdón, y vuélvete conmigo a fin de que contigo adore yo al Señor. 26 Le respondió Samuel: No volveré contigo; porque
has desechado la palabra del Señor, y el Señor te ha desechado a ti, para que no seas rey de Israel.

27 Y volviendo Samuel la espalda para marcharse, le asió
Saúl de la extremidad de la capa, la cual se rasgó [19]. 28 Le
dijo entonces Samuel: Así el Señor ha rasgado hoy y arrancado de ti el reino de Israel, y se lo ha dado a otro mejor

que tú [20]. [29]Y aquel Señor a quien se debe el triunfo de Israel [21], no te perdonará; ni se arrepentirá de esto; porque no es él un hombre para que tenga que arrepentirse. [30]A lo que dijo Saúl: Yo he pecado; mas te ruego que me honres ahora delante de los ancianos de mi pueblo, y en presencia de Israel, y te vuelvas conmigo, a fin de que a tu lado adore al Señor Dios tuyo. [31]Se volvió, pues, Samuel, y siguió a Saúl, y adoró Saúl al Señor.

[32]Dijo entonces Samuel: Traedme aquí a Agag, rey de Amalec. Y le fue presentado Agag, que estaba gordísimo y temblando [22]. Y dijo Agag: ¿Conque así me separará de todo la amarga muerte? [33]Y Samuel respondió: Así como tu espada ha dejado sin hijos a tantas madres, así tu madre será otra de las mujeres que quedarán sin hijos. Y le hizo pedazos delante del Señor, en Gálgala [23].

[34]Y se retiró Samuel a Rámata, y Saúl a su casa en Gabaa; [35]y no volvió jamás Samuel a visitar a Saúl en toda su vida [24]. Sin embargo, lloraba por Saúl, porque el Señor se había arrepentido de haberle constituido rey de Israel.

¿Sabías que?

Los cineos, a los que Saúl avisa antes de atacar (15,6), descendían de la familia de Jetró, el suegro de Moisés (Jue 1,16). Las Crónicas relacionan con ellos a la casa de Recab (1 Cr 2,55), y a los recabitas los puso Jeremías como ejemplo de fidelidad: seguían sin beber vino ni construir casas, como les había mandado su antepasado (Jer 35). Desde el siglo XIX, algunos estudiosos han propuesto incluso que Israel aprendió el nombre del Señor de estos pastores del sur, emparentados con Jetró y cuyo nombre recuerda la palabra aramea para «herrero»: es la llamada hipótesis quenita, muy discutida.

Amalec en la Biblia

Cita	Qué pasa	Sentido
Gn 36,12	Amalec, nieto de Esaú	Un pueblo pariente de Israel
Éx 17,8-16	Ataque en Rafidim	Guerra «de generación en generación»
Nm 14,43-45	Israel, derrotado sin el Señor	Sin Dios no hay victoria
Nm 24,20	«Primicias de las naciones»	Balaam anuncia su ruina
Dt 25,17-19	Atacó a los rezagados	«Acuérdate... no lo olvides»
Jue 3,13; 6,3	Aliado de Moab y de Madián	El saqueador de los jueces
1 Sam 15	Saúl perdona a Agag	El rey rechazado
1 Sam 30,1-20	Incendia Siceleg	Vivo tras el «exterminio»
2 Sam 1,8-10	Un amalecita remata a Saúl	Reaparece en su muerte
1 Cr 4,41-43	Fin del «resto de Amalec»	En tiempos de Ezequías
Est 3,1	Amán, «agagita»	Figura del odio sin motivo

La sinagoga lee Dt 25,17-19 el sábado anterior a Purim, con este capítulo como lectura de los profetas (Shulján Aruj, *Oraj Jayim* 685,2). La Pontificia Comisión Bíblica pide leer estas páginas como «una especie de símbolo» (2014, n. 127).

PARA PROFUNDIZAR

Amalec y el rechazo de Saúl: «la obediencia vale más que los sacrificios»

Este capítulo pone al lector ante una orden que hiere: «mátalo todo, hombres y mujeres, muchachos y niños de pecho» (15,3). No hay que suavizarla, ni tampoco convertirla en modelo. Torres Amat la defendía en 1824 con los argumentos de su tiempo (ver nota a 15,3); la Iglesia la lee hoy de otra manera. El ensayo del capítulo 7 del Deuteronomio explica qué era el anatema, y el del capítulo 11 de Josué, cómo leer los relatos de exterminio. Aquí basta con añadir lo propio de esta página.

El mismo libro de Samuel muestra que no es una crónica. Saúl «pasó a cuchillo a todo el pueblo» (15,8), pero poco después David hace correrías contra los amalecitas (27,8), una banda de amalecitas incendia Siceleg y cuatrocientos de ellos escapan en sus camellos (30,1.17); las Crónicas hablan todavía de un «resto de Amalec» en tiempos de Ezequías (1 Cr 4,41-43). Amalec es, sobre todo, una figura: el enemigo que atacó por la espalda a los débiles y cansados del desierto (Dt 25,17-18), contra el que el Señor está en guerra «de generación en generación» (Éx 17,16). Y al narrador no le interesa la matanza, sino la obediencia de Saúl, que perdona al rey y al mejor ganado no por compasión, sino por codicia y por vanidad: ese mismo día se levanta un monumento a sí mismo (15,12).

La Pontificia Comisión Bíblica cita expresamente este capítulo: la ley del exterminio fue ordenada en el Deuteronomio, ejecutada por Josué y «puesta en práctica en la primera época de la mo-

narquía (cf. 1 Sam 15)». Reconoce que se trata de un conjunto «bastante problemático», recuerda que esa norma tomó forma escrita cuando aquellos pueblos «no eran ya identificables» y pide leer la conquista como «una especie de parábola». En la lógica de estos textos, dice, Dios no ordena «un atropello que se justificaría por motivos religiosos»: el anatema se presenta como el castigo de un crimen, y perdonar al culpable se considera desobediencia, y por eso cita 1 Sam 15,18-19. Pero esa corriente está corregida por otras que sugieren «un pacifismo explícito», y usarla para justificar la violencia contra otros pueblos «debe rechazarse en cualquier caso sin medias tintas» (*Inspiración y verdad de la Sagrada Escritura*, 2014, n. 127).

En la memoria judía, Amalec quedó como el nombre del odio sin motivo. Este capítulo es la lectura de los profetas del sábado *Zajor*, «Acuérdate», el anterior a Purim (Shulján Aruj, *Oraj Jayim* 685,2), porque Amán, el enemigo de los judíos en el libro de Ester, es llamado «agagita» (Est 3,1). Pero la tradición también interiorizó esta guerra: una interpretación judía muy difundida observa que las letras de Amalec suman en hebreo lo mismo que safeq, «duda» (240), y ve en él la duda que enfría la fe. Los Padres hicieron algo parecido con los enemigos de Josué, en los que leyeron los vicios.

El verdadero tema del capítulo es la obediencia y su falsificación. Saúl dice que ha obedecido (15,13.20), culpa al pueblo (15,15.21.24), convierte el botín en ofrenda piadosa y, cuando por fin confiesa, pide sobre todo que Samuel lo honre ante los ancianos (15,30). Es la religión de las apariencias que los profetas denunciarán una y otra vez (Is 1,11-17; Os 6,6; Sal 40,7-9; 51,18-19). El

Catecismo lo resume: el sacrificio exterior, para ser auténtico, «debe ser expresión del sacrificio espiritual» (n. 2100). La Carta a los Hebreos pone en labios de Cristo el salmo 40: «no quisiste sacrificios... he aquí que vengo para hacer tu voluntad» (Heb 10,5-9). Y Jesús, citando a Oseas, da a esa obediencia su contenido: «misericordia quiero, y no sacrificio» (Mt 9,13; 12,7). La frase de Samuel, pronunciada en una guerra sin cuartel, termina en labios de Cristo como una llamada a la misericordia.

El capítulo se cierra con el reino arrancado como el manto (15,27-28) y con un Dios que «se arrepiente» de haber hecho rey a Saúl y que, sin embargo, «no es un hombre para arrepentirse» (15,11.29.35; ver nota a 15,11). San Agustín vio en el reino rasgado una profecía del paso al reino de Cristo (*La ciudad de Dios* XVII,7). Y Samuel llora por Saúl (15,35): el profeta que pronuncia el juicio no deja de amar al condenado.

PAUSA

1. Saúl se guardó lo mejor y entregó a Dios lo que no valía. ¿Qué le das tú a Dios: lo mejor de tu tiempo y de tus fuerzas, o lo que te sobra?
2. Saúl desobedeció «temiendo al pueblo». ¿En qué decisiones pesa más en ti el qué dirán que la voz de Dios?
3. Samuel pasó la noche clamando por Saúl. ¿Por quién te pide Dios que intercedas, aunque se haya apartado de él?

Para orar. *Señor, dame un corazón que escuche, para que mi obediencia valga más que todas mis ofrendas.*

16

La unción de David

Dios no se queda llorando lo que se perdió: envía a Samuel a Belén, a casa de Isaí, donde se ha provisto de un rey. El capítulo tiene dos escenas que se responden. En la primera (vv. 1-13), Samuel unge en secreto al menor de los hermanos, el pastor al que nadie había llamado, porque «el Señor ve en el fondo del corazón». En la segunda (vv. 14-23), el espíritu del Señor se aparta de Saúl, un espíritu maligno lo atormenta, y el ungido entra en la corte como músico. El que será rey empieza sirviendo al rey al que ha de suceder.

Samuel en Belén

1 Entonces dijo el Señor a Samuel: ¿Hasta cuándo has tú de
llorar a Saúl, habiéndole yo desechado para que no reine
sobre Israel? Llena tu cuerno o botijo de óleo [1], y ven; que
quiero enviarte a Isaí, natural de Betlehem; porque de en-
tre sus hijos me he provisto de un rey [2]. 2 A lo que respon-
dió Samuel: ¿Cómo tengo que ir? Lo sabrá luego Saúl, y
me quitará la vida. Dijo el Señor: Tomarás contigo un be-
cerro de la vacada, y dirás que has ido allí a ofrecer sacrifi-
cios al Señor [3]. 3 Y convidarás a Isaí a comer de la víctima,
y yo te revelaré lo que debes hacer [4], y ungirás al que yo te
señale. 4 Lo hizo, pues, Samuel como el Señor le había

mandado. Fue a Betlehem, y lo extrañaron los ancianos de
la ciudad; y saliéndole a recibir, le dijeron: ¿Es de paz tu
venida? [5] [5] De paz, respondió Samuel. Vengo a ofrecer sa-
crificio al Señor; purificaos, y venid conmigo al
sacrificio [6]. Purificó, pues, a Isaí y a sus hijos, y los convi-
dó al sacrificio.

«El Señor ve en el fondo del corazón»

[6] Así que hubieron entrado después en la sala del convite,
viendo Samuel a Eliab, dijo en su interior: ¿Si será éste el
que el Señor ha escogido para ungido suyo? [7] [7] Respondió
el Señor a Samuel: No mires a su buena presencia, ni a su
grande estatura; porque no es ése el que he escogido; y yo
no juzgo por lo que aparece a la vista del hombre; pues el
hombre no ve más que lo exterior; mas el Señor ve en el
fondo del corazón [8]. [8] Llamó después Isaí a Abinadab, y lo
presentó a Samuel, el cual dijo: No es éste el escogido del
Señor. [9] Le trajo también a Samma, del cual dijo Samuel:
Tampoco es éste el escogido del Señor.

[10] Así le fue presentando Isaí sus siete hijos [9]; y le dijo Sa-
muel: A ninguno de éstos ha elegido el Señor. [11] Y añadió
Samuel a Isaí: ¿No tienes ya más hijos? A lo que contestó:
Aún tengo otro pequeño, que está apacentando ovejas [10].
Dijo Samuel a Isaí: Envía por él, y tráelo aquí, que no nos
pondremos a la mesa, hasta que él venga. [12] Envió por él
Isaí, y se lo presentó. Era David un joven rubio de gallarda

presencia y hermoso rostro [11]. Dijo entonces el Señor: Ea, úngele, porque ése es. [13] Tomó, pues, Samuel el cuerno del óleo que había traído, y lo ungió en presencia de sus hermanos [12], y desde aquel día en adelante el espíritu del Señor quedó infundido en David; y Samuel se volvió a Rámata.

El espíritu malo y el arpa de David

[14] Al contrario, el espíritu del Señor se retiró de Saúl; y atormentábale un espíritu maligno por permisión del Señor [13]. [15] Por lo que dijeron a Saúl sus cortesanos: Ya ves cómo te atormenta un espíritu malísimo. [16] Si tú, Señor nuestro, lo mandas, tus siervos que tienes aquí delante, buscarán un hombre hábil en tocar el arpa [14], para que cuando el Señor permita que te agite el mal espíritu, la toque y sientas algún alivio. [17] Respondió Saúl a sus criados: Enhorabuena, buscadme alguno que sea hábil en tañer y cantar [15], y traédmele. [18] A lo que contestando uno de los criados, dijo: Hace poco vi a un hijo de Isaí, natural de Betlehem, muy diestro en tañer el arpa, mozo muy valiente y hábil para la guerra, prudente en el hablar, y de gallarda presencia, y muy favorecido del Señor [16].

[19] Con esto Saúl hizo decir a Isaí: Envíame a tu hijo David, que está con tus ganados. [20] En vista de lo cual tomó Isaí un asno, que cargó de panes [17], de un cántaro de vino, y de un cabrito recental, y se lo envió a Saúl por mano de su

hijo David. [21] Y fue David y se presentó a Saúl; el cual le cobró mucho cariño, y lo hizo su escudero [18]. [22] Y envió Saúl a decir a Isaí: Quédese David cerca de mí [19]; porque ha hallado gracia en mis ojos. [23] Con esto siempre que asaltaba el mal espíritu a Saúl [20], cogía David el arpa y la tañía; con lo que Saúl se recreaba y sentía mucho alivio, pues se retiraba de él el espíritu malo.

¿Sabías que?

La Biblia griega tiene un salmo más que la hebrea, el 151, que se presenta como un salmo de David «fuera del número», compuesto cuando luchó contra Goliat. Parece un resumen de este capítulo y del siguiente: «Yo era pequeño entre mis hermanos y el más joven en la casa de mi padre; apacentaba las ovejas de mi padre... Mis hermanos eran hermosos y altos, pero el Señor no se complació en ellos». En 1956 apareció en la cueva 11 de Qumrán un gran rollo de salmos que contiene una versión hebrea más larga de este poema. Las Iglesias ortodoxas lo leen como Escritura; la Iglesia católica, que en el concilio de Trento enumeró ciento cincuenta salmos, no lo incluye en su canon.

El pastor y el rey

Texto	Qué dice	Cumplimiento o eco
1 Sam 16,11	«Está apacentando ovejas»	Dios elige al último
1 Sam 17,34-37	Defiende el rebaño del león	El buen pastor no huye (Jn 10,12)
2 Sam 5,2	«Tú apacentarás a mi pueblo»	El rey, pastor y no dueño
2 Sam 7,8	«Te saqué de las dehesas»	La promesa a la casa de David
Sal 23,1	«El Señor es mi pastor»	El rey tiene a su vez un Pastor
Sal 78,70-72	Lo sacó de los apriscos	Apacienta con corazón íntegro
Jer 23,1-5	Malos pastores; un «germen justo»	El Mesías, rey justo
Ez 34,23-24	«Un solo pastor, mi siervo David»	Un nuevo David
Miq 5,1-3	De Belén, el que apacentará	Mt 2,5-6
Jn 10,11.14	«Yo soy el buen pastor»	Da la vida por las ovejas
Heb 13,20	«El gran pastor de las ovejas»	El Resucitado
1 Pe 5,4	«El Príncipe de los pastores»	Modelo de los pastores
Ap 7,17	«El Cordero será su pastor»	El pastor es el Cordero

Los reyes del antiguo Oriente se llamaban pastores: Hammurabi se presenta en su código como «el pastor» elegido por los dioses. La Biblia vuelve exigente la imagen, porque el pastor responde de las ovejas (Ez 34,1-10). Miq 5,1-3 es 5,2-4 en otras Biblias.

PARA PROFUNDIZAR

«El Señor ve el corazón»: la elección de David

El capítulo empieza con un reproche: «¿Hasta cuándo has tú de llorar a Saúl?» (16,1). Samuel se ha quedado mirando lo que se perdió, y Dios le pide que mire hacia delante, hacia Belén, donde ya «ha visto» un rey para sí (ver nota a 16,1). Todo el relato es una lección sobre la mirada. El profeta teme a Saúl y va con un pretexto que Dios mismo le sugiere: un sacrificio verdadero, que no lo dice todo (ver nota a 16,2).

Desfilan los hijos de Isaí. Samuel, que había visto en la estatura de Saúl una señal de elección (10,23-24), se deja impresionar por Eliab, el primogénito. Dios corrige al profeta: «el hombre no ve más que lo exterior; mas el Señor ve en el fondo del corazón» (16,7). El corazón, en la Biblia, es el centro escondido de la persona, «el lugar de la decisión» (Catecismo, n. 2563), y solo Dios lo conoce. Entonces llega el pequeño, el que nadie había llamado porque estaba con las ovejas (16,11). La ironía es fina: también David es hermoso (16,12). Dios no elige contra los dones naturales, pero no se deja comprar por ellos.

Es la manera de obrar de Dios en toda la Biblia. Elige al menor y al débil: Jacob y no Esaú, José entre sus hermanos, Gedeón, el último de la casa de su padre (Jue 6,15). Ana lo había cantado: el Señor «abate y ensalza» y levanta del polvo al desvalido (2,7-8); María lo cantará en el *Magníficat* (Lc 1,52), y san Pablo lo dirá a los corintios: Dios escogió lo débil del mundo para confundir a los

fuertes, para que nadie pueda gloriarse delante de él (1 Cor 1,26-29). La elección no premia méritos: los crea.

La unción tiene lugar en medio de los hermanos, y «desde aquel día en adelante» el espíritu del Señor queda sobre David, mientras se aparta de Saúl (16,13-14). El reino pasa como un don del Espíritu. El Catecismo recuerda que en la Antigua Alianza hubo ungidos del Señor, «de forma eminente el rey David», y que Jesús es el Ungido de Dios de una manera única (nn. 436 y 695). Pero David no reinará hasta muchos años después: la unción de Belén es una promesa que tendrá que esperar, entre persecuciones, hasta las de Hebrón (2 Sam 2,4; 5,3; ver nota a 16,13). Dios elige, y el elegido tiene que aprender a esperar.

El elegido es un pastor (ver el cuadro que sigue). Dios «lo sacó de los apriscos de las ovejas» para que apacentara a su pueblo «con un corazón íntegro» (Sal 78,70-72). Los profetas anunciarán un nuevo David pastor (Ez 34,23-24), y Jesús, nacido en Belén, en la ciudad de David (Lc 2,4.11; Mt 2,5-6), se presentará como el buen pastor que da la vida por sus ovejas (Jn 10,11). El Catecismo ve en David al rey «según el corazón de Dios», «el pastor que ruega por su pueblo» (n. 2579).

La liturgia lee este capítulo el cuarto domingo de Cuaresma del ciclo A, junto con el evangelio del ciego de nacimiento (Jn 9,1-41). La combinación es elocuente: en Belén, el que ve de verdad es Dios, y el profeta se equivoca; en Jerusalén, el ciego llega a ver, y los que se creen sabios se quedan ciegos (Jn 9,39-41). Las dos lecturas plantean la misma pregunta: ¿con qué ojos miramos a los demás, y con qué ojos nos dejamos mirar por Dios?

PAUSA

1. Samuel se equivocó al mirar a Eliab. ¿A quién has juzgado tú por las apariencias?
2. David estaba con las ovejas cuando Dios lo llamó. ¿En qué tareas pequeñas de cada día te está esperando Dios?
3. Si el Señor mira hoy tu corazón, ¿qué encuentra?

Para orar. *Señor, que ves en lo escondido, dame un corazón según el tuyo y unos ojos que miren a los demás como tú los miras.*

17

David y Goliat

Es el relato más famoso del libro. En el valle del Terebinto, un campeón filisteo desafía durante cuarenta días a los escuadrones de Israel (vv. 1-11). David, que ha bajado al campamento a llevar provisiones a sus hermanos, oye los insultos y se ofrece a pelear (vv. 12-40). Frente a la armadura del gigante opone su cayado, su honda y una confianza que lo resume todo: «yo salgo contra ti en el nombre del Señor» (vv. 41-54). Al final, Saúl pregunta quién es aquel joven, como si no lo conociera (vv. 55-58): una de las señales de que el libro reúne dos relatos de la llegada de David.

El desafío de Goliat

1 Sucedió después de algún tiempo que los filisteos, juntando sus escuadrones para pelear, se reunieron en Socó de
Judá, y acamparon entre Socó y Azeca, en los confines de
Dommin [1]. 2 También se reunieron Saúl y los hijos de Is-
rael, y viniendo al valle del Terebinto, ordenaron allí sus
escuadrones para pelear contra los filisteos. 3 Estaban és-
tos acampados a un lado del monte, y los israelitas en el
lado opuesto, mediando el valle entre ellos.

4 Y salió de los campamentos de los filisteos un hombre
bastardo [2], llamado Goliat, natural de Get, cuya estatura

era de seis codos y un palmo [3]. 5 Traía en su cabeza un morrión de bronce, e iba vestido de una coraza escamada, del mismo metal, que pesaba cinco mil siclos [4]. 6 Botas de bronce cubrían sus piernas, y defendía sus hombros un escudo de dicho metal [5]. 7 El astil de su lanza era grueso como el rodillo de un telar [6], y el hierro o punta de la misma pesaba seiscientos siclos; e iba delante de él su escudero.

8 Este hombre vino a presentarse delante de los escuadrones de Israel, dando voces y diciéndoles: ¿Por qué habéis venido para dar batalla? ¿No soy yo un filisteo, y vosotros siervos de Saúl? Escoged entre vosotros alguno que salga a combatir cuerpo a cuerpo [7]. 9 Si tuviere valor para pelear conmigo y me matare, seremos esclavos vuestros; mas si yo prevaleciere y le matare a él, vosotros seréis los esclavos, y nos serviréis. 10 Y decía después jactándose: Yo he desafiado hoy a los batallones de Israel, diciéndoles: Dadme acá un campeón, y mida sus fuerzas conmigo cuerpo a cuerpo. 11 Saúl y todos los israelitas, oyendo tal desafío del filisteo, quedaron asombrados y llenos de miedo.

David en el campamento

12 David, según queda dicho, era hijo de un varón efrateo [8], de la ciudad de Betlehem en Judá, llamado Isaí, el cual tenía ocho hijos, y era hombre anciano, y de los más avanzados en edad en el tiempo de Saúl. 13 Sus tres hi-

jos mayores siguieron a Saúl en la guerra; de los cuales el primogénito se llamaba Eliab, el segundo Abinadab, y el tercero Samma. 14 David era el menor de todos. Habiendo, pues, los tres mayores seguido a Saúl, 15 David se había ido de la corte de Saúl [9], y vuelto a apacentar la grey de su padre en Betlehem. 16 Entretanto se presentaba el filisteo mañana y tarde, y continuó haciéndolo por espacio de cuarenta días [10].

17 En este intermedio dijo Isaí a su hijo David: Toma para tus hermanos un efi de harina de cebada y estos diez panes, y corre al campamento a llevárselos. 18 Y estos diez quesos los llevarás al tribuno o coronel [11]; y verás si tus hermanos están buenos, informándote en qué compañía están. 19 Mas ellos como los demás hijos de Israel estaban con Saúl, para pelear contra los filisteos, en el valle del Terebinto. 20 Madrugó, pues, David, y encargando a uno el cuidado del ganado, se puso con su carga en camino, como se lo había mandado Isaí. Y llegó al lugar de Magala, junto al ejército, al tiempo que éste, habiendo salido a dar la batalla, levantaba el grito en señal de combate. 21 Porque ya Israel había formado en batalla sus escuadrones, e igualmente los filisteos estaban dispuestos para la acción.

22 A vista de esto David, dejando cuanto había traído al cuidado de quien se los guardase entre los bagajes, fue corriendo al lugar de la batalla, y se informaba de la salud y

bienestar de sus hermanos. 23 Aún no había acabado de hablar, cuando compareció aquel hombre llamado Goliat, filisteo, natural de Get, que salía del campamento de los filisteos, repitiendo los mismos insultos que siempre, los cuales oyó David. 24 Todos los israelitas, así que vieron aquel hombre, huyeron de su presencia temblando de miedo. 25 Y decía uno de los soldados de Israel: ¿No habéis visto ese hombre que se presenta al combate? Pues a insultar a Israel viene. Al que le matare le dará el rey grandes riquezas y a su hija por esposa, y eximirá de tributos en Israel la casa de su padre.

26 Preguntó David a los que tenía cerca de sí: ¿Qué es lo que darán al que matare a ese filisteo, y quitare el oprobio de Israel? Porque a la verdad, ¿quién es ese filisteo incircunciso para que insulte así impunemente a los escuadrones del Dios vivo [12]? 27 Le refería la gente las mismas palabras, diciendo: Esto se dará al que lo matare. 28 Y habiéndolo oído hablar así con la gente Eliab, su hermano mayor, se indignó contra él, y le dijo: ¿Por qué has venido aquí, dejando abandonadas en el desierto aquellas poquitas ovejas que tenemos? Bien conocida tengo yo tu altanería y la malicia de tu corazón [13]. A ver la batalla es a lo que has venido. 29 Respondió David: ¿Qué mal he hecho yo? ¿He hecho más que hablar? 30 Se desvió luego de él, y se fue a otro pa-

raje, y entabló la misma conversación, repitiéndole la gente la misma respuesta de antes.

«Iré y pelearé contra él»

31 Oídas de varios las palabras que habló David, fueron referidas delante de Saúl; 32 a cuya presencia conducido, le habló David de esta manera: Nadie desmaye a causa de los insultos de ese filisteo; yo siervo tuyo, iré y pelearé contra él. 33 Mas Saúl dijo a David: No tienes tú fuerza para resistir a ese filisteo, ni para pelear contra él; pues tú eres muchacho todavía, y él es un varón aguerrido desde su mocedad.

34 Replicó David a Saúl: Apacentaba tu siervo el rebaño de su padre, y venía un león o un oso [14], y apresaba un carnero de en medio de la manada; 35 y corría yo tras ellos y los mataba, y les quitaba la presa de entre los dientes, y al volverse ellos contra mí, los agarraba yo de las quijadas, y los ahogaba y mataba. 36 Así es como yo, siervo tuyo, maté tanto al león como al oso; y lo propio haré con ese filisteo incircunciso. Iré, pues, contra él ahora mismo, y quitaré el oprobio de nuestro pueblo [15]; porque, ¿quién es ese filisteo incircunciso, que ha tenido la osadía de maldecir al ejército del Dios vivo? 37 Y añadió David: El Señor que me libró de las garras del león y del oso, él mismo me librará también de las manos de ese filisteo. Dijo Saúl a David: Anda, pues, y el Señor sea contigo.

38 Y le vistió Saúl con sus ropas o con armadura de su
palacio [16], y le puso en la cabeza un casco de acero, y lo
armó de coraza. 39 Ciñéndose luego David la espada de
Saúl sobre su vestido de guerra, comenzó a probar si podía
andar así armado; porque no estaba hecho a ello. Y dijo a
Saúl: Yo no puedo caminar con esta armadura, pues no es-
toy acostumbrado a ella. Por lo tanto se desarmó; 40 y co-
giendo el cayado que llevaba siempre en la mano, escogió
del torrente cinco guijarros bien lisos [17]; se los metió en el
zurrón de pastor que traía consigo, tomó la honda en su
mano, y se fue en busca del filisteo.

La honda y la piedra

41 Venía éste caminando con paso grave y acercándose ha-
cia David, llevando delante su escudero. 42 Mas así que el
filisteo vio a David, le menospreció, por ser éste un joven
rubio y de linda presencia, 43 y le dijo: ¿Soy yo acaso algún
perro para que vengas contra mí con un palo? [18] Por lo
que maldijo el filisteo a David, jurando por sus dioses. 44 Y
añadió: Ven acá y echaré tus carnes a las aves del cielo y las
bestias de la tierra.

45 Mas David respondió al filisteo: Tú vienes contra mí con
espada, lanza y escudo; pero yo salgo contra ti en el nom-
bre del Señor de los ejércitos [19], del Dios de las legiones de
Israel, a las cuales tú has insultado este día. 46 Y el Señor te
entregará en mis manos, y yo te mataré y cortaré tu cabe-

za; y daré hoy los cadáveres del campo de los filisteos a las aves del cielo y a las bestias de la tierra, para que sepa todo el mundo que hay Dios en Israel [20]; [47] y conozca todo este concurso de gente [21], que el Señor salva sin espada ni lanza; porque él es el árbitro de la guerra, y él os entregará en nuestras manos.

[48] Como se moviese, pues, el filisteo, y viniese acercándose a David, se apresuró éste y corrió al combate contra el filisteo; [49] y metiendo su mano en el zurrón, sacó una piedra que disparó con la honda, e hirió al filisteo en la frente, en la cual le quedó clavada [22]; y cayó el filisteo en tierra sobre su rostro. [50] Así venció David al filisteo con una honda y una piedra [23], y herido que lo hubo, lo mató. Y no teniendo David a mano ninguna espada, [51] fue corriendo y se echó encima del filisteo, le quitó la espada, la desenvainó, y acabándole de matar, le cortó la cabeza. Viendo, pues, los filisteos muerto al más valiente de los suyos, echaron a huir.

[52] Pero los hijos de Israel y de Judá los acometieron con gran gritería, y fueron acuchillándolos hasta llegar al valle y hasta las puertas de Accarón; y cayeron heridos muchos filisteos por el camino de Saraím [24] y hasta Get y Accarón. [53] Vueltos los hijos de Israel de perseguir a los filisteos, saquearon su campamento. [54] Y tomando David la ca-

beza del filisteo, la llevó a Jerusalén [25]; pero sus armas las colocó en su casa.

[55] Es de advertir que al ver Saúl que David se dirigía contra el filisteo, preguntó a Abner, general de las tropas: Abner, ¿de qué familia es ese joven? [26] Y Abner respondió: Juro por tu vida, oh rey, que no lo sé. [56] Le dijo el rey: Infórmate de quién es hijo. [57] Y cuando David volvió, después de haber muerto al filisteo, le tomó Abner y le presentó a Saúl, llevando David la cabeza del filisteo en la mano. [58] Y le dijo Saúl: Oh joven, ¿de qué familia eres? Y respondió David: Soy el hijo de vuestro siervo Isaí, natural de Betlehem.

¿Sabías que?

El *David* de Miguel Ángel (1501-1504), hoy en la Galería de la Academia de Florencia, no representa al vencedor con la cabeza de Goliat a sus pies, como los de Donatello y Verrocchio, sino el momento anterior al combate: el joven, desnudo y en tensión, lleva la honda colgada del hombro izquierdo y una piedra en la mano derecha. Se colocó en 1504 ante el Palacio de la Señoría, como símbolo de la república florentina, pequeña frente a enemigos más poderosos. En 1873 se trasladó a la Academia para protegerlo, y desde 1910 una copia ocupa su lugar en la plaza.

Goliat en cifras

Dato	Texto hebreo y Vulgata	Equivalencia y otras lecturas
Estatura	Seis codos y un palmo (17,4)	Unos 2,9 m; griego y Qumrán: cuatro codos y un palmo, unos 2 m
Coraza	De escamas, 5.000 siclos (17,5)	Unos 57 kg; griego: «de bronce y hierro»
Grebas	«Botas de bronce» (17,6)	Típicas del mundo egeo
«Escudo»	*Kidón*, a la espalda (17,6)	Quizá jabalina o espada
Astil	Como el rodillo de un telar (17,7)	¿Lanza con correa? (Yadin)
Punta	600 siclos de hierro (17,7)	Unos 7 kg
Escudero	Va delante (17,7.41)	Con el gran escudo
Desafío	Cuarenta días (17,16)	Mañana y tarde
David	Honda y cinco guijarros (17,40)	Basta una piedra (17,49)
Griego	Hebreo y Vulgata, completos	Faltan 17,12-31.41.50.55-58; 18,1-5
Otro relato	Eljanán mata a Goliat (2 Sam 21,19)	1 Cr 20,5: a «Lajmí, hermano de Goliat»

Valores aproximados: codo, unos 44,5 cm; palmo, unos 22 cm; siclo, unos 11,4 g. Las medidas variaban según la época y el lugar. «Griego» es el códice Vaticano; Qumrán, el rollo 4QSama; Josefo da también cuatro codos.

PARA PROFUNDIZAR

David y Goliat: «el Señor salva sin espada ni lanza»

Pocas historias han pasado tanto al lenguaje común: «David contra Goliat» se dice de cualquier lucha desigual. El relato está construido con cuidado. De un lado, el campeón: su estatura, su armadura de bronce, el peso de su lanza, su escudero y sus cuarenta días de insultos (ver el cuadro «Goliat en cifras»). Del otro, un muchacho que viene a traer quesos a sus hermanos, al que el mayor desprecia y el rey cree incapaz (17,28.33). David se prueba la armadura de Saúl y se la quita, y sale con su cayado, su honda y cinco piedras del torrente.

El centro está en sus palabras: «Tú vienes contra mí con espada, lanza y escudo; pero yo salgo contra ti en el nombre del Señor de los ejércitos... para que sepa todo el mundo que hay Dios en Israel; y conozca todo este concurso de gente, que el Señor salva sin espada ni lanza» (17,45-47). Es la fe de los salmos, que no confían en carros ni en caballos (Sal 20,8; 33,16-17), y la del profeta: «no con ejército, ni con fuerza, sino con mi espíritu» (Zac 4,6). San Pablo dirá que las armas del cristiano no son carnales, sino poderosas en Dios (2 Cor 10,4). La Pontificia Comisión Bíblica observa que la Biblia narra una y otra vez el triunfo del pequeño sobre el prepotente, hasta el Nuevo Testamento (2014, n. 127, que cita el *Magníficat*, Lc 1,52, y 1 Cor 1,27).

El relato tiene también una historia literaria. David ya estaba en la corte como músico y escudero de Saúl (16,21), pero en este capítulo vuelve a presentarse como si fuera nuevo (17,12), y al final Saúl pregunta de quién es hijo (17,55-58). El códice Vaticano de la

Biblia griega no tiene 17,12-31, 17,41, 17,50 ni 17,55 – 18,5, y su relato, más breve, no presenta esas tensiones. Muchos estudiosos piensan que el texto hebreo combinó dos relatos de la llegada de David; otros, que el traductor griego abrevió para evitar contradicciones. Más difícil es 2 Sam 21,19: allí es Eljanán de Belén, al que la Vulgata y Torres Amat llaman «Adeodato», traduciendo su nombre, quien mata a «Goliat de Get», cuya lanza era como el rodillo de un telar. Las Crónicas dicen que Eljanán mató a «Lajmí, hermano de Goliat» (1 Cr 20,5), y el Targum identifica a Eljanán con David. Algunos proponen que la hazaña de un guerrero de David pasó a contarse del rey; la cuestión sigue abierta (ver 2 Sam 21).

El escenario, en cambio, es real. El valle de Elá baja de las montañas de Judá hacia la llanura filistea, y en su salida estaba Get, hoy Tell es-Safi. Las excavaciones dirigidas por Aren Maeir desde 1996 han mostrado que fue una de las mayores ciudades de la región en los siglos X y IX a. C., hasta que la destruyó el arameo Jazael (2 Re 12,18); allí apareció en 2005 un fragmento de cerámica con dos nombres que, según sus editores, recuerdan el de Goliat, aunque no se trata de él. Sobre el valle, Khirbet Qeiyafa, una pequeña ciudad fortificada de hacia el año 1000 a. C., excavada entre 2007 y 2013 por Yosef Garfinkel y Saar Ganor, ha sido atribuida por ellos al reino de David, una interpretación que otros arqueólogos discuten. Las piedras no prueban el relato, pero muestran que describe una frontera que existió.

Los Padres leyeron la escena como figura de Cristo. San Agustín, comentando el salmo que la Biblia griega y la Vulgata titulan «De David, contra Goliat» (Sal 144), observa que David puso cinco pie-

dras en su zurrón y lanzó una sola: se escogieron los cinco libros de la Ley, pero venció la unidad; y que cortó la cabeza del gigante con su propia espada, como Cristo derribó al diablo con sus mismas armas (*Comentarios a los Salmos* 143,1, según la numeración de la Vulgata). El pastor que vence sin armadura es imagen del Hijo de David, que vence al mal con la debilidad de la cruz.

Leído así, el relato no exalta la violencia, sino la confianza. Goliat representa todo lo que paraliza: «Saúl y todos los israelitas... quedaron asombrados y llenos de miedo» (17,11). David no es más fuerte; mide al gigante con la medida de Dios. Esa es la lección que la Iglesia sigue proponiendo: luchar con las armas de la luz, la verdad, la justicia y la fe (Ef 6,10-17), y no con la armadura prestada de Saúl.

PAUSA

1. Saúl y todo Israel quedaron paralizados por el miedo. ¿Qué «gigante» te paraliza hoy a ti?
2. David se quitó la armadura de Saúl porque no estaba hecho a ella. ¿Con qué «armas prestadas» intentas resolver tus batallas, en lugar de confiar en Dios?
3. David recordó cómo el Señor lo había librado del león y del oso. ¿Qué ayudas de Dios en tu pasado te dan confianza para lo que viene?

Para orar. *Señor de los ejércitos, que salvas sin espada ni lanza, dame la confianza de David frente a los gigantes de mi vida.*

18

Jonatás, Micol y la envidia de Saúl

David entra en la casa de Saúl, y todos lo aman: Jonatás, que hace con él una alianza (vv. 1-5), el pueblo, los criados del rey, Micol. Solo Saúl no puede. El canto de las mujeres, «Saúl ha muerto a mil; y David ha muerto a diez mil», enciende su envidia (vv. 6-16), y desde entonces el rey alterna la lanza y la trampa: le promete a su hija Merob y después le da a Micol, a cambio de una dote que debía costarle la vida (vv. 17-30). Un estribillo recorre el capítulo y explica lo que Saúl no soporta: «el Señor estaba con David».

La alianza de Jonatás y David

1 Al punto que David acabó de hablar con Saúl, el alma de
Jonatás se unió estrechamente con el alma de David [1];
y le amó Jonatás como a su propia vida. 2 Desde aquel día
quiso Saúl tenerlo siempre consigo y no le permitió volverse a
casa de su padre. 3 Y contrajeron entonces David y Jonatás
una gran amistad [2]; pues amaba éste a David como a sí
mismo. 4 De aquí que se quitó Jonatás la túnica que
vestía [3], y se la dio a David con otras ropas suyas, hasta su
espada, su arco y aun el cinturón. 5 Salía David a todas las
expediciones a que le enviaba Saúl, y se conducía con mucha prudencia [4]. Le dio después Saúl mando sobre alguna

gente de guerra, y se ganó la afición de todo el pueblo, y particularmente de los criados de Saúl.

La envidia de Saúl

6 Asimismo cuando volvió David, después de haber muerto al filisteo, salieron las mujeres de todas las ciudades de
Israel a recibir al rey Saúl, cantando y danzando, y mostrando su regocijo con panderos y sonajas. 7 Las mujeres
en sus danzas cantaban y repetían este estribillo: Saúl ha
muerto a mil; y David ha muerto a diez mil [5]. 8 Semejante
expresión irritó a Saúl en gran manera, y le dejó sumamente disgustado; y dijo: A David le han dado diez mil, y a
mí me han dado mil, ¿qué le falta ya sino ser rey? 9 Por
este motivo, desde entonces en adelante ya no miraba con
buenos ojos a David [6].

10 Otro día sucedió que el espíritu malo, permitiéndolo
Dios, volvió a apoderarse de Saúl [7], que andaba por su palacio hablando como un frenético [8]. David tañía el arpa
delante de él, como los demás días. Y teniendo Saúl a
mano una lanza, 11 la arrojó contra David, pensando poderle clavar en la pared [9]; mas David huyó el cuerpo por
dos veces, y evitó el golpe.

12 Comenzó, pues, Saúl a temer a David, viendo que el Señor estaba con éste [10], y que a él le había dejado. 13 Por lo
cual le alejó de él y le hizo tribuno de mil hombres; con los

cuales hacía David sus expediciones a vista del pueblo.
14 Se manejaba David en todo con mucha cordura, y el Señor le asistía. 15 Pues como observase Saúl su extremada
prudencia, comenzó a recelar de él. 16 Al contrario todo Israel y Judá amaban a David, como a quien iba al frente de
ellos en las expediciones [11] que se hacían.

Merob y Micol

17 Por lo que dijo Saúl a David: He aquí a Merob, mi hija mayor, voy a dártela por esposa. Tú sobre todo sé valiente,
y pelea al servicio del Señor [12]. Al mismo tiempo decía Saúl para consigo: No sea yo el que lo mate; sino sean los
filisteos los que lo hagan. 18 David respondió a Saúl: ¿Quién soy yo, o cuál ha sido mi vida, ni de qué consideración goza en Israel la familia de mi padre para llegar a ser
yo yerno del rey? 19 Mas sucedió después, que llegado el tiempo en que Merob, hija de Saúl, debía desposarse con
David, fue dada por mujer a Hadriel molatita [13].

20 Pero Micol, la otra hija de Saúl, se había enamorado de David [14]; de lo que se alegró Saúl luego que se lo dijeron.
21 Porque dijo Saúl interiormente: Se la daré, para que sea ella la causa de su ruina, y muera a manos de los filisteos.
Y así dijo Saúl a David: Por dos títulos o servicios vas a ser luego mi yerno [15]. 22 Y dio esta orden a sus cortesanos: Hablad a David, como que sale de vosotros, diciéndole: Ya ves
que estás en gracia del rey, y que todos sus criados te

aman; procura, pues, ahora llegar a ser yerno del rey.
23 Hicieron los cortesanos que llegase esto a oídos de David; el cual respondió: ¿Por ventura os parece fácil el ser
yerno del rey, mayormente siendo yo pobre y de humilde
condición? 24 Le dieron parte a Saúl sus cortesanos y le
contaron lo que David había respondido.

25 Dijo entonces Saúl: Hablad así a David: El rey no necesita de dote para su hija [16]; únicamente exige de ti la cabeza
de cien incircuncisos filisteos [17], para vengarse así de sus
enemigos. Pero el designio de Saúl era hacer caer a David
en manos de los filisteos. 26 Luego, pues, que los criados de
Saúl refirieron a David lo que les había dicho Saúl, aceptó
gustoso David el partido que le proponían para llegar a ser
yerno del rey; 27 y de allí a pocos días marchó con la gente
que comandaba, y mató a doscientos filisteos [18]; entregando al rey este número de incircuncisos, a fin de llegar a ser
yerno suyo. Con esto le dio Saúl a su hija Micol por esposa,

28 y conoció claramente que el Señor estaba con David. Y
Micol, hija de Saúl, amaba mucho a David. 29 Comenzó,
pues, Saúl a recelar más y más de David, de manera que su
aversión hacia él fue en aumento [19]. 30 En esta sazón salieron a campaña caudillos de los filisteos, y desde el punto
que se dejaron ver, se manejaba David con más arte y prudencia que todos los demás oficiales de Saúl; por donde se
hizo más y más célebre su nombre [20].

¿Sabías que?

Los arqueólogos han encontrado en Israel, Fenicia y Chipre numerosas figurillas de barro de la Edad del Hierro que representan a una mujer con un pandero redondo apoyado contra el pecho. La biblista estadounidense Carol Meyers, que las ha estudiado, piensa que tocar el pandero, cantar y bailar era en el antiguo Israel una tarea propia de las mujeres, como muestran Míriam y las israelitas después del paso del mar (Éx 15,20), la hija de Jefté (Jue 11,34) y las mujeres que reciben a Saúl y a David en este capítulo. Ellas componían, quizá, los cantos con que el pueblo recordaba sus victorias.

PAUSA

1. Jonatás amó a David sin calcular lo que perdía. ¿Tienes una amistad así? ¿Cómo la cuidas?
2. La envidia de Saúl empezó con una comparación. ¿Con quién te comparas tú, y qué hace eso en tu corazón?
3. Micol amó a David, y él la usó para sus planes. ¿Hay alguien a quien tratas como un medio para tus fines?

Para orar. *Señor, líbrame de la envidia que mira con malos ojos el bien de los demás, y dame amigos que me lleven hacia ti.*

19

Tres veces a salvo

Saúl ya no disimula: manda matar a David. El capítulo tiene tres escenas, y en cada una alguien se interpone entre el rey y su víctima. Jonatás aplaca a su padre con razones (vv. 1-7); Micol descuelga a David por una ventana cuando la lanza ha vuelto a fallar (vv. 8-17); y en Nayot, junto a Samuel, el espíritu de Dios desarma a los soldados y al mismo rey (vv. 18-24). Los dos hijos de Saúl se ponen del lado del perseguido, y el espíritu que un día transformó a Saúl ahora solo lo detiene.

Jonatás intercede por David

1 Saúl habló a Jonatás su hijo, y a todos sus criados o
cortesanos [1], a fin de que matasen a David. Mas Jonatás,
hijo de Saúl, amaba cordialmente a David [2]; 2 y así le avi-
só, diciendo: Saúl, mi padre, busca cómo matarte; te rue-
go, pues, que mires por ti y te vayas mañana a un lugar
oculto, en el cual te estés escondido, 3 en el campo, donde
quieras; mientras yo procuraré estar con mi padre, y le ha-
blaré de ti, y te haré saber cuanto hubiere observado.

4 Habló, pues, Jonatás a Saúl, su padre, a favor de David, y
le dijo: No hagas daño, oh rey, a David [3], siervo tuyo;
puesto que nada malo ha obrado contra ti, antes bien te ha

hecho servicios importantísimos. 5 Él puso su vida en el
mayor riesgo [4], y mató al filisteo; con el cual dio el Señor
una gran victoria a todo Israel. Tú lo viste y te llenaste de
gozo. Pues, ¿por qué quieres ahora pecar, derramando
sangre inocente, matando a David que no es culpable de
nada? 6 Oyendo esto Saúl, y aplacado con las razones de
Jonatás, hizo este juramento: Vive el Señor que no se le
quitará la vida [5]. 7 Llamó luego Jonatás a David; y le contó
todas estas cosas, y lo presentó nuevamente a Saúl, y se
quedó David en la corte de Saúl, como antes.

La lanza y la ventana

8 Se suscitó de nuevo la guerra; y saliendo David a campa-
ña peleó contra los filisteos, y destrozando gran número
de ellos, ahuyentó los demás. 9 Mas el espíritu malo, per-
mitiéndolo el Señor [6], asaltó otra vez a Saúl. Estaba éste
sentado en su palacio, y tenía una lanza en la mano; y
mientras David tañía el arpa delante de él, 10 tiró Saúl a
traspasarle con la lanza y clavarle en la pared. Mas David
declinó el golpe; y la lanza, sin haberle herido, fue a dar en
la pared; y escapó David al instante, y se libertó aquella
noche.

11 Saúl envió en seguida a sus guardias a la casa de David [7]
para que lo asegurasen y lo matasen al otro día por la ma-
ñana. Pero se lo avisó a David su esposa Micol [8], diciendo:
Si esta noche no te pones a salvo, mañana morirás. 12 Y lo

descolgó Micol por una ventana [9]; y de esta suerte escapó David, y huyendo se puso a salvo. [13] En seguida tomó Micol una estatua o bulto [10], y la puso sobre la cama de David, y le envolvió la cabeza con una piel peluda de cabra [11], y cubrió la estatua con la ropa de la cama.

[14] Envió, pues, Saúl guardias a prender a David; y se le respondió que estaba enfermo. [15] Despachó segunda vez otras gentes con orden de ver a David, diciéndoles: Traédmelo acá en su cama, para que sea muerto. [16] Llegados que fueron allí los enviados de Saúl, hallaron que en la cama sólo había una estatua o bulto, que tenía envuelta la cabeza con una piel de cabra. [17] Por lo que dijo Saúl a Micol: ¿Cómo me has burlado de esta manera, y dejado escapar a mi enemigo? Y respondió Micol a Saúl: Porque él me dijo: Déjame ir, si no te mataré [12].

Saúl entre los profetas

[18] Así huyó David, y puso a salvo su vida, y fue a encontrar a Samuel en Rámata [13], y le contó todo cuanto Saúl había hecho con él; y después se fueron ambos a Nayot [14], donde moraron algún tiempo. [19] Se dio aviso a Saúl, diciéndole: Mira que David está en Nayot de Rámata. [20] Envió, pues, Saúl soldados para prender a David; los cuales habiendo visto un coro de profetas que profetizaban o cantaban alabanzas a Dios [15], y a Samuel que presidía entre ellos, fueron también arrebatados del espíritu del Señor, y comen-

zaron a alabar a Dios, como los otros. [21] Habiéndose referido esto a Saúl, envió otros soldados; los cuales asimismo se pusieron a alabar a Dios. Despachó otros por tercera vez [16], que igualmente se pusieron a cantar las alabanzas de Dios. Entonces Saúl, lleno de cólera,

[22] marchó él mismo a Rámata, y habiendo llegado hasta la gran cisterna de Socó [17], preguntó, diciendo: ¿Dónde se hallan Samuel y David? Y le respondieron: Están allá en Nayot junto a Rámata. [23] Con esto se encaminó a dicho lugar, y se apoderó también de Saúl el espíritu del Señor, e iba cantando por el camino las alabanzas de Dios [18] hasta llegar a Nayot de Rámata. [24] Y despojado de sus vestiduras reales [19], se puso a cantar con los demás delante de Samuel, y todo lo restante del día y de aquella noche estuvo postrado por tierra, desnudo de toda insignia. De donde aquel proverbio: Pues, ¿también Saúl entre los profetas? [20]

¿Sabías que?

La versión griega de los Setenta no leyó en 19,13 «tejido de pelo de cabra», sino «hígado de cabra», y llamó a los terafim «cenotafios». Flavio Josefo, en el siglo I, desarrolló la escena: Micol preparó la cama como para un enfermo y puso bajo las mantas un hígado de cabra que, al palpitar, movía la ropa, de modo que los enviados de Saúl creyeron que David respiraba con dificultad, como un asmático (*Antigüedades judías* VI,11,4).

PARA PROFUNDIZAR

El espíritu del Señor y el espíritu malo

La historia de Saúl está contada en clave de espíritu. Recién ungido, el espíritu del Señor «irrumpe» sobre él y lo hace profetizar (10,6.10; ver nota a 10,6); luego lo lanza a salvar Jabes (11,6). Cuando David es ungido, el espíritu del Señor se aparta de Saúl y un «espíritu maligno» lo atormenta (16,13-14; ver nota a 16,14). En 18,10 ese espíritu lo hace «profetizar» en su casa, con el verbo del don de los profetas, que Torres Amat traduce «hablando como un frenético». En este capítulo los dos espíritus se cruzan: el malo empuja la lanza (19,9-10), y en Nayot el espíritu de Dios desarma a los soldados y derriba al rey a los pies de Samuel (19,20-24).

¿Cómo puede venir del Señor un espíritu malo? El Antiguo Testamento refiere todo a Dios, causa primera de cuanto sucede: «yo hago la paz y creo la desgracia», dice el Señor por Isaías (Is 45,7), y Amós pregunta: «¿sucede una desgracia en la ciudad sin que el Señor la haya causado?» (Am 3,6). Dios envía un espíritu malo entre Abimelec y los de Siquén (Jue 9,23), y en la visión de Miqueas, hijo de Yimlá, un espíritu se ofrece para ser «espíritu de mentira» en boca de los profetas de Ajab (1 Re 22,19-23). Con el tiempo la revelación afina el lenguaje: el censo que en 2 Sam 24,1 «incita» el Señor, en 1 Cr 21,1 lo provoca Satán.

San Agustín trató la cuestión en uno de sus primeros escritos como obispo, la respuesta a las preguntas de Simpliciano, el sacerdote milanés que lo había acompañado en su conversión. El espíritu de profecía, dice, puede darse por un momento incluso a un hombre réprobo, como habló la burra de Balaán o profetizó

Caifás sin saberlo; y el espíritu malo se llama «del Señor» porque, por un juicio oculto de Dios, atormentaba a Saúl. Dios se sirve incluso de los espíritus malos como ministros, para castigar a los malos o probar a los buenos: la mala voluntad no viene de él, pero el poder de dañar sí está bajo su dominio, como dijo Jesús a Pilato (Jn 19,11; A *Simpliciano* II,1,1-4). El Catecismo enseña lo mismo: Dios no es «de ninguna manera, ni directa ni indirectamente, la causa del mal moral», pero lo permite y sabe sacar de él el bien (n. 311); y que permita la actividad del diablo «es un gran misterio» (n. 395). Torres Amat la lleva a su traducción: «por permisión del Señor» (16,14), «permitiéndolo el Señor» (19,9).

¿Era Saúl un enfermo? Algunos lectores modernos han pensado en una depresión o en la epilepsia, pero el texto no da diagnósticos, y conviene no forzarlo. Sí describe el camino interior del rey: la ira y la sospecha empiezan cuando oye el canto de las mujeres, «y desde entonces en adelante ya no miraba con buenos ojos a David» (18,8-9). Torres Amat, en su nota a 16,14, une los dos planos con sensatez: el espíritu maligno se servía del humor melancólico de Saúl, y su conciencia culpable agravaba el mal. En la Biblia, la acción del mal no borra la responsabilidad: Saúl es a la vez víctima y culpable de sus celos.

Los profetas de Nayot representan una forma antigua de profecía, colectiva y extática, acompañada de música (ver nota a 10,5). Hubo fenómenos parecidos entre los vecinos de Israel: las cartas de Mari, en el Éufrates (siglo XVIII a. C.), hablan de profetas, algunos extáticos, que comunicaban oráculos al rey, y la Biblia describe el frenesí de los profetas de Baal (1 Re 18,28-29). Pero en Israel la profecía no se mide por el trance, sino por la palabra de

Dios y por la vida. En el primer episodio, Dios «le mudó el corazón» a Saúl (10,9); en Nayot, el espíritu lo detiene y lo humilla, pero no lo cambia. San Agustín lo compara con Pedro, que confiesa a Cristo por revelación del Padre y poco después oye: «¡Apártate de mí, Satanás!» (Mt 16,17.23).

Se pueden recibir dones extraordinarios y seguir lejos de Dios: «aunque tuviera el don de profecía... si no tengo amor, no soy nada» (1 Cor 13,2; cf. Mt 7,22-23). San Agustín saca la misma conclusión: hay dones del Espíritu Santo que pueden tenerse sin la caridad, pero sin ella no sirven de nada. El Espíritu que transforma no se impone a la fuerza, como en Nayot: se recibe en un corazón que se deja cambiar, y se conoce por sus frutos (Gál 5,22-23).

PAUSA

1. Jonatás defendió a su amigo ante el rey, arriesgando su propia posición. ¿Ante quién te cuesta defender a alguien que está siendo tratado injustamente?
2. Saúl estuvo cerca de lo sagrado sin que su corazón cambiara. ¿Hay prácticas religiosas en tu vida que no están transformando tu manera de vivir?
3. David buscó refugio junto a Samuel. ¿A quién acudes tú cuando te sientes perseguido o agobiado?

Para orar. *Señor, que tu Espíritu no me toque solo de paso, sino que cambie de verdad mi corazón.*

20

La alianza de David y Jonatás

Es el capítulo de la amistad. David, huido de Nayot, busca a Jonatás, que todavía no cree que su padre quiera matarlo. El relato tiene tres tiempos: el pacto en el campo, con juramentos y una señal convenida (vv. 1-23); el banquete de la luna nueva, donde el asiento vacío de David desata la furia de Saúl contra su propio hijo (vv. 24-34); y la escena de las saetas, con la despedida de los dos amigos (vv. 35-42). Jonatás descubre que ser fiel a su amigo significa renunciar al trono, y lo acepta.

Un pacto en el campo

1 Entretanto huyó David de Nayot, que está cerca de Rámata, y viniendo a verse con Jonatás, prorrumpió en estas
palabras: ¿Qué he hecho yo? ¿En qué he pecado [1], y cuál
es mi delito contra tu padre, que anda así buscándome
para matarme? 2 Le respondió Jonatás: No temas, no mo-
rirás; porque no hará mi padre cosa chica ni grande, sin
comunicármela primero [2]. Cómo, ¿esta sola resolución
me habría acaso ocultado mi padre? No, de ninguna ma-
nera. 3 E hizo sobre ello nuevo juramento a David, asegu-
rándole su amistad. Mas David replicó: Tu padre sabe muy
bien que yo he hallado gracia en tus ojos, y habrá dicho:
No conviene que sepa esto Jonatás, a fin de que no reciba

pesar. Porque yo te juro por el Señor y por tu vida que está tan resuelto tu padre a matarme, que sólo hay un punto, por decirlo así, desde mí a la muerte [3].

[4] Respondió Jonatás a David: Haré por ti todo cuanto me insinuares. [5] Le dijo David: Mira, mañana son las calendas [4], en que yo, según costumbre, suelo sentarme a la mesa con el rey; ahora, pues, permíteme que vaya a esconderme en el campo hasta la tarde del día tercero. [6] Si tu padre preguntare por mí, le responderás: David me pidió licencia para ir prontamente a Betlehem, su patria; por cuanto todos los de su tribu o familia celebran allí un sacrificio solemne [5]. [7] Si dijere: Bien está; no tendré que temer; pero si se enojare, ten por cierto que su mala voluntad hacia mí ha llegado al colmo. [8] Haz, pues, esta merced a tu siervo, ya que quisiste que yo, a pesar de ser tu criado, hiciese contigo y te jurase la más estrecha alianza [6]. Y si adviertes en mí alguna culpa o delito, dame tú mismo la muerte, y no me hagas comparecer delante de tu padre. [9] A lo que respondió Jonatás: Libre estás de que te suceda esto; porque no es posible que yo conozca de cierto que el odio de mi padre contra ti ha llegado a lo sumo, sin que yo te lo avise. [10] Replicó David a Jonatás: Y si tu padre por desgracia te diere una respuesta áspera al hablarle de mí, ¿por quién lo sabré?

[11] Le respondió Jonatás: Ven y salgamos al campo. Habiendo salido ambos al campo, [12] le dijo Jonatás a David: Señor Dios de Israel, si yo mañana u otro día averiguare el designio de mi padre, y resultare algo de bueno a favor de David, y no enviare luego a decírselo, y hacérselo saber, [13] no hagáis, oh Señor, bien a Jonatás, sino mucho mal [7]. Pero si continuare la mala voluntad de mi padre contra ti, te lo avisaré también, y te daré licencia a fin de que te vayas en paz, y el Señor sea contigo, como estuvo con mi padre [8]. [14] Y tú, si yo viviere, me tratarás con toda la bondad posible; mas si yo muriere, [15] tendrás siempre compasión y tratarás con bondad a mi familia [9], cuando el Señor desarraigare uno por uno de la faz de la tierra a todos los enemigos de David. De otra manera, arrebate también el Señor a Jonatás de su casa, y tome Dios venganza de los enemigos de David. [16] De esta suerte hizo Jonatás alianza con la casa de David; y el Señor tomó en efecto venganza de los enemigos de David [10]. [17] Jonatás repitió a David sus juramentos por lo mucho que le quería; pues lo amaba como a su misma alma [11].

[18] Le dijo más: Mañana son las calendas, y serás echado de menos; [19] porque se verá tu asiento vacío aun al día siguiente. Por tanto marcharás luego de aquí, y te dirigirás el primer día después de la fiesta al sitio en que debes esconderte, y te sentarás junto a la peña llamada Ezel [12].

20 Cerca de ella dispararé yo tres saetas [13], como que me
ejercito en tirar al blanco. 21 Enviaré también un mucha-
cho tras ellas, diciéndole: Anda y tráeme las saetas. 22 Si yo
dijere al muchacho: Mira que las saetas están más acá de
ti, cógelas; tú entonces ven a mí, pues es señal de que estás
seguro, y vive el Señor que no hay que temer. Mas si dijere
yo al criado: Mira, las saetas están más allá de ti, vete en
paz, pues el Señor quiere que te retires. 23 En cuanto a lo
que tú y yo hemos tratado, sea el Señor para siempre testi-
go entre los dos [14].

El banquete de la luna nueva

24 Con esto David fue a esconderse en el campo; y llegaron
las calendas, y se sentó el rey a comer. 25 Y estando el rey
sentado en su silla, que estaba junto a la pared, según cos-
tumbre, se levantó Jonatás, y se sentó Abner a un lado de
Saúl [15] y se echó de ver vacío el puesto de David. 26 No dijo
Saúl nada aquel día; porque pensó que tal vez le había su-
cedido a David el no hallarse limpio ni purificado [16].

27 Venido el segundo día de la fiesta, se vio también desocu-
pado el asiento de David. Entonces dijo Saúl a su hijo Jona-
tás: ¿Por qué no ha venido a comer ni ayer ni hoy el hijo de
Isaí? 28 Y respondió Jonatás: Me rogó con mucha instancia
que le dejara ir a Betlehem, 29 diciéndome: Dame licencia;
por cuanto se celebra un sacrificio solemne en nuestra ciu-
dad, y me ha convidado, con muchas instancias, uno de

mis hermanos; si he hallado, pues, gracia en tus ojos, permíteme dar una vuelta por allí, y ver a mis hermanos. Por ese motivo no ha venido a la mesa del rey.

30 Saúl, indignado contra Jonatás, le dijo: ¡Hijo de prostituta, hijo desamorado y perverso! [17], ¿piensas que yo ignoro el amor que tienes al hijo de Isaí, para confusión tuya e ignominia de tu envilecida madre? 31 Sábete que mientras viva el hijo de Isaí sobre la tierra, ni tú estarás seguro, ni lo estará tu derecho al reino [18]. Así, pues, envía ahora mismo por él, y tráemelo acá; porque morirá. 32 Mas Jonatás respondió a su padre Saúl diciendo: Pero ¿por qué morirá? ¿qué es lo que ha hecho? 33 Y al oír Saúl esto, agarró la lanza para atravesarle [19]. Entonces conoció Jonatás que su padre tenía resuelto matar a David. 34 Y se levantó Jonatás de la mesa lleno de indignación y de furor, y no comió bocado aquel día segundo de las calendas, apesadumbrado por causa de David, y por la afrenta recibida de su padre [20].

Las saetas y el adiós

35 Y al rayar el día siguiente fue Jonatás al campo, conforme a lo acordado con David, llevándose consigo un muchacho; 36 al cual dijo: Anda y tráeme las saetas que iré tirando. Estando corriendo el muchacho, disparó otra saeta más lejos. 37 Llegado el muchacho al lugar de la primera saeta que había tirado Jonatás, dio éste voces y le gritó:

Mira, allá más adelante de ti está la saeta. 38 Le gritó otra
vez Jonatás al muchacho, diciéndole: Date prisa, no te de-
tengas. En fin, el muchacho recogió las saetas y se las trajo
a su amo, 39 sin entender el motivo de lo que se hacía, por-
que solamente Jonatás y David lo sabían. 40 Dio después
Jonatás sus armas al muchacho, diciéndole: Anda y lléva-
las a la ciudad.

41 Y así que éste hubo marchado, salió David del sitio en
que estaba, que miraba al mediodía, e hizo por tres veces
una profunda reverencia [21] a Jonatás, postrándose hasta
el suelo; y besándose el uno al otro, lloraron juntos; pero
David mucho más. 42 En conclusión Jonatás le dijo a Da-
vid: Vete en paz; todo aquello que los dos hemos jurado en
el nombre del Señor, diciendo: El Señor sea testigo entre
mí y entre ti, entre mi descendencia y la tuya para
siempre... [22] Y se levantó David y se fue; mas Jonatás vol-
vió a la ciudad [23].

¿Sabías que?

En tiempos del segundo templo, la luna nueva no se calculaba: se proclamaba. Según la Misná, unos testigos que habían visto la primera franja de luna declaraban ante el tribunal de Jerusalén, y este santificaba el mes. Para avisar a los judíos del destierro se encendían antorchas en las cumbres, del monte de los Olivos a Sartaba, y de allí a otros montes, agitándolas hasta ver la respuesta en el monte siguiente. Cuando los samaritanos empezaron a encender antorchas en días equivocados para confundirlos, se sustituyeron por mensajeros (*Rosh Hashaná* 1–2).

La numeración de los capítulos 20 a 24

Esta edición	Vulgata y edición de 1824	Biblias que siguen el hebreo, y Leccionario
20,1-41	20,1-41	20,1-41
20,42	20,42-43 (la última frase es el v. 43)	20,42 y 21,1
21,1-15	21,1-15	21,2-16
22,1-23	22,1-23	22,1-23
23,1-28	23,1-28	23,1-28
23,29	24,1	24,1
24,1-22	24,2-23	24,2-23

La transcripción digital de Torres Amat había metido el texto de la Vulgata en los capítulos de las Biblias inglesas y había corrido un número los versículos 20,43 – 23,23; además, al saltar de un «desierto de Maón» a otro, había perdido el final de 23,24 y el principio de 23,25, que se han recuperado de la edición de 1824. Como no se pueden añadir números, el resultado coincide con la numeración de las Biblias inglesas. Por eso las lecturas del Leccionario en el capítulo 24 van aquí un número por detrás: 24,3-21 es aquí 24,2-20.

PARA PROFUNDIZAR

David y Jonatás: una amistad sellada ante el Señor

La Biblia cuenta muchas historias de hermanos, de esposos, de padres e hijos; de amigos, muy pocas. La Pontificia Comisión Bíblica observa que, fuera de la de Jonatás y David, la tradición bíblica no nos ha dejado relatos de amistad (*¿Qué es el hombre?*, 2019, n. 254). La suya empieza después de la victoria sobre Goliat: «el alma de Jonatás se unió estrechamente con el alma de David;

y le amó Jonatás como a su propia vida», y le dio su túnica, su espada, su arco y su cinturón (18,1-4; ver nota a 18,1). Con ese gesto, dice el mismo documento, el hijo del rey descartaba toda rivalidad y cedía a su amigo el camino del trono.

Es una amistad de alianza. La palabra berit vuelve en cada encuentro decisivo (18,3; 20,8; 23,18), y David la llama «alianza del Señor» (20,8), es decir, un pacto jurado ante Dios, que es su testigo para siempre (20,23.42). Su contenido es la jésed, la lealtad que se deben los aliados, que Torres Amat traduce por «merced», «bondad» y «compasión» (20,8.14-15). A Jonatás esa lealtad le cuesta caro: intercede por David ante su padre (19,4-6), soporta los insultos de Saúl y esquiva su lanza (20,30-33), y renuncia a la corona: «tú serás rey de Israel y yo seré el segundo» (23,17). David guardará su palabra cuando su amigo ya no viva, sentando a su mesa a Mifiboset, el hijo cojo de Jonatás (2 Sam 9).

La tradición la ha propuesto como modelo. La Misná distingue el amor que depende de algo, que se acaba cuando ese algo se acaba, como el de Amnón por Tamar, del que no depende de nada y nunca se acaba, «como el amor de David y Jonatás» (*Pirké Abot* 5,16). San Ambrosio la cita para mostrar que la amistad va unida a la virtud: Jonatás no rehuyó por ella ni el enojo de su padre ni el peligro de su vida (*Sobre los deberes* III,21,124). Y el abad cisterciense Elredo de Rievaulx, en el siglo XII, la llamó «espléndido espejo de la verdadera amistad». Cicerón había dudado de que existiera alguien capaz de anteponer la honra del amigo a la propia; Elredo responde que existió, Jonatás, y repite como un estri-

billo su frase del desierto: «tú reinarás y yo seré el segundo» (*La amistad espiritual* III,92-96).

El Nuevo Testamento lleva esta amistad a su fuente. Jesús llama amigos a sus discípulos y les da la medida: «nadie tiene amor más grande que el que da la vida por sus amigos» (Jn 15,13-15). Elredo abre su diálogo con una frase que vale para toda amistad cristiana: «Aquí estamos tú y yo, y espero que Cristo sea el tercero entre nosotros» (I,1). El «Señor sea testigo entre mí y entre ti» de Jonatás (20,42) apuntaba ya en esa dirección. El Catecismo enseña que la amistad, «desarrollada entre personas del mismo sexo o de sexos distintos, representa un gran bien para todos» y «conduce a la comunión espiritual» (n. 2347).

Algunos lectores modernos han querido ver en esta relación un amor erótico. La mayoría de los comentaristas no lo encuentra en el texto. El lenguaje del amor y de las almas «unidas» pertenece también al vocabulario de la alianza y de la lealtad política: en los tratados del antiguo Oriente, como mostró un estudio clásico de W. L. Moran (1963), «amar» al soberano significaba serle fiel, y el mismo libro dice que «todo Israel y Judá amaban a David» (18,16). La Comisión Bíblica reconoce en el verbo «amar» un matiz afectivo, pero lo lee, en el contexto político de la sucesión, como una alianza (n. 254), y advierte que esta amistad no puede tomarse como indicio de un reconocimiento de la homosexualidad en la sociedad israelita (n. 188). El lamento de David por Jonatás (2 Sam 1,26) pertenece al segundo libro de Samuel.

Quizá la mejor definición de esta amistad está en las últimas líneas del capítulo: dos hombres que lloran juntos porque tienen

que separarse, y que se despiden en el nombre del Señor. Jonatás no gana nada con ella; al contrario, lo pierde todo menos a su amigo. Por eso es una de las imágenes más limpias del amor gratuito en el Antiguo Testamento.

PAUSA

1. Jonatás amó a David sin esperar nada a cambio, aun a costa de un reino. ¿Qué amistad de tu vida es un regalo de Dios, y cómo la cuidas?
2. «El Señor sea testigo entre los dos». ¿Tiene Dios un lugar en tus amistades y en tus compromisos?
3. A veces el amor exige una despedida. ¿Qué separación te ha costado, y cómo la viviste ante Dios?

Para orar. *Señor, dame amigos fieles y hazme a mí un amigo fiel, que busque el bien del otro antes que el mío.*

21

El pan de Nobe y la locura de Get

David está solo, con hambre y sin armas. En Nobe, la ciudad de los sacerdotes, engaña al sacerdote Aquimelec y recibe de él el pan santo y la espada de Goliat (vv. 1-9), mientras un servidor de Saúl, Doeg, lo observa todo. Después huye a Get, la patria de Goliat, y para salvarse ante el rey Aquis se finge loco (vv. 10-15). Es un capítulo breve y lleno de consecuencias: Jesús recordará este pan para defender a sus discípulos hambrientos, y la presencia de Doeg anuncia la tragedia del capítulo siguiente.

David en Nobe

1 Partió después David a Nobe [1] a encontrar al sumo sacerdote Aquimelec [2]. El cual quedó sorprendido de ver llegar
a David, y le dijo: ¿Cómo es que vienes solo, sin que nadie
te acompañe? 2 Le respondió David: El rey me ha encargado una comisión [3], diciendo: Nadie sepa el negocio a que
te envío, ni las órdenes que te he dado. Por cuyo motivo
aun a mis gentes les he mandado que me esperen en tal y
tal lugar. 3 Ahora, pues, si tienes a mano aunque no sea
más que cinco panes, dámelos, o cualquier cosa que hallares, pues tenemos gran necesidad [4].

4 A lo que respondió el sacerdote, diciéndole: No tengo a
mano panes de legos o comunes [5], sino solamente el pan
santo. Con todo, te lo daré, si es que tus criados están lim-
pios, sobre todo en cuanto a mujeres [6]. 5 Respondió David
al sumo sacerdote, diciéndole: Por lo que toca a mujeres,
nos hemos contenido desde ayer, y antes de ayer, después
que partimos; y los cuerpos de mi gente se han conservado
puros. A la verdad el camino profano es [7], pero aún se pu-
rificará mi gente lavando sus cuerpos y vestidos. 6 Le dio,
pues, el sumo sacerdote el pan santificado, por no haber
allí otro pan que los de la proposición [8], que se habían
quitado de la presencia del Señor para poner otros calien-
tes.

7 Se hallaba aquel día allí dentro del Tabernáculo del Señor
uno de los criados de Saúl, llamado Doeg, idumeo, el más
poderoso de los pastores de Saúl [9]. 8 Dijo todavía David a
Aquimelec: ¿Tienes aquí a mano alguna lanza o espada?
pues no he traído conmigo mi espada ni mis armas; por-
que urgía la orden del rey. 9 Le dijo el sumo sacerdote:
Aquí tienes la espada del filisteo Goliat a quien tú mataste
en el valle del Terebinto; envuelta está en su paño detrás
del efod [10]; si quieres llevarla, tómala, pues aquí no hay
sino ésta. Le dijo David: No hay otra comparable a ella; dá-
mela.

David en Get

10 Con esto se puso David en camino, huyendo por temor
de Saúl, y se fue a Aquis, rey de Get [11]. 11 Mas los cortesa-
nos de Aquis, luego que vieron a David, dijeron al rey: ¿No
es éste aquel David, respetado como rey en su país [12]? ¿No
es éste aquel en cuya alabanza cantaban en medio de sus
danzas: Mató Saúl a mil y David mató a diez mil? 12 Paró
David la consideración en esto que decían de él [13], y conci-
bió grandísimo temor de Aquis, rey de Get.

13 Y así comenzó a demudar su semblante delante de ellos,
y se dejaba caer entre los brazos de la gente [14], dando de
cabezadas contra las puertas, y haciendo correr la saliva
por su barba. 14 Dijo, pues, Aquis a sus criados: ¿Habéis
visto un tal mentecato? ¿Por qué me lo habéis traído aquí?
15 ¿Nos faltan acaso dementes [15], que habéis traído tam-
bién a éste para que hiciese locuras en mi presencia? ¿Un
hombre semejante hallará entrada en mi casa? [16]

¿Sabías que?

El Salmo 34 (33 en Torres Amat), cuyo título lo sitúa «cuando David se fingió loco» ante el rey de Get (ver el cuadro del capítulo 22), es un acróstico: sus versículos siguen el orden del alfabeto hebreo. Su verso «gustad y ved qué bueno es el Señor» (Sal 34,9) se cantaba en Jerusalén durante la comunión ya en el siglo IV: san Cirilo de Jerusalén lo explicaba a los recién bautizados y les pedía que no se fiaran del paladar, sino de la fe (*Catequesis mistagógica* 5,20). San Pedro ya lo había aplicado a Cristo (1 Pe 2,3).

David, los panes y Jesús

1 Samuel 21	Los evangelios
«Tenemos gran necesidad» (21,3)	David «tuvo hambre, él y los que estaban con él» (Mt 12,3; Mc 2,25)
El sacerdote es Aquimelec (21,1)	«En tiempo del sumo sacerdote Abiatar» (Mc 2,26)
Solo hay «pan santo», el de la proposición (21,4.6; Lv 24,5-9)	Panes que «solo a los sacerdotes» era lícito comer (Mt 12,4; Lc 6,4)
Si los hombres están puros «en cuanto a mujeres» (21,4-5)	—
Pan también para «sus gentes» (21,2-5)	«Y dio también a los que estaban con él» (Mc 2,26)
—	Los sacerdotes trabajan en sábado en el templo; «aquí hay algo mayor que el templo» (Mt 12,5-6)
—	«Misericordia quiero y no sacrificio» (Mt 12,7; Os 6,6)
—	«El sábado se hizo para el hombre» (Mc 2,27-28)
Doeg lo ve todo (21,7; 22,18-19)	—

Jesús responde a los fariseos, que criticaban a sus discípulos por arrancar espigas en sábado. El Talmud concluye que David pudo comer el pan santo porque el hambre ponía en peligro su vida (*Menajot* 95b-96a). La misa del martes de la 2.ª semana del tiempo ordinario, año par, une 1 Sam 16,1-13 con Mc 2,23-28.

PARA PROFUNDIZAR

«¿No *habéis leído lo que hizo David*?»: los *panes de la proposición*

David llega a Nobe solo, con hambre y sin armas, y empieza mintiendo: dice que cumple una misión secreta del rey (21,2; ver nota a 21,2). Pide cinco panes, y el sacerdote Aquimelec solo tiene «pan santo»: los doce panes de la proposición, que se ponían cada sábado sobre la mesa del santuario y que la Ley reservaba a los sacerdotes (Lv 24,5-9; ver nota a 21,6). Aquimelec no se escandaliza ni se niega. Pone una sola condición, que los hombres estén ritualmente puros, y entrega el pan. Entre la norma sagrada y la necesidad de unos hombres hambrientos, elige a los hombres.

El judaísmo antiguo discutió este paso. El Talmud dedica una larga discusión a las palabras de David y concluye que se le dio el pan porque estaba en peligro de muerte por el hambre, y en ese caso un laico puede comer de lo consagrado (*Menajot* 95b-96a); una de las opiniones supone, además, que era sábado, el día en que se renovaban los panes (Lv 24,8). Detrás está una convicción muy arraigada en la tradición rabínica: la vida humana pasa por delante de casi todos los preceptos.

Jesús usó este episodio cuando los fariseos criticaron a sus discípulos por arrancar espigas en sábado: «¿No habéis leído lo que hizo David cuando tuvo hambre, él y los que estaban con él?» (Mt 12,1-8; Mc 2,23-28; Lc 6,1-5; ver el cuadro de este capítulo). El argumento va de lo menor a lo mayor: si David pudo comer el pan reservado a los sacerdotes, ¿no podrá el Hijo del hombre dejar que sus discípulos sacien el hambre en sábado? Mateo añade que

los sacerdotes trabajan en sábado en el templo sin pecar, que «aquí hay algo mayor que el templo» y que Dios dijo por Oseas: «misericordia quiero y no sacrificio» (Mt 12,5-7; Os 6,6). Marcos conserva la frase decisiva: «el sábado se hizo para el hombre, y no el hombre para el sábado» (Mc 2,27), en la que el Catecismo ve la interpretación auténtica de esta ley, dada por Jesús con autoridad (n. 2173). La liturgia lee este evangelio el martes de la 2.ª semana del tiempo ordinario, año par, junto a la unción de David (1 Sam 16,1-13).

Marcos dice que el hecho ocurrió «en tiempo del sumo sacerdote Abiatar» (Mc 2,26), aunque aquí el sacerdote es Aquimelec, padre de Abiatar (22,20). Se han propuesto varias explicaciones. Torres Amat sugiere en nota que Aquimelec se llamaba también Abiatar, o que intervino su hijo; es cierto que en otros lugares los dos nombres aparecen intercambiados (2 Sam 8,17; 1 Cr 18,16; 24,6). Otros piensan que se nombra al sacerdote más conocido de la época de David, o que la expresión griega significa «en el pasaje de Abiatar», como en Mc 12,26 se dice «en el pasaje de la zarza». Mateo y Lucas omiten el nombre. Ninguna explicación se impone, y la enseñanza no depende de ella.

El relato tiene también su sombra. Doeg está presente (21,7), y la generosidad del sacerdote costará la vida a ochenta y cinco sacerdotes y a toda la ciudad de Nobe (22,18-19). La mentira de David, que quería proteger a Aquimelec o protegerse a sí mismo, lo dejó indefenso, y David lo reconocerá (22,22).

De Nobe, David huye a Get y se finge loco (21,10-15). Los Setenta leyeron en 21,13 que David «era llevado en sus propias manos», y

las antiguas versiones latinas tradujeron *ferebatur in manibus suis*. San Agustín se preguntó cómo puede un hombre ser llevado en sus propias manos, y encontró la respuesta en Cristo, que se llevó a sí mismo en sus manos cuando, al entregar su cuerpo en la última cena, dijo: «Esto es mi cuerpo» (*Comentario al Salmo* 33, sermón 1). Así, el pan santo de Nobe y las manos de Get se leyeron en la Iglesia como figuras de la Eucaristía, el pan de Dios dado a los hambrientos.

PAUSA

1. David pidió pan en su necesidad, y Jesús defendió a los que tenían hambre. ¿Hay normas o costumbres que pones por encima de las personas?
2. La mentira de David tuvo consecuencias que él no había previsto. ¿Qué «pequeñas» mentiras te parecen inofensivas?
3. En Get, David tuvo que humillarse para salvar la vida. ¿Cuándo has tenido que humillarte, y qué aprendiste?

Para orar. *Señor Jesús, pan santo dado a los hambrientos, sacia mi hambre y hazme generoso con los que tienen hambre.*

22

La cueva de Odollam y la matanza de Nobe

David deja de ser un fugitivo solitario: en la cueva de Odollam se le unen su familia y cuatrocientos hombres en apuros; pone a salvo a sus padres en Moab y, por consejo del profeta Gad, vuelve a Judá (vv. 1-5). Mientras tanto, Saúl, rodeado de los hombres de su tribu, se queja de que todos conspiran contra él, y Doeg denuncia al sacerdote Aquimelec (vv. 6-10). El final es una de las páginas más negras del libro: el rey hace matar a ochenta y cinco sacerdotes y pasa a cuchillo la ciudad de Nobe; solo escapa Abiatar (vv. 11-23).

La cueva de Odollam

1 Con esto salió de allí David, y se refugió en la cueva de
Odollam [1]; lo que habiendo sabido sus hermanos y toda la
familia de su padre [2], bajaron allí a encontrarlo. 2 Se acer-
caron también todos aquellos que se hallaban angustiados
y oprimidos de deudas, y en amargura de corazón [3]; de los
cuales se hizo caudillo, y juntó como unos cuatrocientos
hombres bajo su mando.

3 Partió de aquí David para Masfa, que es del país de
Moab [4], y dijo al rey de Moab: Te ruego permitas que mi
padre y mi madre se queden con vosotros, hasta tanto que

yo sepa lo que Dios dispone de mí [5]. [4] Y los dejó encomendados al rey de Moab; con quien estuvieron todo el tiempo que David permaneció en aquella fortaleza de Masfa [6].

[5] Pero el profeta Gad [7] dijo a David: No te estés más en esa fortaleza; marcha y vete a tierra de Judá. Partió, pues, David, y vino al bosque de Haret.

La denuncia de Doeg

[6] Y supo Saúl que David y la gente que tenía, se habían dejado ver. Estando, pues, Saúl en Gabaa, y hallándose un día en un bosque cerca de Ramá [8], teniendo en su mano la lanza, y rodeado de todos sus criados, [7] dijo a los que se hallaban con él: Oídme ahora, hijos de Benjamín, vosotros que sois de mi tribu: ¿El hijo de Isaí os dará acaso a todos vosotros campos y viñas [9], y os hará a todos tribunos y centuriones, [8] para que os hayáis todos conjurado contra mí, sin haber una persona que me informe de lo que hace David; sobre todo después que aun el hijo mío se ha coligado con el hijo de Isaí [10]? No hay uno siquiera de vosotros que se duela de mi suerte, ni que me dé un consejo; viendo que mi hijo ha sublevado contra mí a un criado mío, que no cesa hasta hoy día de armarme asechanzas.

[9] Doeg, idumeo, que se hallaba presente [11], y era el más acreditado entre los criados de Saúl, respondiendo dijo: Yo vi al hijo de Isaí en Nobe, en casa del sumo sacerdote Aqui-

melec, hijo de Aquitob. [10] El cual consultó al Señor por él [12]; y le dio víveres, y lo que es más, la espada de Goliat el filisteo.

La matanza de los sacerdotes

[11] Envió luego el rey a llamar al sumo sacerdote Aquimelec, hijo de Aquitob, y a todos los sacerdotes de la casa de su padre, que se hallaban en Nobe; los cuales vinieron todos a presentarse al rey. [12] Dijo entonces Saúl a Aquimelec: Oye, hijo de Aquitob. El cual respondió: ¿Qué es lo que mandas, señor? [13] Le dijo Saúl: ¿Por qué os habéis conjurado contra mí, tú y el hijo de Isaí, y le diste los panes y la espada, y consultaste por él a Dios, para que siguiera sublevándose contra mí, y poniéndome asechanzas hasta el día de hoy? [14] A lo que respondió Aquimelec: ¿Y quién hay entre todos tus criados tan leal como David [13], yerno del rey, pronto a tus órdenes y respetado en toda tu casa? [15] ¿Es por ventura hoy la primera vez que yo he consultado por él a Dios? Lejos de mí otra idea; no sospeche el rey tal cosa ni de mí, su siervo, ni de toda la casa de mi padre; porque tu siervo no sabe nada de ese negocio de conjuración.

[16] Dijo el rey: Morirás sin falta, Aquimelec, tú y toda la casa de tu padre [14]. [17] Y en seguida dijo el rey a los de su guardia, que le rodeaban: Embestid y matad a los sacerdotes del Señor; porque están coligados con David y sabiendo que iba huido, no me lo denunciaron. Pero los criados del

rey no quisieron poner sus manos en los sacerdotes del Señor [15]. [18] Entonces dijo el rey a Doeg: Embiste tú, y arrójate sobre los sacerdotes. Y embistiendo Doeg, idumeo, se arrojó sobre los sacerdotes, matando en aquel día ochenta y cinco varones que vestían el efod de lino [16]. [19] Después de esto pasó a cuchillo a Nobe, ciudad de los sacerdotes, matando a hombres y mujeres, muchachos y niños de pecho [17], hasta los bueyes, los asnos y las ovejas.

[20] Con todo pudo escapar un hijo de Aquimelec, hijo de Aquitob, que se llamaba Abiatar [18], y se fue huyendo a David. [21] Y le contó cómo Saúl había hecho matar a los sacerdotes del Señor. [22] Le respondió David a Abiatar: Bien conocí yo aquel día que estando allí Doeg, idumeo, se lo contaría a Saúl; yo soy el culpado en la muerte de toda la casa de tu padre [19]. [23] Quédate conmigo, no temas [20], si alguno atentare contra mi vida, atentará también contra la tuya, y estando en mi compañía, salvándome yo, serás tú igualmente salvo.

¿Sabías que?

La Misná enumera a los que «no tienen parte en el mundo venidero»: tres reyes, Jeroboán, Ajab y Manasés, y cuatro hombres comunes, Balaán, Doeg, Ajitófel y Guejazí (*Sanedrín* 10,2). El Talmud describe a Doeg como un gran sabio en la Ley, pero dice que su Torá era «solo de labios para afuera», y recuerda que lo que Dios quiere es el corazón, con las palabras de 1 Sam 16,7 (*Sanedrín* 106b). En otro pasaje, sin embargo, imagina a Dios diciendo a los ángeles que él mismo se encargará de hacer amigos a David y a sus enemigos (*Sanedrín* 105a).

Los salmos de David perseguido

Salmo	Título	Episodio
59 (58)	«Cuando Saúl mandó vigilar la casa para matarlo»	Micol y la ventana (19,11-17)
56 (55)	«Cuando los filisteos lo apresaron en Gat»	David ante Aquis de Get (21,10-12)
34 (33)	«Cuando se fingió loco delante de Abimelec, que lo echó, y se fue»	La locura fingida (21,13-15)
52 (51)	«Cuando Doeg el edomita fue a avisar a Saúl: David ha entrado en casa de Aquimelec»	La denuncia de Doeg (22,9-10)
54 (53)	«Cuando los zifeos fueron a decir a Saúl: ¿No está David escondido entre nosotros?»	Los zifeos (23,19; 26,1)
57 (56)	«Cuando huyó de Saúl, en la cueva»	Odollam (22,1) o Engaddi (24,3)
142 (141)	«Cuando estaba en la cueva. Oración»	Las mismas cuevas
63 (62)	«Cuando estaba en el desierto de Judá»	Zif, Maón y Engaddi (23,14 – 24,1)

Los títulos se tradujeron del hebreo, donde son el v. 1 o los vv. 1-2 de cada salmo; entre paréntesis, la numeración de la Vulgata y de Torres Amat. Los títulos son de los compiladores del Salterio, probablemente posteriores a los salmos, pero muestran cómo rezó Israel estas páginas. La Vulgata tiene algunas variantes: en el Salmo 33 el rey se llama Aquimelec, y en el 62 el desierto es el de Idumea. El Salmo 18, que reaparece en 2 Sam 22, pertenece al segundo libro de Samuel.

PAUSA

1. A la cueva de David llegaron los angustiados, los endeudados y los amargados. ¿Acoges tú a los que otros apartan?
2. Los guardias de Saúl se negaron a matar a los sacerdotes. ¿Hay órdenes o presiones a las que tu conciencia te pide decir que no?
3. David dijo: «yo soy el culpado». ¿Te cuesta reconocer el daño que tus decisiones han causado a otros?

Para orar. *Señor, dame valor para obedecerte a ti antes que a los hombres, y humildad para reconocer mis culpas.*

23

Ceila, Zif y Maón

David actúa ya como el rey que Israel necesita: libra a la ciudad de Ceila de los filisteos y consulta al Señor antes de cada paso, primero sin que se diga cómo y después por medio del efod que le ha traído Abiatar (vv. 1-13). En el desierto de Zif, Jonatás lo visita por última vez y renuevan su alianza (vv. 14-18). Los zifeos lo delatan, y Saúl llega a cercarlo en el desierto de Maón, hasta que una incursión filistea lo obliga a retirarse (vv. 19-29). Una y otra vez se cumple lo que dice el v. 14: «el Señor siempre lo libertó de sus manos».

David salva a Ceila

1 Después de esto avisaron a David, diciendo: Mira que los
filisteos están sitiando a Ceila, y saquean las eras [1] o mie-
ses del país. 2 Consultó, pues, David al Señor [2], diciendo:
¿Iré, y podré yo vencer a los filisteos? Le respondió el Se-
ñor: Anda, que derrotarás a los filisteos, y librarás a Ceila.
3 Pero las gentes que tenía David consigo, le dijeron: Ya ves
que nosotros aun aquí en medio de la Judea no estamos
sin miedo; ¿cuánto más si fuéremos a Ceila contra los ba-
tallones de los filisteos? 4 Consultó nuevamente David al
Señor. El cual le respondió, diciendo: Marcha y ve a Ceila
que yo entregaré en tus manos a los filisteos. 5 Partió, pues,

David con sus gentes a Ceila; peleó contra los filisteos, y haciendo en ellos gran destrozo, se llevó sus ganados, y salvó a los habitantes de Ceila [3].

[6] Es de saber que cuando Abiatar, hijo de Aquimelec, se refugió a David en Ceila, se llevó consigo el efod del sumo sacerdote [4]. [7] Luego que tuvo Saúl aviso de la llegada de David a Ceila, dijo: Dios me lo ha puesto en las manos [5], cogido está, habiéndose metido en una ciudad que tiene puertas y cerraduras. [8] Con eso Saúl mandó a toda su tropa que saliese disimuladamente a campaña contra Ceila para cercar a David y a su gente.

[9] Y advertido David de que Saúl trazaba secretamente su ruina, dijo al sacerdote Abiatar: Ponte el efod para consultar al Señor [6]. [10] Y en seguida dijo David: Señor Dios de Israel, tu siervo ha oído decir que Saúl se prepara para venir a Ceila, y destruirla por mi causa. [11] ¿Me entregarán los ciudadanos de Ceila en manos de Saúl? [7] ¿Vendrá en efecto Saúl, como ha oído decir tu siervo? Señor Dios de Israel, manifiéstaselo a este siervo tuyo. Y respondió el Señor: Sí, vendrá. [12] Dijo todavía David: ¿Los de Ceila me entregarán a mí y a toda mi gente en manos de Saúl? Y respondió el Señor: Os entregarán [8].

[13] Por lo que dispuso David marcharse de allí con toda su gente, que eran como unos seiscientos hombres [9]; y saliendo de Ceila, andaban de una a otra parte sin asiento

fijo. Tuvo Saúl aviso de que había huido David de Ceila y se había puesto a salvo; por lo cual aparentó no querer moverse.

Jonatás en el desierto de Zif

14 Entretanto estaba David en el desierto en lugares muy fuertes, y se fijó en el monte del desierto de Zif [10], monte muy espeso. Saúl entretanto no cesaba de buscarlo; mas el Señor siempre lo libertó de sus manos. 15 Y supo David que Saúl había salido para quitarle la vida; por lo que se mantuvo en el desierto de Zif, escondido en el bosque.

16 En ese tiempo Jonatás, hijo de Saúl, se puso en camino, y fue allí a encontrarle; y le confortó recordándole las promesas de Dios [11], y diciéndole: 17 No temas; porque Saúl mi padre por más que haga no podrá cogerte. Tú serás rey de Israel y yo seré el segundo en tu reino [12], y aun mi mismo padre está persuadido de esto. 18 Renovaron entonces los dos su alianza en presencia del Señor [13]; y David se quedó en el bosque, pero Jonatás volvió a su casa.

Saúl tras David en Maón

19 Mas los zifeos fueron a encontrar a Saúl en Gabaa [14], y le dijeron: ¿No sabes que David está escondido entre nosotros en los parajes más fuertes del bosque, hacia el cerro de Haquila, que cae a mano derecha del desierto? 20 Ahora, pues, si deseas dar con él, no tienes más que venir, que co-

rre de nuestra cuenta el entregarlo en tus manos. 21 A lo
que respondió Saúl: Benditos seáis vosotros del Señor [15],
pues os habéis condolido de mi suerte. 22 Id, pues, y practi-
cad todas las diligencias posibles, informándoos mañosa-
mente hasta aseguraros bien del sitio donde tiene su asien-
to ordinario, o quien lo haya visto allí; porque él recela de
mí, y sabe que ando armándole asechanzas. 23 Registrad y
ved todos los escondrijos donde se oculta, y volved a mí,
bien averiguada la cosa, para ir con vosotros a golpe segu-
ro. Pues aunque se meta en las entrañas de la tierra, yo iré
allí con todos los batallones de Judá [16], y lo sacaré.

24 Con esto se despidieron [17], y volvieron a Zif delante de
Saúl. Estaban entonces David y su gente en el desierto de
Maón, en la llanura que está a la derecha de Jesimón.
25 Salió, pues, Saúl con su tropa en busca de David; lo que
sabiendo éste, se retiró luego a una roca dentro del desier-
to de Maón, y se quedó allí. Enterado de ello Saúl, fue en
persecución de David en el desierto de Maón.

26 Iba Saúl por un lado del monte, y David con los suyos
por el otro, y ya no tenía esperanza de poder escapar de las
manos de Saúl; pues éste con su gente tenía encerrado a
David y a los suyos, como en un círculo, para cogerlos en
medio [18]. 27 Cuando he aquí que llegó un mensajero a Saúl
diciendo: Ven a toda prisa, que los filisteos han hecho una
irrupción en el país [19]. 28 Con esta nueva, desistiendo Saúl

de perseguir a David, se volvió y marchó contra los filisteos. Por donde llamaron a aquel sitio la Peña de Separación [20]. [29] No obstante, se retiró David de allí, y fue a vivir en los lugares más fuertes de Engaddi [21].

¿Sabías que?

La consulta de Ceila es uno de los textos clásicos de la teología sobre el conocimiento que Dios tiene de los «futuribles», lo que pasaría si se dieran ciertas condiciones: Saúl bajaría y los de Ceila entregarían a David, pero nada de eso ocurrió porque David se fue. En 1588 el jesuita Luis de Molina publicó en Lisboa su *Concordia*, donde explicó la gracia y la libertad por medio de una «ciencia media» de Dios sobre esos hechos condicionados; los dominicos, con Domingo Báñez, la combatieron. Tras años de debates ante dos papas, Pablo V cerró la controversia en 1607 permitiendo a ambas escuelas defender su doctrina. Junto a este pasaje se suele citar Mt 11,21: Tiro y Sidón se habrían convertido.

PAUSA

1. David consultaba al Señor antes de cada paso. ¿Cómo buscas tú la voluntad de Dios en tus decisiones?
2. Jonatás fue al desierto a confortar a David «en Dios». ¿A quién podrías visitar hoy para sostener su fe?
3. Los de Ceila, a quienes David había salvado, lo habrían entregado. ¿Cómo reaccionas ante la ingratitud?

Para orar. *Señor, que en cada encrucijada sepa preguntarte, y que sea para mis hermanos un apoyo en la fe.*

24

David perdona a Saúl en la cueva

En las cuevas de Engaddi, el perseguidor cae en manos del perseguido. Saúl entra solo en la cueva donde se esconden David y sus hombres; ellos ven en ello la señal de Dios, pero David se limita a cortarle la orla del manto, y aun eso le pesa (vv. 1-7). Después sale tras el rey y le habla como un hijo a su padre (vv. 8-15). Saúl llora, reconoce que David es más justo y que reinará, y le pide un juramento (vv. 16-22). Es la primera de las dos veces que David perdona la vida a Saúl; la segunda se cuenta en el capítulo 26.

En la cueva de Engaddi

1 Y como Saúl volviese de haber perseguido a los filisteos [1],
le avisaron, diciendo: Mira que David está en el desierto de
Engaddi. 2 Tomando, pues, Saúl tres mil hombres escogi-
dos en todo Israel, salió en busca de David y de su gente;
yendo hasta por las rocas más escarpadas, accesibles sólo a
las cabras monteses [2]. 3 Y llegó a unas majadas de ovejas,
que encontró en el camino [3]. Había allí una cueva, donde
entró Saúl a desocupar el vientre [4]; y David estaba con los
suyos escondido en lo más profundo de ella.

4 Le dijeron, pues, a David sus criados: He aquí el día feliz
del cual te dijo el Señor [5]: Yo pondré en tus manos a tu
enemigo, para que hagas de él lo que gustares. Entonces
David se levantó, y cortó sin ser sentido la orla del manto
de Saúl [6]. 5 E inmediatamente le remordió a David su
conciencia [7] de haber cortado la orla del manto de Saúl,
6 y dijo a sus compañeros: No permita el Señor que jamás
haga yo tal cosa contra mi señor, contra el ungido del
Señor [8], de extender mi mano contra él, siendo como es el
ungido del Señor. 7 Y contuvo David con sus palabras a los
suyos [9], no permitiéndoles que se echasen sobre Saúl. Sa-
liendo, pues, éste de la cueva proseguía el camino comen-
zado;

«¿A quién persigues, oh rey de Israel?»

8 cuando se fue también David en pos de Saúl, y salido ya
fuera, dio voces a espaldas de Saúl, diciendo: Mi rey y se-
ñor. Volvió Saúl la cabeza, y postrándose David hasta el
suelo, le hizo una profunda reverencia. 9 Y dijo a Saúl:
¿Por qué das oídos a las palabras de aquellos que te
dicen [10]: David anda maquinando tu ruina? 10 Hoy ves con
tus mismos ojos que el Señor te ha puesto en mis manos
en la cueva; me asaltó o me propusieron el pensamiento
de matarte [11]; pero me he abstenido de hacerlo, porque
dije entre mí: No levantaré yo mi mano contra mi señor;
por cuanto es el ungido del Señor. 11 Observa, pues, ¡oh pa-

dre mío! [12], y reconoce si es la orla de tu clámide o manto la que tengo en mi mano, y cómo al cortar la extremidad de tu vestido no he querido extender mi mano contra ti. Considera ahora tú mismo, y persuádete de que no soy culpable en nada, ni de injusticia, ni de pecado contra ti; tú, por el contrario, andas poniendo asechanzas a mi vida para quitármela.

[12] Juzgue el Señor entre mí y entre ti [13], y hágame él justicia respecto de ti; pero yo jamás pondré la mano sobre ti.
[13] De impíos es hacer acciones impías, según dice el antiguo proverbio [14]; y así Dios me libre de extender mi mano contra ti. [14] Pero ¿a quién persigues, oh rey de Israel? ¿Quién es al que tú persigues? Persigues a un perro muerto, a una pulga [15]. [15] Sea juez el Señor, y sentencie entre mí y entre ti; examine y juzgue mi causa, y me libre de tus manos.

Las lágrimas de Saúl

[16] Luego que David acabó de hablar tales palabras a Saúl, dijo éste: ¿No es esta voz la tuya, hijo mío David? [16] Y al mismo tiempo lanzó Saúl un grito, y comenzó a llorar. [17] Y dijo a David: Más justo eres tú que yo [17]; porque tú no me has hecho sino bienes, y yo te he pagado con males. [18] Tú has mostrado hoy el bien que me has hecho; puesto que me ha entregado el Señor en tus manos, y no me has quitado la vida. [19] Porque, ¿quién es el que hallando a su enemi-

go desprevenido, le deja ir sin hacerle daño [18]? El Señor te dé la recompensa por lo que hoy has hecho conmigo.

[20] Y ahora, sabiendo de cierto, como sé, que tú reinarás y poseerás el reino de Israel [19], [21] júrame por el Señor que no extinguirás mi descendencia [20] después de mi muerte, ni borrarás mi nombre de la casa de mi padre. [22] Y se lo juró David. Con lo cual se retiró Saúl a su casa; pero David y los suyos subieron a lugares más seguros [21].

¿Sabías que?

La orla del manto podía representar a la persona. En las cartas de Mari, una ciudad del Éufrates del siglo XVIII a. C., los funcionarios que comunicaban al rey un oráculo recibido por un profeta enviaban a veces, junto con la carta, un mechón de pelo y la orla del vestido del profeta, quizá para que los adivinos del rey pudieran comprobar el mensaje. Por eso cortar la orla del manto de Saúl no era una travesura: era tocar al rey mismo, y David lo sintió en la conciencia (24,5).

PAUSA

1. David tuvo a su enemigo en las manos y no le hizo daño. ¿A quién te cuesta perdonar cuando tienes ocasión de devolver el golpe?
2. Sus hombres le dijeron que era «el día» que Dios le daba. ¿Has llamado alguna vez voluntad de Dios a lo que en realidad era tu deseo?
3. A David le remordió la conciencia por un pedazo de manto. ¿Escuchas la voz de tu conciencia en las cosas pequeñas?

Para orar. *Señor, que deje en tus manos el juicio y la venganza, y aprenda a devolver bien por mal.*

25

Abigaíl y Nabal

Entre los dos relatos en que David perdona la vida a Saúl (caps. 24 y 26), este capítulo plantea la misma pregunta desde otro ángulo: ¿se hará David justicia por su mano? Muere Samuel (v. 1), y en el desierto de Maón un rico ganadero, Nabal, responde con desprecio a la petición de David, que jura no dejar con vida a ningún varón de su casa (vv. 2-22). Lo detiene Abigaíl, la mujer de Nabal, con un regalo y un discurso lleno de sabiduría (vv. 23-35). Diez días después el Señor hiere a Nabal, y David toma a Abigaíl por esposa (vv. 36-44).

La muerte de Samuel y el desaire de Nabal

1 Habiendo muerto Samuel [1], se congregó todo Israel a celebrar con lágrimas sus exequias, y lo sepultaron en el sepulcro de su casa en Rámata [2]. David entonces pasó al desierto de Farán [3].

2 A la sazón vivía un hombre en el desierto de Maón, que tenía su hacienda en el Carmelo [4], el cual era sumamente rico, y tenía tres mil ovejas y mil cabras. Cabalmente hacía entonces esquilar sus rebaños en el Carmelo. 3 Se llamaba este hombre Nabal, y su esposa Abigaíl, mujer de gran prudencia y hermosura [5]; al contrario su marido era

duro, y muy perverso y malicioso, el cual descendía del linaje de Caleb [6]. [4] Pues como David oyese en el desierto que
Nabal estaba esquilando sus ovejas, [5] envió diez jóvenes,
diciéndoles: Subid al Carmelo, e id a casa de Nabal; saludadle de mi parte cortésmente, [6] y decidle: La paz o felicidad sea con mis hermanos [7] y contigo, y paz a tu casa, y
paz a todas cuantas cosas tienes. [7] He sabido que tus pastores que moraban con nosotros en el desierto hacen el esquileo; jamás les hemos molestado, ni nunca les ha faltado
ninguna res del rebaño durante el tiempo que han andado
con nosotros por el Carmelo. [8] Infórmate de tus criados, y
te lo dirán. Por tanto hallen ahora gracia en tus ojos estos
siervos tuyos, ya que venimos en tan alegre día [8]; y danos
a tus siervos y a David, tu hijo, lo que cómodamente pudieres.

[9] Llegados, pues, los mozos de David, dijeron a Nabal todas
estas cosas de parte de David, y aguardaron en silencio la
respuesta. [10] Pero Nabal les respondió: ¿Quién es David? [9]
¿Y quién es el hijo de Isaí para que yo le ofrezca presentes?
Cada día se ven más esclavos que andan fugitivos de sus
amos. [11] ¿Cómo tomaré yo mis panes y mi agua [10] y la carne de las reses que he hecho matar para mis esquiladores,
y daré todo a unos hombres que no sé de dónde son? [12] Con
esto volvieron los mozos de David a tomar su camino, y
habiendo llegado, le contaron todo lo que Nabal les había

respondido. 13 Entonces David les dijo a sus gentes: Tome cada cual su espada. Tomaron todos sus espadas, y David también la suya, y siguieron a David como unos cuatrocientos hombres, quedándose doscientos con el bagaje.

Abigaíl sale al encuentro de David

14 Entretanto uno de los criados de Nabal avisó a su mujer Abigaíl, diciendo: Mira que David acaba de enviar del desierto unos mensajeros para saludar a nuestro amo y él los ha desechado con desprecio. 15 Estos hombres han sido muy buenos para nosotros; no nos han inquietado, y jamás nos ha faltado nada, mientras hemos estado juntos en el desierto. 16 Antes bien nos servían como de muro tanto de día como de noche, todo el tiempo que anduvimos entre ellos apacentando los rebaños. 17 Por tanto considera y reflexiona lo que debes hacer; porque está para caer sobre tu marido y sobre tu casa una gran desgracia; ese amo nuestro es un hijo de Belial, tan violento que nadie se atreve a hablarle.

18 Cogió, pues, Abigaíl, a toda prisa, doscientos panes, y dos pellejos de vino [11], y cinco carneros cocidos, y cinco medidas de grano tostado, y cien ataditos de pasas, y doscientos panes de higos secos, y lo cargó todo sobre sus asnos. 19 Y dijo a sus criados: Id delante de mí, que yo iré siguiendo detrás de vosotros; mas no dijo nada a Nabal, su marido. 20 Habiendo, pues, montado en un asno, y bajando

a la falda del monte, encontró a David y a su gente que venían hacia ella; la cual fue luego a su encuentro. 21 Había dicho David por el camino: A la verdad que ha sido bien en vano guardar todo lo que éste tenía en el desierto, sin que se le haya perdido nada de cuanto poseía, pues me ha vuelto mal por bien. 22 Trate el Señor con toda su severidad a los enemigos de David [12], como juro yo que no dejaré de aquí a mañana cosa con vida de todo lo perteneciente a Nabal, ni un perro siquiera [13].

23 Abigaíl, así que vio a David, bajó al instante del asno, y le hizo una profunda reverencia, postrándose en tierra sobre su rostro. 24 Y se echó a sus pies, y le dijo: Recaiga sobre mí, señor mío, el castigo de la iniquidad de mi marido [14]; te ruego solamente que permitas a tu esclava el que te hable y te dignes escuchar lo que va a decirte tu sierva. 25 No hagas, te ruego, mi señor y mi rey [15], ningún caso de la injusticia de Nabal; porque es un insensato, y su mismo nombre denota su necedad [16]. Mas yo, sierva tuya, no vi a los criados que tú, señor mío, enviaste.

26 Ahora pues, mi señor, vive Dios, y vive tu alma, que el Señor es quien te ha estorbado [17], haciéndome salir a mí, el derramar sangre, y te ha detenido la mano. Que sean desde luego tan débiles como Nabal tus enemigos, y cuantos maquinan contra mi señor. 27 Mas ahora recibe, señor mío, este presente que te ofrece tu esclava, y repártelo, ¡oh

mi señor!, entre la gente que traes contigo. 28 Perdóname,
mi señor, a tu sierva ese pecado de Nabal; porque seguramente edificará el Señor para ti una casa estable [18], por
cuanto tú, dueño mío, peleas por el Señor; no se halle,
pues, culpa ninguna en ti, en todos los días de tu vida. 29 Y
si alguna vez se levantare algún hombre que te persiga y
quisiere atentar contra tu vida, será guardada el alma de
mi señor y conservada como en un ramillete de
vivientes [19] en el seno del Señor Dios tuyo; y al contrario
el alma de tus enemigos será agitada y expelida de la vida
como la piedra tirada con la honda. 30 Pues cuando el Señor te hubiere dado, ¡oh dueño mío! todos los bienes que
ha predicho en orden a ti, y te haya constituido caudillo
sobre Israel, 31 no tendrás tú, señor mío, este pesar y remordimiento de corazón [20] de haber derramado sangre
inocente, y vengándote por ti mismo; y cuando Dios te
haya colmado de bienes, te acordarás, ¡oh mi señor!, de tu
esclava.

32 Respondió David a Abigaíl: Bendito sea el Señor Dios de
Israel por haberte hoy enviado a mi encuentro, y bendito
sea el consejo que me has dado. 33 Bendita seas tú que me
has estorbado hoy en ir a derramar sangre, y a tomarme la
venganza por mi mano. 34 Que si no, juro, por el Señor
Dios de Israel, el cual me ha prohibido hacerte daño, que a
no venir tú tan presto a encontrarme, no hubiera quedado

en casa de Nabal, de hoy a mañana, cosa con vida, ni siquiera un perro. 35 En fin, recibió David de su mano todo lo que había traído, y le dijo: Vuélvete en paz a tu casa; ya ves que he hecho lo que me has pedido, y que lo he hecho por consideración a ti.

La muerte de Nabal y las bodas de David

36 Con esto volvió Abigaíl a Nabal, y lo halló celebrando en su casa un convite como banquete de rey; y el corazón de Nabal rebosaba de alegría, pues estaba atestado de vino; y así no le habló palabra chica ni grande hasta la mañana. 37 Pero al amanecer, cuando ya Nabal había digerido el vino, le contó su mujer lo que había pasado, y al oírlo se le heló el corazón y se quedó inmóvil como una piedra [21]. 38 Al cabo de diez días el Señor hirió de muerte a Nabal [22], el cual en seguida murió.

39 Y habiendo sabido David la muerte de Nabal, dijo: Bendito sea el Señor que me ha vengado de la afrenta que me hizo Nabal y que preservó a su siervo del mal que iba a hacer, y que ha hecho recaer la iniquidad de Nabal sobre su propia cabeza. Envió después David a tratar con Abigaíl sobre casarse con ella [23]. 40 En consecuencia los mensajeros de David fueron a verse con Abigaíl en el Carmelo, y la dijeron: David nos envía a ti para tomarte por esposa suya. 41 Y levantándose ella, se inclinó hasta la tierra, y dijo como si hablase con David: Tu sierva se tendría por dicho-

sa de ser empleada en lavar los pies de los criados de mi señor. 42 En seguida Abigaíl se dispuso luego, y montó en su asno, acompañándola cinco doncellas criadas suyas, y siguió a los enviados de David, con el cual se desposó.

43 Además de ella, tomó David a Aquinoam, natural de Jezrael [24], y ambas fueron esposas suyas. 44 Pero ya antes Saúl había dado su hija Micol [25], mujer de David, a Falti, hijo de Lais, que era de Gallim.

¿Sabías que?

Las palabras de Abigaíl sobre el «haz de los vivientes» (v. 29) se convirtieron en la fórmula judía de esperanza para los difuntos. Desde hace siglos, muchas lápidas judías terminan con cinco letras hebreas, abreviatura de «sea su alma atada en el haz de la vida» (tehí nishmató tserurá bi-tsror ha-jayyim). Y la oración por los difuntos El *malé rajamim*, que se reza en los entierros y en los aniversarios, pide a Dios que «ate su alma en el haz de la vida». Lo que en boca de Abigaíl era la protección de David en esta vida, la fe judía lo aplicó a la vida después de la muerte.

PARA PROFUNDIZAR

Abigaíl, la mujer que detuvo la venganza

El capítulo de Abigaíl está colocado con intención entre las dos escenas en que David perdona la vida a Saúl (caps. 24 y 26). En la cueva y en el campamento, David se niega a tocar al rey que lo persigue; aquí, en cambio, por un desaire, está a punto de exter-

minar a todos los varones de la casa de un ganadero (25,13.21-22). El narrador no idealiza a su héroe: muestra que la tentación de hacerse justicia por la propia mano era real en David, y que Dios lo detuvo por medio de una mujer.

Nabal es el necio que su nombre anuncia (25,25). En la Biblia, el necio no es el tonto, sino el que vive como si Dios no existiera (Sal 14,1) y deja vacío el estómago del hambriento (Is 32,6). Rico y avaro («mi pan, mi agua, mi carne», 25,11), despectivo con David y tan violento que sus criados no se atreven a hablarle, celebra el esquileo con «un banquete de rey» (25,36) mientras el ungido del Señor pasa hambre en el desierto. Su final es sobrio: el corazón se le vuelve de piedra, y diez días después «el Señor hirió a Nabal» (25,37-38). El texto no ofrece un diagnóstico médico; le interesa quién juzga.

Frente a él, Abigaíl, «de gran prudencia y hermosura» (25,3), actúa con rapidez. Prepara un regalo generoso, sale al encuentro de cuatrocientos hombres armados y pronuncia uno de los discursos más largos que la Biblia pone en boca de una mujer (25,24-31). Toma sobre sí la culpa, pide perdón por un pecado ajeno y atribuye a Dios lo que ella misma está haciendo: «el Señor es quien te ha estorbado» (25,26). Y habla como una profetisa: anuncia a David una «casa estable» (25,28), la dinastía que Natán le prometerá (2 Sam 7,16); le asegura que su vida está guardada junto a Dios «como en un ramillete de vivientes» (ver nota a 25,29), y le advierte que un rey que empieza con sangre inocente en las manos llevará siempre ese «remordimiento de corazón» (25,31). No es

extraño que el Talmud la cuente entre las siete profetisas de Israel, con Sara, Miriam, Débora, Ana, Julda y Ester (Meguilá 14a).

La respuesta de David es tan importante como el discurso. El hombre armado reconoce que una mujer sola lo ha salvado de sí mismo, y bendice tres veces: al Señor que la envió, su buen juicio y a ella misma (25,32-33). Cuando muere Nabal, David no celebra la venganza, sino que Dios lo haya «preservado del mal» (25,39). La lección quedará grabada en él: en el capítulo siguiente, con Saúl dormido a sus pies, dirá que solo el Señor puede herirlo (26,10). Es la enseñanza que la Ley ponía en boca de Dios, «mía es la venganza» (Dt 32,35), y que san Pablo recordará a los cristianos: «no os toméis la justicia por vuestra mano... vence al mal con el bien» (Rom 12,19-21). El Catecismo lo dice con palabras de santo Tomás: «Desear la venganza para el mal de aquel a quien es preciso castigar, es ilícito» (n. 2302).

Abigaíl pertenece a la galería de mujeres que, en momentos decisivos, cambian el rumbo de la historia con inteligencia y valentía, como Rut, Ester o Judit. Su grandeza no la vuelve orgullosa: cuando David la pide por esposa, se ofrece a lavar los pies de sus criados (25,41), el servicio que Jesús hará a sus discípulos (Jn 13,14). Compartirá después la suerte del fugitivo: vivirá con él entre los filisteos (27,3), será llevada cautiva por los amalecitas (30,5) y le dará un hijo en Hebrón (2 Sam 3,3). La Liturgia de las Horas lee su historia en el Oficio de lectura de la 12.ª semana del tiempo ordinario.

El capítulo es, en el fondo, una bienaventuranza contada: «Bienaventurados los que trabajan por la paz, porque ellos serán lla-

mados hijos de Dios» (Mt 5,9). Abigaíl pone paz entre su casa y David, y entre David y su propia conciencia. Y deja una enseñanza para todo el que tiene poder: escuchar a tiempo la voz que nos detiene es una gracia, y a menudo llega por quien menos esperábamos.

PAUSA

1. Nabal solo sabía decir «mío». ¿Qué te cuesta compartir de lo que tienes?
2. Abigaíl detuvo a David antes de que se vengara. ¿Quién ha sido para ti esa voz que te detuvo a tiempo, y supiste escucharla?
3. ¿Hay alguna ofensa que todavía quieres cobrarte por tu mano? ¿Puedes dejarla en manos de Dios?

Para orar. *Señor, guarda mi vida en el haz de los vivientes y líbrame de la venganza que nace de mi orgullo.*

26

La lanza y el jarro

Por segunda vez David tiene a Saúl en sus manos, y por segunda vez lo perdona. Los zifeos vuelven a delatarlo y Saúl baja con tres mil hombres (vv. 1-4). De noche, David y Abisai entran en el campamento, donde todos duermen con un sueño enviado por el Señor; David impide que su sobrino clave al rey en tierra y se lleva la lanza y el jarro del agua (vv. 5-12). Desde lo alto del monte se burla de Abner y habla con Saúl, que reconoce su pecado y lo bendice (vv. 13-25). Es el último encuentro entre los dos.

Los zifeos delatan a David

1 Y otra vez vinieron los zifeos a Gabaa [1], y dijeron a Saúl:
Mira que David está escondido en el cerro de Haquila, enfrente del desierto. 2 Con esto Saúl se puso en camino, y
acompañado de tres mil hombres escogidos de todo Israel,
bajó al desierto de Zif para ir en busca de David. 3 Acampó
Saúl en Gabaa o cerro de Haquila, frente por frente del desierto, sobre el camino; y estaba David en dicho desierto.
Mas oyendo que Saúl había venido allí en su seguimiento,
4 envió espías, y supo con toda certeza que realmente había venido.

De noche en el campamento de Saúl

5 Y partiendo en secreto, fue al lugar donde estaba Saúl y
observando el sitio en que dormían Saúl y Abner, hijo de
Ner, general de sus tropas [2], y que Saúl dormía en su tien-
da, y alrededor de él toda la demás gente, 6 dijo David al
heteo Aquimelec [3], y a Abisai, hijo de Sarvia, hermano de
Joab [4]: ¿Quién quiere venir conmigo al campamento de
Saúl? Respondió Abisai: Yo iré contigo. 7 Fueron, pues, Da-
vid y Abisai de noche al campamento, y hallaron a Saúl
echado y durmiendo en su tienda, y la lanza hincada en
tierra a su cabecera [5]; y Abner con la tropa, que dormían
alrededor de Saúl. 8 Dijo entonces Abisai a David: Dios ha
puesto hoy en tus manos a tu enemigo; ahora, pues, voy a
clavarlo en tierra de una sola lanzada [6], y no será menes-
ter repetir golpe.

9 Mas David dijo a Abisai: De ningún modo lo mates; por-
que, ¿quién podrá alzar, sin pecado, su mano contra el un-
gido del Señor? [7] 10 Y añadió: Vive Dios que a no ser que el
Señor lo mate [8], o llegue el día de su muerte natural, o pe-
rezca en alguna batalla, no morirá; 11 líbreme Dios de le-
vantar mi mano contra el ungido del Señor. Ahora, pues,
toma la lanza que tiene a su cabecera, y el jarro del agua [9],
y vámonos. 12 Se llevó, pues, David la lanza y el jarro del
agua que tenía Saúl junto a su cabeza y se fueron, sin que
hubiese persona que los viese, ni sintiese, o que desperta-

se; sino que todos dormían poseídos de un sueño profundo que el Señor les había enviado [10].

El diálogo desde el monte

[13] David, pues, cuando hubo pasado a la parte opuesta, se paró a lo lejos en lo alto del cerro, habiendo entre él y el campamento enemigo un gran trecho; [14] y llamó desde allí en alta voz a la gente de Saúl y a Abner hijo de Ner, diciéndole: Qué, ¿no respondes, oh Abner? [11] Y respondiendo éste, dijo: ¿Quién eres tú, que tanto gritas e incomodas al rey? [15] Le replicó David: ¿No eres tú un hombre de valor? ¿Y hay otro ninguno en Israel que te iguale? Pues, ¿cómo no has guardado al rey, tu señor, puesto que ha entrado uno de la plebe con intento de matar a tu señor el rey? [16] No es esto cumplir bien tu obligación. Vive Dios, que sois reos de muerte, vosotros que no habéis guardado a vuestro dueño, el ungido del Señor; y si no, ved ahora donde está la lanza del rey, y el jarro del agua que tenía a su cabecera.

[17] Reconoció Saúl la voz de David, y le dijo: ¿No es esta tu voz, hijo mío David? [12] Y David respondió: Mi voz es, señor y rey mío, [18] añadiendo, ¿por qué persigue mi señor a este siervo? ¿Qué le he hecho yo, o qué delito he cometido? [19] Oye, pues, ahora, te ruego, mi rey y señor, las palabras de tu siervo: Si es el Señor el que te incita contra mí, acepte el olor de este sacrificio [13]; mas si son los hombres, malditos sean en la presencia del Señor, ellos, que me han

hoy desterrado, para que no habite en la heredad del Señor; como quien dice: Anda y sirve a dioses ajenos [14].
20 Ahora, pues, no sea derramada en tierra mi sangre en
presencia del Señor. ¿Y era necesario que el rey de Israel
saliese a campaña para perseguir a una pulga, así como se
va tras de una perdiz en los montes [15]?

21 Y dijo Saúl: He pecado [16], vuelve, hijo mío David, que no
te haré mal ninguno de este día en adelante; visto que has
mirado hoy con tanto aprecio mi vida, que bien se ve cuán
neciamente he procedido, y que he sido mal informado en
muchísimas cosas. 22 A lo que respondiendo David, dijo:
Aquí está la lanza del rey [17]; pase acá uno de los criados, y
llévela. 23 Por lo demás el Señor remunerará a cada cual
conforme a su justicia y fidelidad [18]. Él te había entregado
hoy en mi poder, y no he querido levantar mi mano contra
el ungido del Señor. 24 Pues así como tu vida ha sido hoy
tan estimada en mis ojos, así lo sea también la mía en los
ojos del Señor [19], y me libre él de cualquier tribulación.
25 Por último dijo Saúl a David: Bendito seas, hijo mío Da-
vid; sin duda ejecutarás tus grandes empresas [20], y será
grande tu poder. Después David se fue por su camino, y
Saúl volvió a su casa.

¿Sabías que?

San Ambrosio, en su tratado *Sobre los deberes de los ministros*, escrito hacia el año 390, discute una famosa fábula de Platón: el pastor Giges encuentra un anillo que lo hace invisible y lo usa para cometer adulterio, matar al rey y quedarse con el reino. ¿Haría lo mismo un sabio, si nadie pudiera verlo? Ambrosio responde que no necesita fábulas, sino «ejemplos verdaderos», y cuenta esta noche: David entra en el campamento sin que nadie lo vea, podría matar al rey que lo persigue, y no lo hace (*De officiis* III,5,29-36). El justo, concluye, no esconde su persona con un anillo, sino su vida con Cristo en Dios (Col 3,3).

PARA PROFUNDIZAR

«No *extenderé mi mano contra el ungido del Señor*»: *David perdona a su enemigo*

Por segunda vez el libro cuenta cómo David tuvo a Saúl en sus manos y le perdonó la vida. Las semejanzas con la escena de la cueva de Engaddi (cap. 24) son muchas: los zifeos delatan a David (23,19; 26,1), Saúl sale con tres mil hombres escogidos (24,2; 26,2), los compañeros de David ven en la ocasión un regalo de Dios (24,4; 26,8), David se niega a levantar la mano «contra el ungido del Señor» (ver nota a 24,6), habla con Saúl a distancia, y el rey reconoce su voz, lo llama «hijo mío» y admite su culpa (24,16-17; 26,17.21). Muchos estudiosos piensan que son dos versiones de una misma tradición. El narrador conserva las dos, y la repeti-

ción tiene su fuerza: el perdón de David no fue un impulso aislado, sino una conducta.

Las diferencias, sin embargo, hacen avanzar la historia. En Engaddi, Saúl entra por casualidad en la cueva donde David se esconde; David le corta la orla del manto y enseguida le remuerde la conciencia (24,5). En el desierto de Zif, David toma la iniciativa: entra de noche en el campamento enemigo, protegido por «un sueño profundo que el Señor les había enviado» (26,12), y se lleva la lanza y el jarro del agua. Y formula con claridad su convicción: Saúl morirá cuando el Señor lo hiera, cuando le llegue su día o en una batalla (26,10). Entre los dos relatos está la historia de Nabal (cap. 25), en la que David aprendió que Dios sabe hacer justicia sin que él derrame sangre. Al final devuelve la lanza (26,22): no se quedará con el signo del poder del rey, sino que esperará a que Dios le dé el reino.

¿Por qué no mata David a su perseguidor? Porque Saúl es «el ungido del Señor». La unción no hacía santo al rey, pero lo consagraba: era Dios quien lo había elegido, y solo Dios podía retirarlo. David respeta esa elección aun cuando Dios ya ha rechazado a Saúl y lo ha ungido a él (16,13). Más tarde, el verso del salmo «no toquéis a mis ungidos» (Sal 105,15) se invocó a veces para defender la inviolabilidad de los reyes. Los Padres leyeron la escena sobre todo como una lección de mansedumbre: san Gregorio Magno, comentando la cueva de Engaddi, enseña que los súbditos no deben juzgar temerariamente a sus superiores, aunque obren mal, ni herirlos con la espada de la lengua (*Regla pastoral*

III,4), y san Ambrosio vio en esta noche el ejemplo de una virtud que no necesita testigos (ver el recuadro).

La respuesta de Saúl es conmovedora y triste: «He pecado... vuelve, hijo mío David... bien se ve cuán neciamente he procedido» (26,21). Es su tercera confesión (15,24.30), y como las anteriores no cambia nada. Su última palabra a David es una bendición (26,25); después, «David se fue por su camino, y Saúl volvió a su casa», y no volverán a verse. David paga un precio por su fidelidad: expulsado de la heredad del Señor, como si le dijeran «Anda y sirve a dioses ajenos» (26,19), tendrá que refugiarse entre los filisteos. Perdonar no le devuelve ni la seguridad ni la patria.

La Iglesia lee esta página a la luz del Evangelio. El 7.º domingo del tiempo ordinario, ciclo C, la liturgia la proclama (26,2.7-9.12-13.22-23) junto al mandato de Jesús: «Amad a vuestros enemigos, haced el bien a los que os odian... con la medida con que midáis se os medirá» (Lc 6,27-38). David había pedido a Dios esa misma medida (26,24). San Pablo lo resume: «No devolváis a nadie mal por mal... no os toméis la justicia por vuestra mano... vence al mal con el bien» (Rom 12,17-21), y el Catecismo recuerda que la oración cristiana «llega hasta el perdón de los enemigos» (n. 2844).

El perdón de David no es todavía el del Evangelio. David no odia a Saúl, pero deja su causa a Dios esperando que Dios lo juzgue (24,12; 26,10.23); no reza por él. Jesús irá más lejos: no solo no levantará la mano contra quienes lo matan, sino que rezará por ellos desde la cruz: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que

hacen» (Lc 23,34). La noche de Zif es una etapa del camino que lleva hasta esa oración.

PAUSA

1. David tuvo en sus manos la lanza de su enemigo y se la devolvió. ¿A qué ventaja sobre alguien que te ha herido podrías renunciar hoy?
2. Saúl confesó «he pecado», pero no cambió. ¿Tus confesiones te llevan a cambiar algo concreto?
3. «Con la medida con que midáis se os medirá». ¿Con qué medida juzgas a quienes te hacen daño?

Para orar. *Señor Jesús, que perdonaste a quienes te crucificaban, enséñame a no levantar mi mano contra nadie y a dejar mi causa en tus manos.*

27

David entre los filisteos

Desconfiado de las promesas de Saúl, David toma una decisión desesperada: pasarse con sus seiscientos hombres y sus familias al enemigo, Aquis, rey de Get (vv. 1-4). Recibe la ciudad de Siceleg (vv. 5-7) y desde allí hace correrías contra los pueblos del sur, sin dejar a nadie con vida para que no lo delaten, mientras hace creer a Aquis que ataca a Judá (vv. 8-12). Es una de las páginas más incómodas de la historia de David: el narrador la cuenta sin adornos, y con ella prepara el dilema del capítulo 29.

David se refugia en Get

1 Mas David dijo en su corazón [1]: Al fin algún día vendré a
caer en manos de Saúl. ¿No me vale más huir y ponerme a
salvo en tierra de los filisteos [2], para que Saúl pierda las
esperanzas y cese de andarme buscando por todo el país de
Israel? Huiré, pues, de sus dominios. 2 Y así David partió
con sus seiscientos hombres, y se fue a Aquis, rey de Get,
hijo de Maoc [3]. 3 Y habitó David en Get con Aquis, él y los
suyos, cada cual con su familia, y David con sus dos esposas Aquinoam jezraelita, y Abigaíl, viuda de Nabal del Carmelo. 4 Dieron noticia a Saúl de que David había huido a
Get; con lo que no cuidó más de buscarle.

5 David dijo a Aquis: Si he hallado gracia ante tus ojos, déseme habitación en una de las ciudades de este país para morar allí, pues ¿a qué fin residirá tu siervo en la corte del rey? [4] 6 Con esto, le dio Aquis en aquel día la ciudad de Siceleg; y por esta causa vino a ser Siceleg de los reyes de Judá [5], los cuales la poseen hasta el presente. 7 El tiempo en que vivió David en tierra de los filisteos, fue de cuatro meses [6];

Las correrías desde Siceleg

8 durante los cuales salía David con su gente a hacer correrías sobre Gesuri y Gerzi y sobre los amalecitas [7]; porque antiguamente estaban habitadas aquellas aldeas por estos pueblos desde el camino de Sur hasta la tierra de Egipto. 9 Y asolaba David todo el país, sin dejar con vida hombre ni mujer [8]; y llevándose ovejas y bueyes, y asnos, y camellos, y ropas, daba la vuelta y se presentaba a Aquis.

10 Y le decía Aquis: ¿Hacia qué lado te has dejado caer hoy? David le respondía: Hacia la parte meridional de Judá [9]; o bien hacia el mediodía de Jerameel [10]; o hacia el mediodía de Ceni. 11 No dejaba David hombre ni mujer con vida; ni conducía prisionero ninguno a Get. No sea caso, decía, que hablen contra nosotros [11]. Esta era la conducta de David [12], y éste era su proceder todo el tiempo que habitó en el país de los filisteos. 12 Por donde Aquis vino a fiarse de David, diciendo entre sí: Muchos son los daños que ha he-

cho contra su pueblo de Israel; y por lo mismo se quedará ya para siempre adicto a mi servicio [13].

¿Sabías que?

Nadie sabe con certeza dónde estaba Siceleg. El arqueólogo alemán Albrecht Alt propuso Tel Halif, al noreste de Bersabee, y durante un tiempo el kibutz vecino llevó oficialmente el nombre de Siceleg. Otros prefieren Tel Sera, en árabe Tell esh-Sharía; en 2020, Moshé y Bat-Sheva Garsiel propusieron que ese nombre árabe, que significa «la ley», recordaría la ley del botín que David dio a su regreso, junto al torrente Besor (30,21-25). En 2019, los arqueólogos Yosef Garfinkel y Saar Ganor propusieron Khirbet al-Ra'i, cerca de Kiryat Gat, donde excavaban un poblado filisteo; otros especialistas, como Aren Maeir e Israel Finkelstein, lo discuten.

David fugitivo: de Gabaa a Siceleg

Lugar	Qué pasa	Cita
Gabaa	Micol lo descuelga por una ventana	19,11-17
Rámata y Nayot	Con Samuel; Saúl, arrebatado entre los profetas	19,18-24
Nobe	Los panes santos y la espada de Goliat	21,1-9
Get	Se finge loco ante Aquis	21,10-15
Cueva de Odollam	Se le unen su familia y cuatrocientos descontentos	22,1-2
Masfa de Moab	Deja a sus padres con el rey de Moab	22,3-4
Bosque de Haret	Vuelve a Judá por consejo del profeta Gad	22,5
Ceila	Libra la ciudad de los filisteos y huye de ella	23,1-13
Desierto de Zif	Jonatás lo conforta; los zifeos lo delatan dos veces	23,14-24; 26
Desierto de Maón	Saúl lo rodea; la Peña de Separación; Nabal y Abigaíl	23,24-28; 25
Engaddi	Perdona a Saúl en la cueva	23,29 – 24,22
Get y Siceleg	Al servicio de Aquis; correrías por el sur	27
Afec	Los jefes filisteos lo despiden	29
Torrente Besor	Persigue a los amalecitas y lo recupera todo	30,9-20

Los capítulos 20 a 24 se citan con la numeración de esta edición, que coincide con la de las Biblias inglesas; en 23,29 – 24,22 difiere de la de 1824 (ver el cuadro del capítulo 20). Los años de huida dibujan un círculo por el sur de Judá, del corazón de Benjamín al desierto y a tierra filistea; el camino terminará en Hebrón, donde los hombres de Judá ungirán rey a David (2 Sam 2,1-4). Varios de estos lugares dan título a los salmos de David perseguido (ver el cuadro del capítulo 22).

PAUSA

1. David decidió «en su corazón», sin consultar a Dios, y acabó en una trampa. ¿Qué decisiones tomas por miedo, sin rezar antes?
2. Una mentira obligó a David a cometer males peores. ¿Hay algún engaño en tu vida que te esté encadenando?

Para orar. *Señor, cuando el miedo me empuje lejos de ti, dame la valentía de la verdad y de la confianza.*

28

La nigromante de Endor

La víspera de su última batalla, Saúl está solo. Los filisteos se preparan para la guerra, y David marcha con ellos (vv. 1-2); Samuel ha muerto y el Señor ya no responde (vv. 3-6). El rey que había expulsado a los nigromantes busca uno, y de noche, disfrazado, va a Endor (vv. 7-14). Samuel aparece y le repite la sentencia: el reino será de David, y mañana Saúl y sus hijos estarán con él entre los muertos (vv. 15-19). La escena termina con una comida: la mujer a quien Saúl había perseguido es quien lo cuida (vv. 20-25).

David en el ejército de Aquis

1 Acaeció aquellos días que los filisteos reunieron fuerzas
para prepararse a la guerra contra Israel; y dijo Aquis a
David: Ten entendido que saldrás conmigo a campaña, tú
y los tuyos [1]. 2 Respondió David: Ahora verás lo que hará
tu siervo [2]. Y yo, le dijo Aquis, te confiaré para siempre mi
guarda personal.

El silencio de Dios

3 Había ya muerto Samuel, y llorádole todo Israel amarga-
mente, habiéndole sepultado en Rámata, su patria. Saúl,
por consejo suyo, había limpiado el reino de magos y

adivinos [3]. [4] Reunidos, pues, los filisteos, fueron y plantaron sus campamentos en Sunam [4]. Asimismo Saúl, juntando todas las tropas de Israel, fue a Gelboé. [5] Y visto el gran ejército de los filisteos, temió y desmayó su corazón sobremanera [5]. [6] Consultó, pues, al Señor; mas no le respondió, ni por sueños, ni por los sacerdotes, ni por los profetas [6].

En casa de la mujer de Endor

[7] Dijo entonces Saúl a sus criados: Buscadme una mujer que tenga espíritu de Pitón [7], e iré a encontrarla, y a consultar al espíritu por medio de ella. Le respondieron sus criados: En Endor hay una mujer [8] que tiene espíritu pitónico. [8] Se disfrazó luego [9], y mudado el traje se puso en camino, acompañado de dos hombres. Fue de noche a casa de la mujer, y le dijo: Adivíname por el espíritu de Pitón, y hazme aparecer quien yo te dijere. [9] Le respondió la mujer: Sabes bien cuanto ha hecho Saúl por extirpar de todo el país los magos y adivinos, ¿por qué, pues, vienes a armarme un lazo para hacerme perder la vida? [10] Mas Saúl le juró por el Señor [10] diciendo: Vive Dios que no te vendrá por esto mal ninguno.

[11] Le dijo entonces la mujer: ¿Quién es el que debo hacerte aparecer? Le respondió: Haz que se me aparezca Samuel [11]. [12] Mas luego que la mujer vio a Samuel, exclamó a grandes gritos diciendo a Saúl: ¿Por qué me has en-

gañado? Tú eres Saúl. [12] [13] Y le dijo el rey: No temas: ¿Qué es lo que has visto? He visto, respondió la mujer, como un dios que salía de dentro de la tierra [13]. [14] Le replicó Saúl: ¿Qué figura tiene? La de un varón anciano, dijo ella, cubierto con un manto [14]. Reconoció, pues, Saúl que era Samuel, y le hizo una profunda reverencia, postrándose en tierra sobre su rostro.

Las palabras de Samuel y la última cena de Saúl

[15] Pero Samuel dijo a Saúl: ¿Por qué has turbado mi reposo, haciéndome levantar? [15] Respondió Saúl: Me veo en un estrechísimo apuro; los filisteos me han movido guerra, y Dios se ha retirado de mí [16], y no ha querido responderme, ni por medio de los profetas, ni por sueños; por esta razón te he llamado, a fin de que me declares lo que debo hacer. [16] Le respondió Samuel: ¿A qué viene consultar conmigo, cuando el Señor te ha desamparado, y se ha pasado a tu rival? [17] Porque el Señor te tratará como te predije yo de su parte. Arrancará de tus manos el reino, y lo dará a tu prójimo, a David, tu yerno [17], [18] por cuanto no obedeciste la voz del Señor, ni quisiste hacer lo que la indignación de su ira exigía contra los amalecitas; por esto el Señor ha hecho contigo lo que estás padeciendo hoy día. [19] Y además el Señor te entregará a ti y a Israel en manos de los filisteos. Mañana tú y tus hijos estaréis conmigo [18]; y también el

campamento de Israel lo abandonará el Señor en poder de los filisteos.

20 Cayó Saúl al instante tendido en tierra, despavorido al oír las palabras de Samuel, y estaba además falto de fuerzas, a causa de no haber comido en todo el día [19]. 21 Mas aquella mujer entró donde estaba Saúl, que se hallaba sumamente conturbado, diciéndole: Bien ves que tu esclava te ha obedecido, y que he expuesto mi vida [20], y dado crédito a lo que me has dicho; 22 ahora, pues, escucha tú también la voz de tu sierva, y permite que te ponga delante un bocado de pan, para que comiendo recobres las fuerzas y puedas hacer tu viaje.

23 Pero Saúl lo rehusó y le dijo: No comeré. Con todo, sus criados y la mujer le instaron a ello, y al cabo, rendido a sus ruegos, se levantó del suelo, y se sentó sobre una cama o tarima. 24 Tenía la mujer en casa un ternero cebado [21], y fue corriendo y lo mató; y tomando harina, la amasó, y coció unos panes sin levadura; 25 y lo presentó todo delante de Saúl y sus criados. Así que hubieron comido, partieron, y anduvieron toda aquella noche [22].

¿Sabías que?

Flavio Josefo, el historiador judío del siglo I, interrumpe su relato para elogiar a la mujer de Endor. El rey le había prohibido el oficio con que se ganaba la vida, y ella no se lo echó en cara; no lo conocía, y aun así tuvo compasión de él, lo consoló y le ofreció lo único que poseía, un ternero que criaba ella misma, sabiendo que iba a morir y que nunca podría devolverle el favor. Es justo, dice Josefo, imitar su ejemplo y hacer el bien a todos los necesitados, porque nada hace a Dios más propicio (*Antigüedades judías* VI,14,4).

¿Se apareció Samuel? Lo que se ha pensado

Autor	Obra	Qué pensaba
Eclesiástico	Eclo 46,20	Samuel «profetizó» después de muerto
Flavio Josefo	*Antigüedades* VI, 14,2	Samuel subió del Hades y reveló a la mujer quién era Saúl
Talmud	Jaguigá 4b	Subió Samuel, y con él Moisés
San Justino	*Diálogo con Trifón* 105	Fue el alma de Samuel: prueba de que las almas sobreviven
Tertuliano	*Sobre el alma* 57	Un demonio fingió ser Samuel
Orígenes	*Homilía sobre la pitonisa*	Fue el verdadero Samuel
Eustacio de Antioquía	*Sobre la pitonisa*	Una ilusión del demonio (contra Orígenes)
Gregorio de Nisa	*Carta sobre la pitonisa*	El demonio tomó la apariencia de Samuel
San Agustín	*A Simpliciano* II,3; *Del cuidado de los difuntos* 15,18	Primero, las dos cosas posibles; después, por el Eclesiástico, el verdadero Samuel
Santo Tomás	*Suma* II-II, 174, 5 ad 4	El alma de Samuel, por voluntad de Dios; o un demonio que lo suplantaba
Torres Amat	Notas de 1824	Dios hizo aparecer a Samuel antes de los encantamientos

Eclo 46,20 es 46,23 en la Vulgata. La traducción griega llama a la mujer «ventrílocua» (engastrímythos). La Iglesia no ha definido la cuestión; enseña que la evocación de los muertos está prohibida (Catecismo, nn. 2116-2117).

PARA PROFUNDIZAR

Saúl y la nigromante de Endor

La víspera de su última batalla, Saúl está solo. Samuel ha muerto, los filisteos acampan en Sunam y el Señor no le responde «ni por sueños, ni por los sacerdotes, ni por los profetas» (28,6). Es un silencio que él mismo ha provocado: hizo matar a los sacerdotes de Nobe, y el único que escapó está con David con el efod (22,18-20; 23,6; ver nota a 14,41). Entonces el rey que había expulsado del país a los nigromantes busca uno. Se disfraza, sale de noche, rodea el campamento enemigo y llega a Endor, y jura por el Señor que no le pasará nada a la mujer que va a hacer lo que el Señor prohíbe (28,10; Lv 20,27).

La mujer ve «como un dios que salía de dentro de la tierra» (ver nota a 28,13) y grita: ha reconocido a Saúl. Él no ve nada; pregunta, y ella describe a un anciano envuelto en un manto, el que identificaba a Samuel desde niño (2,19; 15,27). Saúl se postra. Samuel no trae ninguna palabra nueva: repite la sentencia de Gálgala, el reino arrancado y entregado a David por la desobediencia en la guerra contra Amalec (28,17-18), y añade: «Mañana tú y tus hijos estaréis conmigo» (28,19). «Conmigo» es el sheol, la morada de todos los muertos. El Catecismo cita precisamente este versículo para explicar que antes de Cristo ese era el estado de todos los difuntos, «malos o justos», lo que «no quiere decir que su suerte sea idéntica» (n. 633). Samuel anuncia a Saúl la muerte, no la condenación.

El final sorprende. Saúl cae al suelo, sin fuerzas, y la mujer a quien había perseguido es quien lo cuida: insiste en que coma,

mata su ternero cebado y le prepara pan (28,21-25). Flavio Josefo la elogió por su generosidad con un rey que la había condenado y que no podría pagárselo. El narrador no aprueba la nigromancia, pero deja ver que la misericordia aparece también donde no se la esperaba.

¿Se apareció realmente Samuel? El texto lo da por hecho: la mujer «vio a Samuel» (28,12) y Samuel habla. El Eclesiástico lo confirma: después de muerto, Samuel «profetizó» y anunció al rey su fin (Eclo 46,20; 46,23 en la Vulgata). Pero muchos lectores antiguos se resistían a admitir que una hechicera pudiera hacer subir el alma de un santo, y los Padres se dividieron (ver el cuadro de este capítulo): para san Justino y Orígenes fue el verdadero Samuel; para Tertuliano, Eustacio de Antioquía y san Gregorio de Nisa, un engaño del demonio. San Agustín consideró posibles las dos explicaciones y acabó inclinándose por la primera, por el testimonio del Eclesiástico; santo Tomás piensa que el alma de Samuel pudo anunciar a Saúl, por voluntad de Dios, lo que Dios le había revelado. Torres Amat propone una solución que comparten muchos comentaristas: Dios hizo aparecer a Samuel antes de que la mujer pudiera hacer sus encantamientos, y por eso ella gritó de espanto. La Iglesia no ha definido la cuestión.

Lo que sí enseña con claridad es que la evocación de los muertos está prohibida. «Todas las formas de adivinación deben rechazarse: el recurso a Satán o a los demonios, la evocación de los muertos», dice el Catecismo, y añade que prácticas como el recurso a «mediums» encierran «una voluntad de poder sobre el tiempo, la historia y, finalmente, los hombres» (n. 2116); y advierte a los fieles que se guarden del espiritismo (n. 2117; ver Lv 20,27

y Dt 18,11). No es lo mismo que la comunión de los santos: en la oración no se obliga a los difuntos a hablar ni se les arranca un secreto, sino que se pide a Dios con ellos y por ellos, y se confía en su intercesión ante el único Mediador (nn. 956 y 958). Las Crónicas resumen el juicio sobre Saúl: murió por su infidelidad y por haber consultado a una nigromante en lugar de al Señor (1 Cr 10,13-14).

La noche de Endor es, sobre todo, el retrato de un hombre que quiere una palabra de Dios sin convertirse. Saúl no había escuchado a Samuel vivo; muerto, Samuel solo puede repetirle lo mismo. Jesús lo dijo en la parábola del rico y Lázaro: «Si no escuchan a Moisés y a los profetas, tampoco se convencerán aunque resucite uno de entre los muertos» (Lc 16,31). La respuesta al silencio de Dios no es buscar otras voces, sino volver a la que ya hemos oído.

PAUSA

1. Saúl buscó una palabra de los muertos porque no había escuchado la de Dios. ¿Dónde buscas tú respuestas cuando Dios parece callar?
2. La mujer de Endor, a quien Saúl había perseguido, fue quien lo cuidó. ¿Quién te ha tratado con misericordia sin que lo merecieras?
3. ¿Encomiendas a tus difuntos en la oración, en lugar de querer saber lo que Dios no ha revelado?

Para orar. *Señor, cuando calles, que no busque otras voces; dame la fe de esperar tu palabra y la paz de confiarte a mis difuntos.*

29

David despedido en Afec

El relato retrocede en el tiempo: antes de que los filisteos lleguen a Sunam (28,4), su ejército se reúne en Afec, y David marcha en la retaguardia con Aquis (vv. 1-2). Los jefes filisteos desconfían de «esos hebreos» y exigen que se vaya (vv. 3-5); Aquis, a su pesar, lo despide (vv. 6-11). El capítulo resuelve sin aspavientos el dilema de David: no tendrá que combatir contra Israel ni traicionar a su protector. El narrador no dice que Dios haya intervenido, pero lo deja entender.

Los jefes filisteos desconfían

1 Entretanto se reunieron en Afec todas las tropas de los
filisteos [1]; e Israel por su parte acampó junto a la fuente
que había en Jezrael [2]. 2 Los sátrapas de los filisteos [3]
marchaban al frente de sus tropas, divididas en compañías de a ciento, y regimientos de a mil hombres; mas David y su gente iban en la retaguardia con Aquis. 3 Y dijeron
los príncipes de los filisteos a Aquis: ¿Qué hacen aquí esos
hebreos? [4] Les respondió Aquis: Pues, ¿no conocéis a David que sirvió a Saúl, rey de Israel, y está en mi compañía
días hace, o ya años [5], sin que haya yo tenido queja de él
desde el día que se pasó a mí hasta el presente? 4 Mas los
príncipes de los filisteos se irritaron contra él, y le dijeron:

Retírese ese hombre, y quédese allá en el lugar que le señalaste, y no venga con nosotros a la guerra, no sea que comenzando el combate se revuelva contra nosotros [6]; porque, ¿de qué otro modo podrá aplacar a su señor, sino a costa de nuestras cabezas [7]? [5] ¿No es éste aquel David de quien cantaban a coros en las danzas: Saúl mató a mil, y David mató a diez mil [8]?

Aquis despide a David

[6] Llamó, pues, Aquis a David, y le dijo: Vive el Señor que tú eres justo y bueno en mis ojos [9]; y que es tal la conducta que has observado en el ejército, que no he hallado en ti falta ninguna, desde el día en que te pasaste a mí hasta el presente; pero no eres del gusto de los sátrapas. [7] Vuélvete, pues, y vete en paz, por no incomodar con tu vista a los sátrapas filisteos. [8] Dijo David a Aquis: Pues, ¿qué he hecho yo, y qué has visto en mí, siervo tuyo, desde el día en que me presenté a ti hasta hoy, para que no pueda yo ir a pelear contra los enemigos del rey mi señor [10]?

[9] Respondió Aquis, y le dijo: En cuanto a mí, bien sé que me eres fiel, y te tengo por un ángel de Dios [11]; pero los príncipes de los filisteos han dicho resueltamente: No irá con nosotros al combate. [10] Por tanto, disponte para mañana por la mañana con todos los siervos de tu señor [12], que contigo vinieron; y levantándoos antes de amanecer, al romper el alba poneos en camino. [11] Se levantó, pues, Da-

vid con su gente siendo aún de noche, para partir por la mañana, y volverse al país de los filisteos. Mas los filisteos subieron a Jezrael [13].

PAUSA

1. David se libró de un dilema sin salida gracias a quienes desconfiaban de él. ¿Has visto a Dios actuar a través de personas o hechos que al principio te contrariaron?
2. Aquis confió en David más de lo que merecía. ¿Eres digno de la confianza que otros ponen en ti?

Para orar. *Señor, que sacas el bien incluso de mis errores, guíame por caminos rectos cuando yo mismo me he metido en un callejón sin salida.*

30

La victoria sobre los amalecitas

Mientras Saúl se encamina a la muerte, David vive su hora más oscura y su recuperación. Al volver de Afec encuentra Siceleg incendiada y a las familias cautivas; sus propios hombres quieren apedrearlo, y él «se confortó en el Señor» (vv. 1-6). Consulta a Dios por el efod, persigue a los amalecitas guiado por un esclavo egipcio abandonado y lo recupera todo (vv. 7-20). Al repartir el botín establece una ley de igualdad entre los que combatieron y los que se quedaron (vv. 21-25), y envía regalos a las ciudades de Judá (vv. 26-31): el camino hacia Hebrón queda abierto.

Siceleg incendiada

1 David y los suyos llegaron a los tres días a Siceleg [1], cuando ya los amalecitas habían hecho una incursión [2] por la
parte del mediodía hasta Siceleg, tomando esta ciudad, y
le habían prendido fuego, 2 llevándose cautivas las mujeres, sin dejar persona chica ni grande. No mataron a
nadie [3], sino que se los llevaron a todos consigo, y se marcharon. 3 Pues como David y su gente llegasen a la ciudad,
y la encontrasen abrasada, y que sus mujeres, sus hijos e
hijas habían sido llevadas cautivas, 4 levantaron el grito
David y la tropa que le acompañaba, deshechos en lágrimas hasta más no poder [4]. 5 También las dos esposas de

David, Aquinoam la jezraelita, y Abigaíl, la viuda de Nabal del Carmelo habían sido hechas cautivas. 6 Y se halló David en extremo angustiado, porque el pueblo trataba de apedrearlo [5], estando todos poseídos de la mayor amargura por la pérdida de sus hijos e hijas. Pero David puso su confianza, y se confortó en el Señor Dios suyo [6].

La persecución de los amalecitas

7 Y dijo a Abiatar sumo sacerdote, hijo de Aquimelec [7]: Tráeme el efod. Y Abiatar trajo a David el efod. 8 Y, revestido de él Abiatar [8], consultó David al Señor, diciendo: ¿Perseguiré a estos salteadores, y los alcanzaré, o no? Respondió el Señor: Persíguelos; porque sin duda los alcanzarás, y les quitarás el botín. 9 Partió, pues, David con los seiscientos hombres que le seguían, y anduvieron hasta el torrente Besor [9], donde algunos de puro cansados se detuvieron. 10 Mas David siguió adelante con cuatrocientos hombres, quedándose atrás doscientos que por el cansancio no pudieron pasar el torrente Besor.

11 Y hallaron en el campo un hombre egipcio [10], al cual llevaron a David; y le dieron pan para que comiese y agua para que aliviase su sed, 12 y además un pedazo de pan de higos secos, y dos cuelgas de pasas [11]. Comido que hubo, le volvió el alma al cuerpo, y recobró el aliento; pues no había probado pan ni bebido agua en tres días y tres noches. 13 Le dijo entonces David: ¿De quién eres tú?, ¿de dónde

vienes, y a dónde vas? El cual respondió: Yo soy un esclavo egipcio, que sirvo a un amalecita. Mi amo me ha dejado abandonado, porque caí enfermo antes de ayer. 14 Pues nosotros hicimos una incursión hacia la parte meridional de Cereti [12] y hacia Judá, y al mediodía de Caleb, y hemos quemado Siceleg. 15 Le dijo David: ¿Y podrás tú guiarme a donde está esa gente? Respondió el egipcio: Júrame por el nombre de Dios que no me matarás, ni me entregarás en manos de mi amo [13], y yo te llevaré a donde está aquella tropa. Se lo juró David.

16 Guiado, pues, por el egipcio, he aquí que hallan a los amalecitas tendidos en tierra por todo el campo, comiendo y bebiendo, y como celebrando un día de fiesta [14] por todo el botín y despojos que habían tomado en el país de los filisteos y en el de Judá. 17 Cargó David sobre ellos, y los siguió acuchillando desde aquella tarde hasta la tarde del día siguiente; y no escapó nadie, excepto cuatrocientos jóvenes que montando en sus camellos [15] echaron a huir. 18 De esta manera recobró David todo cuanto le habían pillado los amalecitas, y libertó a sus dos esposas. 19 Ninguna cosa se perdió; desde el más chico hasta el más grande, tanto hijos como hijas, los despojos, y en fin cuanto habían quitado, otro tanto recuperó David. 20 Y además se llevó todos los rebaños y ganados mayores, e hizo que fuesen de-

lante de él; por lo que decían sus gentes: Esta es la presa que ha hecho David [16].

La ley del botín y los regalos a Judá

[21] Llegado David a donde estaban los doscientos hombres, que de puro cansados se habían quedado y no habían podido seguirle, y a los cuales dejó mandado que descansaran en la orilla del torrente Besor, salieron éstos a recibirle a él y la tropa que le acompañaba. Luego que David estuvo cerca de ellos, los saludó con agrado. [22] Mas todos los malignos y perversos [17] de entre los hombres que habían ido con David, comenzaron a decir: Ya que no vinieron con nosotros, no les daremos cosa alguna de la presa que hemos recobrado; conténtese cada uno con que se le devuelva su mujer e hijos; y recibido esto, váyase. [23] David dijo: No habéis de disponer así, hermanos míos, de las cosas que nos ha dado el Señor, ya que él nos ha protegido y entregado en nuestras manos a los salteadores que se arrojaron contra nosotros, y nos saquearon. [24] Nadie habrá que apruebe vuestra proposición; porque igual parte deberá caber al que se halló en el combate y al que se quedó guardando el bagaje [18]; y así la partición deberá ser igual. [25] Y desde aquel día en adelante fue este un punto ya decidido y establecido y una ley en Israel hasta el presente [19].

[26] Llegó, en fin, David a Siceleg, y envió dones de la presa a los ancianos de Judá, parientes suyos, diciendo: Recibid

esta expresión de lo que hemos tomado a los enemigos del
Señor [20]. [27] Y envió también a los que vivían en Betel y en
Ramot hacia el mediodía [21], a los de Jeter, [28] Aroer, y Sefa-
mot, y Estamo, [29] a los de Racal, y de las ciudades de Jera-
meel, y de las de Ceni, [30] y a los de Arama, y del lago de
Asán, y a los de Atac, [31] de Hebrón, y finalmente a los de-
más que habitaban en aquellos lugares en los cuales David
y su gente habían estado algún tiempo alojados.

PAUSA

1. En su peor momento, David «se confortó en el Señor su Dios». ¿Dónde buscas fuerza cuando todo se derrumba?
2. Un esclavo abandonado fue la clave de la victoria. ¿A qué persona abandonada encuentras en tu camino?
3. «Igual parte para el que combatió y para el que guardó el bagaje». ¿Sabes valorar el trabajo escondido de los demás?

Para orar. *Señor, fuerza mía en la angustia, haz que nunca abandone al que se queda atrás y que comparta lo que tú me das.*

31

La muerte de Saúl en Gelboé

El libro termina como había anunciado Samuel en Endor (28,19). En el monte Gelboé, los filisteos derrotan a Israel y matan a tres hijos de Saúl; el rey, herido por los arqueros, pide a su escudero que lo mate y, ante su negativa, se arroja sobre su espada (vv. 1-6). Los filisteos lo decapitan, llevan sus armas al templo de Astarot y cuelgan su cuerpo en el muro de Betsán; los hombres de Jabes de Galaad, a quienes Saúl había salvado al comienzo de su reinado (cap. 11), lo rescatan y lo entierran (vv. 7-13). Sin juicio ni lamento: el lamento lo pondrá David (2 Sam 1).

La batalla de Gelboé

1 Entretanto se dio la batalla entre los filisteos e israelitas;
y volvieron éstos las espaldas a los filisteos, y quedaron
muchos de Israel muertos en el monte Gelboé [1]. 2 Y los fi-
listeos se arrojaron sobre Saúl y sus hijos, y mataron a Jo-
natás, y Abinadab, y Melquisua, hijos de Saúl [2]; 3 y toda la
fuerza del combate vino a descargar sobre Saúl, a quien al-
canzaron los flecheros e hirieron gravemente [3].

4 Dijo entonces Saúl a su escudero: Desenvaina tu espada,
y quítame la vida; para que no lleguen estos incircuncisos
y me maten, mofándose de mí [4]. Mas su escudero no qui-

so hacerlo, sobrecogido de un sumo terror [5]. Con esto Saúl desenvainó su espada, y se arrojó sobre ella [6]. 5 Al ver el escudero muerto a Saúl, se echó él mismo también sobre su espada, y murió junto con él. 6 Así murió Saúl aquel día [7] y con él tres de sus hijos, su escudero, y cuantos se hallaban cerca de él.

El cuerpo del rey

7 Y viendo los israelitas que vivían en la otra parte del valle y pasado el Jordán, que habían huido los soldados de Israel, y muerto Saúl y sus hijos, abandonaron sus ciudades y escaparon [8]; y vinieron los filisteos y se alojaron en ellas. 8 Amanecido el día siguiente fueron los filisteos a despojar los muertos, entre los cuales hallaron a Saúl y a sus tres hijos tendidos sobre el monte Gelboé. 9 Le cortaron a Saúl la cabeza [9], y lo despojaron de sus armas; y enviaron la noticia por todo el país de los filisteos, para que se publicara la victoria en el templo de los ídolos [10], y en los pueblos. 10 Colocaron las armas de Saúl en el templo de Astarot [11], y colgaron su cuerpo en el muro de Betsán [12].

11 Pero los moradores de Jabes Galaad [13], oído lo que los filisteos habían hecho con Saúl, 12 salieron todos los más esforzados, anduvieron toda la noche, y quitaron el cadáver de Saúl y los cadáveres de sus hijos del muro de Betsán; y volviéndose a Jabes Galaad, allí los quemaron [14]. 13 Y reco-

gidos sus huesos, los sepultaron en el bosque de Jabes [15], ayunando siete días [16].

¿Sabías que?

Pieter Bruegel el Viejo pintó en 1562 *El suicidio de Saúl*, una tabla pequeña (33,5 por 55 centímetros) que se conserva en el Museo de Historia del Arte de Viena. La pintura lleva la indicación de su fuente: «Saul XXXI capit.», el capítulo 31 del primer libro de los Reyes. En un saliente rocoso, Saúl y su escudero yacen sobre sus espadas; el resto del cuadro es un paisaje inmenso donde miles de soldados con armaduras del siglo XVI, algunos vestidos como turcos, se pierden en la batalla. Parece ser la primera vez que este tema se pintó en un cuadro.

Saúl y Jabes de Galaad

Cita	Qué pasa	Sentido
Jue 21,8-14	Jabes no acude a la asamblea de Masfa; es castigada y sus cuatrocientas doncellas se dan por esposas a los benjaminitas	Un lazo de sangre entre Jabes y Benjamín, la tribu de Saúl
1 Sam 11,1-3	Naas el amonita sitia Jabes y exige sacar a todos el ojo derecho	La ciudad pide auxilio a todo Israel
1 Sam 11,4-11	Saúl, arrebatado por el espíritu, reúne al pueblo y salva Jabes	La primera victoria del rey
1 Sam 11,12-15	Saúl perdona a quienes lo despreciaban; el reino se renueva en Gálgala	El rey generoso: «Ninguno morirá en este día»
1 Sam 31,8-10	El cuerpo de Saúl, colgado en el muro de Betsán	La humillación del vencido
1 Sam 31,11-13	Los de Jabes lo rescatan de noche, lo queman, entierran sus huesos bajo el tamarisco y ayunan siete días	La gratitud de los salvados
2 Sam 2,4-7	David bendice a los de Jabes por su lealtad y les pide que lo reconozcan	La misericordia (jésed) reconocida
2 Sam 21,12-14	David lleva los huesos de Saúl y de Jonatás al sepulcro de Cis, en Benjamín	Reconciliación con la casa de Saúl
1 Cr 10,11-12	Repite el rescate, sin la cremación y «bajo la encina»	La versión de las Crónicas

Gabaa de Saúl y Jabes de Galaad estaban unidas desde los días de los jueces, cuando las doncellas de Jabes salvaron de la extinción a la tribu de Benjamín (Jue 19 – 21). El reinado de Saúl dibuja un círculo: empieza con el socorro a Jabes y termina con el socorro de Jabes a su cuerpo.

PARA PROFUNDIZAR

La muerte de Saúl

El primer rey de Israel muere como había anunciado Samuel en Endor: derrotado en Gelboé, con tres de sus hijos (31,2.6; 28,19). El relato es breve y sobrio. Herido por los arqueros, Saúl pide a su escudero que lo mate «para que no lleguen estos incircuncisos y me maten, mofándose de mí»; el escudero no se atreve, y el rey se arroja sobre su espada (31,3-5). Al día siguiente, los filisteos le cortan la cabeza, como David a Goliat (17,51), llevan sus armas al templo de Astarot y cuelgan su cuerpo en el muro de Betsán. Los hombres de Jabes de Galaad, a quienes Saúl había salvado al comienzo de su reinado (cap. 11), lo rescatan y lo entierran (31,8-13; ver el cuadro de este capítulo).

La Biblia conserva otras miradas sobre esta muerte. En 2 Samuel, un amalecita cuenta a David que él remató a Saúl a petición suya y le trae la corona y el brazalete del rey (2 Sam 1,6-10); la mayoría de los comentaristas piensan que mentía para ganarse al nuevo rey. Las Crónicas añaden un juicio teológico: Saúl murió por su infidelidad, por no guardar la palabra del Señor y por consultar a una nigromante (1 Cr 10,13-14). Flavio Josefo, en cambio, escribió un elogio: Saúl sabía por la profecía que iba a morir y no huyó, sino que fue a la batalla con sus hijos para no abandonar a su pueblo; para Josefo, ese es el verdadero valor (*Antigüedades judías* VI,14,4).

¿Qué decir del suicidio de Saúl? El texto lo narra sin juzgarlo, como narra el de Ajitofel (2 Sam 17,23) o el de Judas (Mt 27,5). Torres Amat recordaba en 1824 que «la religión condena el suici-

dio», y que ya los filósofos paganos veían en él debilidad, no grandeza de alma. El Catecismo explica por qué: somos «administradores y no propietarios de la vida que Dios nos ha confiado» (n. 2280), y quitársela contradice el amor a uno mismo, al prójimo y al Dios vivo (n. 2281). Pero añade dos frases que iluminan esta página: «Trastornos psíquicos graves, la angustia, o el temor grave de la prueba, del sufrimiento o de la tortura, pueden disminuir la responsabilidad del suicida» (n. 2282); y «no se debe desesperar de la salvación eterna de aquellas personas que se han dado muerte. Dios puede haberles facilitado por caminos que Él solo conoce la ocasión de un arrepentimiento salvador» (n. 2283). Saúl, herido, abandonado y temiendo la tortura, es casi el ejemplo que el Catecismo describe. No nos corresponde juzgar su destino eterno. La tradición judía tampoco lo hizo: un maestro del Talmud leyó en el «estaréis conmigo» de Samuel una promesa de perdón (Berajot 12b; ver nota a 28,19). El Código de Derecho Canónico de 1917 negaba la sepultura eclesiástica a quien se quitaba la vida deliberadamente (can. 1240); el de 1983 ya no incluye ese caso (can. 1184), y la Iglesia «ora por las personas que han atentado contra su vida» (n. 2283).

Saúl es una de las figuras más trágicas de la Biblia. Era alto y hermoso (9,2), humilde al principio, «¿no soy yo de la tribu más pequeña?» (9,21), se escondió cuando iban a proclamarlo rey (10,22), fue valiente en Jabes y generoso después de la victoria: «Ninguno morirá en este día» (11,13). Lo perdieron el miedo (15,24), la impaciencia (13,8-12), la envidia (18,8-9) y una religiosidad que quería asegurarse a Dios sin obedecerle (15,22). La Biblia no lo absuelve, pero lo trata con respeto: los hombres de Jabes

arriesgan la vida por su cuerpo, y David, su perseguido, compondrá por él uno de los lamentos más bellos de la Escritura (2 Sam 1,19-27). La música y la literatura vieron en él al héroe trágico: Händel le dedicó un oratorio, *Saul* (1739), y Vittorio Alfieri una tragedia (1782).

Para el lector cristiano, esta muerte tiene un reverso. El primer ungido de Israel se da muerte para no ser escarnecido, y su cuerpo queda colgado en un muro. El Ungido por excelencia aceptará el escarnio que Saúl temía, «se burlaban de él» (Mt 27,29-31.41), y será colgado de un madero (Gál 3,13); pero nadie le quitará la vida: él la entregará libremente (Jn 10,18). Allí donde Saúl solo vio humillación, Cristo abrió un camino de salvación, también para los que mueren en la desesperación.

PAUSA

1. Saúl comenzó humilde y generoso y terminó solo. ¿Qué celos o miedos estás dejando crecer en tu corazón?
2. Los hombres de Jabes no olvidaron el bien que Saúl les hizo. ¿A quién le debes una gratitud que aún no has expresado?
3. ¿Cómo acompañas a quienes han perdido a alguien por suicidio, sin juzgar y con esperanza?

Para orar. *Señor de la vida, ten misericordia de los que mueren en la desesperación y consuela a quienes los lloran.*

Repaso

Preguntas para comprobar lo aprendido. Responde primero de memoria y luego toca el número para ver la respuesta.

Capítulo 2

1. ¿Por qué lloraba Ana y no comía en las fiestas de Silo? 1
2. ¿Qué prometió Ana en su voto? 2
3. ¿Por qué creyó Helí que Ana estaba ebria? 3
4. ¿Qué razón da el texto del nombre de Samuel? 4
5. ¿Con qué palabras termina el cántico de Ana? 5
6. ¿Qué señal anunció el varón de Dios a Helí? 6

Capítulo 3

1. ¿Cuántas veces fue Samuel a Helí antes de responder al Señor? 1
2. ¿Qué le enseñó Helí a responder a Samuel? 2
3. ¿Por qué castigaría Dios la casa de Helí, según el mensaje que recibió Samuel? 3

4. ¿Cómo reconoció todo Israel que Samuel era profeta? 4

Capítulos 4 a 6

1. ¿Por qué llevaron los israelitas el arca al campamento junto a Afec? 1
2. ¿Qué nombre puso la nuera de Helí a su hijo, y por qué? 2
3. ¿Qué le pasó a la estatua de Dagón cuando pusieron el arca en su templo? 3
4. ¿Por qué ciudades filisteas pasó el arca? 4
5. ¿Qué ofrenda devolvieron los filisteos con el arca? 5
6. ¿Cómo comprobaron los filisteos que la plaga venía del Dios de Israel? 6

Capítulos 7 a 8

1. ¿Qué hicieron los israelitas reunidos en Masfa? 1
2. ¿Por qué llamó Samuel a la piedra que levantó «Piedra del Socorro»? 2
3. ¿Por qué pidieron los ancianos un rey a Samuel? 3

4. ¿Qué dijo el Señor a Samuel cuando el pueblo pidió un rey? [4]

Capítulo 11

1. ¿Qué buscaba Saúl cuando encontró a Samuel? [1]
2. ¿Cómo se llamaba antes al profeta, según el paréntesis del narrador? [2]
3. ¿Con qué ungió Samuel a Saúl? [3]
4. ¿Dónde estaba Saúl cuando la suerte cayó sobre él en Masfa? [4]
5. ¿Qué condición puso Naas a los habitantes de Jabes para hacer alianza con ellos? [5]

Capítulo 14

1. ¿Qué preguntó Samuel al pueblo antes de despedirse? [1]
2. ¿Qué señal pidió Samuel en tiempo de la siega del trigo? [2]
3. ¿Qué prometió Samuel al pueblo, aunque dejaba de ser su juez? [3]
4. ¿Por qué reprendió Samuel a Saúl en Gálgala? [4]

5. ¿Quién libró a Jonatás de la muerte después de que la suerte cayera sobre él? 5

Capítulos 15 a 16

1. ¿Qué perdonaron Saúl y el ejército en la guerra contra Amalec? 1
2. ¿Qué respondió Samuel cuando Saúl dijo que el ganado era para ofrecerlo al Señor? 2
3. ¿Qué gesto acompañó el anuncio de que el reino había sido arrancado a Saúl? 3
4. ¿Qué respondió el Señor a Samuel cuando este se fijó en Eliab? 4
5. ¿Cómo aliviaba David a Saúl cuando lo atormentaba el espíritu malo? 5

Capítulos 17 a 18

1. ¿Cuánto tiempo estuvo Goliat desafiando a Israel? 1
2. ¿Por qué no fue David a pelear con la armadura de Saúl? 2
3. ¿Qué respondió David a Goliat cuando este lo maldijo por sus dioses? 3

4. ¿Qué cantaban las mujeres al volver David de matar al filisteo? 4

5. ¿Qué dio Jonatás a David cuando hicieron alianza? 5

Capítulo 21

1. ¿Cómo salvó Micol a David de los guardias de Saúl? 1

2. ¿Qué les pasó en Nayot a los enviados de Saúl, y después al mismo Saúl? 2

3. ¿Qué señal convinieron Jonatás y David? 3

4. ¿Qué le dio el sacerdote Aquimelec a David en Nobe? 4

5. ¿Cómo escapó David del rey Aquis de Get? 5

Capítulo 24

1. ¿Quiénes se unieron a David en la cueva de Odollam? 1

2. ¿Quién mató a los sacerdotes de Nobe, y por qué lo hizo él? 2

3. ¿Quién escapó de la matanza, y qué llevó consigo a David? 3

4. ¿Qué le dijo Jonatás a David en el desierto de Zif? 4

5. ¿Qué hizo David cuando tuvo a Saúl en sus manos en la cueva de Engaddi? 5

Capítulos 25 a 27

1. ¿Qué significa el nombre de Nabal, según Abigaíl? 1
2. ¿Por qué bendijo David a Abigaíl? 2
3. ¿Qué se llevó David del campamento de Saúl? 3
4. ¿Por qué no dejó David que Abisai matara a Saúl? 4
5. ¿Qué ciudad le dio Aquis a David? 5

Capítulos 28 a 31

1. ¿Por qué medios no le respondió el Señor a Saúl? 1
2. ¿Cómo reconoció Saúl a Samuel? 2
3. ¿Por qué despidió Aquis a David antes de la batalla? 3
4. ¿Quién guió a David hasta el campamento de los amalecitas? 4
5. ¿Qué ley estableció David sobre el reparto del botín? 5
6. ¿Quiénes dieron sepultura a Saúl y a sus hijos? 6

Notas personales

Sobre esta edición

Si las notas no se abren

Las notas son comentarios estándar de PDF, las mismas «notas adhesivas» que crean Adobe Acrobat y otros programas. La mayoría de los lectores las abren al tocar el número. Si el tuyo pasa de página en lugar de abrirlas, toca justo sobre el recuadro gris o prueba una pulsación larga, y busca el panel de anotaciones del lector, donde suelen aparecer en lista. Xodo y Adobe Acrobat Reader para Android las abren con un toque.

Texto y notas

Texto bíblico: Sagrada Biblia, traducción de Félix Torres Amat (1823-1825), de dominio público, según la transcripción digital difundida en línea. Se corrigieron erratas evidentes de esa transcripción (puntuación, acentos, palabras cortadas o unidas y algunas palabras y nombres mal leídos, cotejados con la edición de 1824: «mi ungido» y no «mí ungido» en 2,35, Gálgala en 7,16, Sual en 13,17, Abner en 20,25, Sur en 27,8, Aquimelec en 30,7 y Racal en 30,29; con esa edición se han recuperado también las palabras perdidas en 10,18, 23,24-25, 25,29 y 27,8, y se ha restituido el orden de los versículos de los capítulos 20 a 23). Los títulos de las secciones no forman parte del texto bíblico.

En la Vulgata y en Torres Amat este libro se titula «Libro primero de los Reyes»; esta edición usa el nombre moderno, 1 Samuel, y llama 1 y 2 Reyes a los que la Vulgata cuenta como tercero y cuarto de los Reyes. Los versículos siguen la numeración de la Vulgata y de la edición de 1824, que coincide con la hebrea salvo en el capítulo

21: en las Biblias que siguen el hebreo, el final de 20,42 es 21,1, y 21,1-15 es 21,2-16. La transcripción digital había corrido un número los versículos de 20,43 a 23,23 y había perdido, al saltar de un «desierto de Maón» a otro, el final de 23,24 y el principio de 23,25; se han devuelto a su lugar con la edición de 1824. Como no se pueden añadir números, el último versículo del capítulo 20 de la Vulgata se lee al final de 20,42, y el primero de su capítulo 24 aparece como 23,29; por eso, en el capítulo 24 esta edición va un número por detrás de la Vulgata, del hebreo y del Leccionario (24,1 es su 24,2), como las Biblias inglesas. Ningún versículo falta, pero la transcripción había saltado también palabras o frases de 10,18, 25,29 y 27,8, que se han restituido con la misma edición. Las referencias a otros libros siguen la numeración moderna: en los Salmos, Torres Amat suele ir un número por detrás.

Notas, introducciones, cuadros y preguntas: preparados para esta edición. Las citas del Catecismo de la Iglesia Católica remiten a sus números.

Tipografía: Literata y Noto Serif Hebrew (licencia OFL). Página de 114 × 152 mm, proporción 3:4, para lectores Boox.